

# EL CAPITAN VERGARA



**ROBERTO J. PAYRO**

# EL CAPITAN VERGARA

## DEL MISMO AUTOR

---

- Los italianos en la Argentina*, (Monografía, 1895).  
*La Australia Argentina*, (Viajes por Patagonia, 1898).  
*Emilio Zola*, (Conferencia, 1902).  
*El Falso Inca*, (Cronicón de la Conquista, 1905).  
*El casamiento de Laucha*, (Novela picaresca, 1906).  
*Pago Chico*, (Costumbres criollas, 1908).  
*Violines y toneles*, (Cuentos, 1908).  
*Crónicas*, (1909).  
*En las tierras de Inti*, (Viajes por el Norte argentino, 1909).  
*Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, (Novela, 1910).

### TEATRO

- Canción trágica*, drama en un acto (Apolo, 1900).  
*Sobre las ruinas*, drama en cuatro actos (Comedia, 1904).  
*Marco Severi*, drama en tres actos (Rivadavia, 1908).  
*El triunfo de los otros*, drama en tres actos (Odeón, 1907).  
*Vivir quiero conmigo*, comedia en cuatro actos (Liceo, 1923).  
*Fuego en el rastrojo*, comedia en tres actos (Liceo, 1925).  
*Mientraiga*, sainete en un acto.

### OBRAS JUVENILES

- Ensayos poéticos* (1884), *Antígona* (Novela, 1885). — *Scripta* (Cuentos, Peuser, 1887). — *Novelas y fantasías* (Peuser, 1888).

### EN PREPARACION

- El Mar Dulce*, (crónica romancesca del descubrimiento del Río de la Plata).

ROBERTO J. PAYRÓ

# EL CAPITAN VERGARA

(DOMINGO MARTINEZ DE IRALA)

CRONICA ROMANCESCA  
DE LA CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA



BUENOS AIRES  
LIBRERIA Y CASA EDITORA DE JESÚS MENÉNDEZ  
Bernardo de Irigoyen, 186

—  
1925

---

**ES PROPIEDAD  
DEL AUTOR. —**

---

---

**F. PEREIRA e HIJOS, impresores - Humberto I.º 1046-50**

LIBRO SEXTO

---

INFORTUNIOS DEL ADELANTADO

## I

### LA NOCHE DE SAN MARCOS

Y las circunstancias conspiraron tan eficazmente con los Comuneros que, dos semanas después de la llegada de los expedicionarios a la Asunción, el 25 de abril de 1543, en la noche de San Marcos, los descontentos se pronunciaban con las armas en la mano contra el vacilante y desprestigiado Alvar Núñez.

Desde su triste regreso del Puerto de los Reyes el Adelantado no abandonaba el lecho, en su desnuda habitación, cuyas rústicas paredes tenían por único adorno un gran Cristo de talla. Y aquella noche dormitaba temblando de fiebre y agitado por vagas y extravagantes visiones, cuando de pronto despertó con sobresalto a los gritos de “¡Libertad! ¡Libertad!” y al ruido de un tropel que invadía su casa... Tiróse de la cama, galvanizado por la sensación del peligro, y sacando fuerzas de flaqueza cogió las armas y se dispuso a defender su vida...

El capitán Vergara, resuelto ya a obrar a cara descubierta, Alonso de Cabrera, Garcí Venegas,

Pedro Dorantes, Andrés Fernández el Romo, don Francisco de Mendoza, don Alonso de Angulo, Hernandarias de Mansilla y otros capitanes e hijosdalgos, invadieron la habitación, guiados por Pedro de Oñate. Jaime Resquín, el Tossut, encabezaba un grupo de soldados y de plebe que en parte se introdujo y en parte quedó fuera, porque ya no cabía una persona más en el aposento. En el grupo amenazador estaban Ríos, Delgado, Martínez, el barbero Galiano de Neyra, el tejedor Juan Juárez, el zapatero Francisco Romero y cien otros pertenientes a todas las clases sociales y representando al pueblo entero de la Asunción.

Alvar Núñez muy resuelto aunque viese que toda resistencia sería inútil, dió un paso hacia los conjurados blandiendo la espada y exclamando:

— ¿Qué traición es ésta, caballeros, contra vuestro Adelantado?

— No es traición — replicó enérgicamente Garcí Venegas. — Todos somos fieles servidores de S. M., a cuyo servicio conviene que Usía sea preso y vaya a dar cuenta al Real Consejo de sus delitos y tiranías.

— ¡Antes moriré que permitir tal traición! — gritó Alvar Núñez preparándose a acometer.

Pero estaba tan estrechamente rodeado que le era casi imposible moverse y al propio tiempo el Tossut le apuntaba al pecho con una ballesta armada diciéndole con su voz de trueno:

— ¡Ríndete o te atravieso con esta jara!

Altivo y sereno, animado por su misma acre-



centada fiebre, Alvar Núñez apartó el arma de un manotón, fulminando al valenciano con la mirada. Luego, resignado a lo que ya no tenía remedio, dijo con tranquilidad:

— Apartaos un poco, que yo me doy por preso.

Paseó la vista por los conjurados como si quisiera escudriñarles hasta el fondo del alma, y deteniéndola al fin en don Francisco de Mendoza:

— A vuestra merced, señor don Francisco, entrego mis armas — agregó. — Y ahora haced de mí lo que queráis, señores.

Mendoza recibió la espada de manos de Alvar Núñez, quien fué inmediatamente aherrojado por los soldados, que, sentándole en un sillón, le llevaron como en andas a casa de Garci Venegas.

Era ya tarde de la noche, pero todo el mundo estaba fuera, esperando el desarrollo de los acontecimientos, los unos al corriente, como conjurados, de lo que se tramaba, los otros atraídos por el bullicio y la algazara. Sólo algunos de éstos simpatizaban con el Adelantado, pero nada se atrevían a intentar, porque eran harto pocos y no tenían jefes: don Pedro de Estopiñán, alcalde mayor, que trató de acudir en socorro de su ilustre primo, encontróse con su casa cercada y todas las salidas guardadas, y apenas si logró escapar por entre los árboles de su huerta, y ocultarse en un rancho vecino; Alonso Riquelme de Guzmán, que se decía sobrino de don Alvar, logró salir armado de ballesta y acompañado por Blás Núñez, pero a

los pocos pasos topó con un alguacil rebelde, quien le gritó:

— ¡Si no os volvéis, como hay Dios que os llevo preso!

Blas Núñez tomó las de Villadiego, y Riquelme de Guzmán, viéndose solo, « que más no podía hacer », según más tarde explicó, desanduvo lo andado y se quedó muy quietecito en su casa. Ruy Díaz Melgarejo, Francisco Ortiz de Vergara, el capitán Abrego (Diego de Abreu) y otros de los que, desde ese punto comenzaron a llamarse « Leales », habían sido presos al mismo tiempo que Alvar Núñez, tan hábilmente concertado estuvo el golpe de mano. Así, pues, inutilizados desde el primer momento, los clérigos partidarios de Cabeza de Vaca se limitaron a rezar pidiendo para él la protección divina; los alguaciles Sebastián de Fuente el Rey y Francisco de Peralta y el regidor Pedro de Molina, viendo desconocida su autoridad y su misma libertad amenazada, consideraron mejor dejar que el pueblo hiciese lo que quisiera, y los demás pusieron cautelosamente punto en boca, pensando que, si los principales no se movían, a ellos tampoco les tocaba hacer de redentores.

Entretanto los que conducían a Alvar Núñez como en triunfo, pero manos y pies con esposas y grillos, iban acercándose a la casa de Garci Venegas, que no estaba muy distante.

— ¡Ahora veréis, Cabeza de Vaca, como tratábadas a los caballeros! — le gritaban los revolucionarios recordándole el encarcelamiento de los oficiales reales.

En un sitio donde la gente se había agolpado más numerosa, Cabrera le dirigió la palabra.

— ¡Señores! — exclamó. — Este hombre habemos preso por libertaros, pues os quería tomar las haciendas a todos y teneros por esclavos!

— ¡Señores! — agregó el escribano Bartolomé González. — Decid todos a una voz: ¡Libertad! ¡Libertad!

— ¡Libertad ¡Libertad! — clamó la plebe.

Llegados a la improvisada cárcel. Alvar Núñez fué metido en una cámara, donde se le encerró, dejándole guardado por una compañía de hombres de armas, pues el populacho quería que se le entregara para matarle.

En seguida, reunidos los oficiales reales, el capitán Vergara y demás jefes de la conspiración, dictaron un bando en el que, bajo la firma de los primeros, se amenazaba con la pérdida de sus bienes, la cárcel y aun la horca, a quien se opusiera a la detención de Alvar Núñez y tratara de libertarlo, bando bien inútil pues los que hubieran podido tentar la aventura estaban presos, salvo Estopiñán que se mantenía oculto.

— También a ése es preciso buscarle y prenderle — dijo Irala. — Era la mano derecha de su primo.

— Voy a dar las órdenes del caso, — contestó Cabrera que había asumido la dirección, porque el capitán Vergara no quería ponerse demasiado en evidencia.

— No olvidéis tampoco a los alguaciles, — agre-

gó Garci Venegas. — No es bueno dejar que alboroten.

Jaime Resquín, el tejedor Juan Juárez, los escribanos Orúc y González, Delgado, Martínez y Ríos, salieron cada uno por su lado y a la cabeza de grupos en armas a registrar las casas hasta encontrar al alcalde mayor y a los alguaciles. En una esquina Delgado tropezó con Schmidel, Lance y Rolando que departían tranquilamente en alemán, ajenos al parecer a los sucesos.

— ¿No vienes con nosotros Chimidez? — preguntó el andaluz.

— ¿A dónde fais?

— A prender al alcalde mayor don Pedro de Estopiñán, que es el más grande traidor después de Cabeza de Vaca.

— Yo no he fenido a estas tierras bara eso, — contestó Schmidel — y aunque esté muy contento con lo que le pasa a ese Albernuncio Capeza de Baja, que era un mal jefe, no lo docare con un tedo, ni a él ni a los demás capitanes. Allá fosotros, españoles...

Delgado siguió su camino dejando a los alemanes comentar los sucesos a la espera de un nuevo jefe para obedecerle como habían obedecido a los anteriores. Pero por mucho que él y los suyos registraran, no encontraban ni al alcalde ni a los alguaciles. Esta satisfacción le estaba reservada al tejedor Juan Juárez quien halló a don Pedro en casa de su vecino, empuñando todavía la vara de la justicia. Estopiñán quiso resistir, pero Juárez le quitó el símbolo de su autoridad y le echó

mano a las barbas, mientras sus hombres le daban de bofetones y puñadas, poniéndolo de bellaco y traidor. Lleváronle maniatado, y al pasar frente a la casa del capitán Gonzalo de Mendoza, viendo a éste en la puerta, Estopiñán le gritó:

— ¡Señor Gonzalo de Mendoza! ¡Mirad cuál me llevan estos hombres! ¡Favoreced la justicia de su Majestad y quitadme de su poder!

— Andad, andad! — se limitó a contestar el viejo capitán. — ¡Llevadle, llevadle, que bien va!

El grupo se presentó en la casa donde estaban reunidos en consejo los oficiales reales, y Juárez, dirigiéndose a éstos les preguntó, señalando al encadenado Estopiñán:

— Señores, ¿qué mandan vuestras mercedes que hagamos con este ladrón traidor?

— ¡Llevadle a la cárcel! — ordenó Cabrera.

El ánimo de don Pedro flaqueó tanto, que llegó a suplicar:

— Señor, ¡por el amor de Dios! Estoy malo... no me echéis a la cárcel, que me costará la vida.

Cabrera, riendo despreciativamente, le contestó:

— Tened vos por bien de estar donde yo estuve. ¡Llevadle, vosotros!

Mientras le llevaban y la multitud continuaba insultándolo y gritando «¡Libertad! ¡Libertad!» los escribanos Martín de Orúe y Bartolomé González echaban mano sucesivamente de los alguaciles Francisco de Peralta y Sebastián de Fuente el Rey, quienes fueron conducidos a la cárcel y puestos en el cepo, en compañía de don Pedro de Estopiñán que se lamentaba de su negra fortuna, de

su enfermedad y de aquella prisión que iba a ser causa de su muerte. Salazar de Espinosa fué llevado, también, a empellones a la cárcel y echado con grillos en un calabozo.

Apenas oyó los primeros rumores de la asonada, Pero Hernández, que aun guardaba cama a causa de las fiebres, dióse cuenta de lo que ocurría y se vistió apresuradamente para estar listo a todo evento. ¿Era aquello un motín o una revolución? ¿Podrían los de Alvar Núñez sofocar la revuelta y mantener su autoridad? ¿Sería prudente dar la cara, como convendría en caso de que el Adelantado resultase vencedor, o no empeorar su situación, de suyo comprometida, si triunfaban los Comuneros? Lo menos arriesgado, en resumidas cuentas, era esperar: tiempo habría luego para justificarse ante el jefe, sobre todo con tan excelente pretexto como el de las tercianas que padecía. Pero, ganase quien ganara la partida, a lo primero que había que atender era a guardar un arma defensiva para el porvenir, y esta arma se la ofrecían los papeles de los procesos que Alvar Núñez había incoado contra el capitán Vergara y contra los oficiales reales. Triunfantes estos, Pero Hernández podría tratar con ellos de potencia a potencia, con la amenaza de mandar al Supremo y Real Consejo documentos tan comprometedores; vencedor el Adelantado, habría sido simplemente custodio fiel de tan precioso depósito... Allí estaban, al alcance de su mano, pero era preciso ponerlos a buen recaudo, pues el primer cuidado de los conspiradores sería el incautarse de ellos.

¿Dónde ocultarlos? El tumulto crecía, las voces de la muchedumbre se acercaban y se alejaban en continuo vaivén. De un momento a otro podían llegar los rebeldes... Pero Hernández se acordó entonces de Francisco Ruiz Galán, del humillado y enmudecido Ruiz Galán, que vivía como un anacoreta cerca de allí, y cuyo implacable resentimiento contra el capitán Vergara se mantenía tan secreto cuanto ardiente. ¿Quién mejor que él podía guardar aquellos documentos?... A favor de la noche, obscura como boca de lobo, fácil le fué ganar la casa de Ruiz que se había levantado al darse cuenta de la rebelión; en dos palabras le puso al corriente de lo que deseaba, obtuvo sin dificultad que Ruiz guardara los papeles, volvióse tan silencioso y furtivo como había ido, y se acostó otra vez resuelto a declararse más enfermo de lo que realmente estaba... Un cuarto de hora más tarde y siempre a los gritos de «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Viva el Rey!» su casa era invadida por el escribano González, Andrés Fernández el Romo, Francisco de Vergara y otros que, espada en mano y con gestos amenazadores le exigían la entrega de los papeles que tan previsora mente acababa de escamotear. Pero Hernández, con voz moribunda, como si estuviera en el último trance de la agonía, les dijo que no tenía tales documentos, pues estaban guardados en una caja en casa del Adelantado. Sin embargo registraron la casa, no dándose por satisfechos mientras no quedó todo revuelto, tirado por los suelos y en el mayor desor-

den. Sólo entonces se marcharon a continuar buscando en casa de Alvar Núñez.

La noche avanzaba, sin que disminuyera la agitación y el tumulto, hasta que en las calles se oyó el redoble del tambor del pregonero. Este, acompañado por Garci Venegas, por el escribano Martín de Orúe y por muchos Comuneros armados, gritaba repetidas veces, entre redoble y redoble:

— Mandan los señores oficiales de Su Majestad que ninguna persona sea osada de salir de su casa hasta la mañana, so pena de traidor.

La alborotada muchedumbre fué retirándose poco a poco; ya no se oían, como ecos del pregón, más que los gritos « Libertad! ¡ Libertad » de los Comuneros; las calles acabaron por quedar solitarias y así terminó aquella borrascosa e histórica « Noche de San Marcos ».



**EL HEROISMO DE PERO HERNANDEZ**

A la mañana siguiente otro pregón invitó a los vecinos a reunirse frente a la casa de Irala, donde había ya, desde muy temprano, gran copia de comuneros, la mayor parte armados. No tardó en afluir la gente, que comentaba con animación, a veces con vehemencia, a gritos y manotadas, los recientes sucesos, la prisión del Adelantado, el alcalde mayor, los alguaciles y los capitanes « leales », y proclamando que por primera vez desde la llegada de Alvar Núñez podían respirar a sus anchas y considerarse hombres libres. Sólo alguno que otro partidario del Adelantado se atrevía a condenar la revolución y sobre todo su encarcelamiento, diciendo que hombre tan santo y tan honrado no merecía que se le tratase como a un malhechor; pero pronto tenía que callar o retirarse, bajo las amenazas y aun los golpes de los comuneros, que se habían multiplicado como los hongos desde que se diseñó la candidatura del capitán Vergara. Los clérigos « leales » habían desaparecido de la circulación y no salían de sus casas, mientras que los otros, y espe-

cialmente fray Bernardo de Armenta y fray Alonso Lebrón, cuya venganza no estaba aún satisfecha, recorrían los grupos, perorando para exaltar los ánimos, y contribuían en gran manera al vocerío y al tumulto.

La algazara llegaba a su colmo cuando el escribano Bartolomé González, de pie sobre un poyo de la casa del capitán Vergara, pidió silencio con grandes ademanes y comenzó a leer enfáticamente y a voz en cuello un escrito de cargos contra Alvar Núñez, encaminado a justificar su derrocamiento y su prisión.

Según el libelo era el Adelantado un traidor y un tirano; un traidor, porque malbarataba los intereses morales y materiales que el rey le había confiado; un tirano, porque a los buenos españoles, vasallos fieles de Su Majestad y valerosos conquistadores de la gran Provincia que tanta sangre y tantos sacrificios les había costado, quería quitarles sus indias, sus esclavos, sus campos, la hacienda toda, obedeciendo a la ambición de mando y a la infernal avaricia que lo devoraba. Si se alzó contra los oficiales reales, aparentemente en defensa del pueblo, cuando el cobro del quinto del rey, fué sólo para desembarazarse de molestos fiscales, apoderarse del Gobierno absoluto y obrar luego a su antojo, despojando a los mismos que fingía proteger, como lo demostraban bien a las claras todos sus actos posteriores, y particularmente lo hecho con Ribera y sus soldados.

— ¡Muera Alvar Núñez! ¡Abajo la Cabeza de Vaca! — gritó la muchedumbre excitada.

Aplacado un tanto el tumulto, el escribano González pudo llegar a la peroración, que fué en loor de los oficiales reales, del capitán Vergara, maestro de campo, y de los capitanes, gracias a cuya resuelta intervención el pueblo había escapado a las mayores calamidades y a la más abyecta servidumbre.

Los comuneros enardecidos, y con ellos la plebe, entusiasmada por contagio, prorrumpieron en nuevos y más clamorosos gritos de muerte contra Alvar Núñez y vítores para el capitán Vergara. Pocos aclamaron a los oficiales reales.

En este momento, Diego Delgado, que se había encaramado en los hombros de Antón Martínez, para hacerse oír mejor, gritó a voz en cuello, domiando el tumulto:

— ¡Ea! ¡No andarse por las ramas! ¡Queremos por gobernador al capitán Vergara!

— ¡Sí, redió! — apoyó Martínez desde abajo.

— ¡Vergara! ¡Vergara! — gritaron otros.

— ¡Vergara! ¡Vergara! — repitieron los demás.

La revuelta muchedumbre gesticulaba y voceaba, arremolinándose, formando pequeños grupos, reuniéndose de nuevo en una sola masa, enronqueciendo a fuerza de gritar, gastando su energía en movimientos sin objeto, sudorosa, jadeante, calenturienta, embriagada por el sol de fuego que hacía hervir las cabezas, cuando una voz gritó:

— ¡A casa de Venegas!

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Muera Alvar Núñez! ¡Abajo la Cabeza de Vaca! ¡A la horea el tirano! — clamó la multitud, precipitándose como un solo hombre

hacia la casa de Garcé Venegas, donde estaba preso el Adelantado.

Afortunadamente para éste, la fuerte guardia que lo custodiaba, armada de ballestas y arcabuces, detuvo a los alborotadores a respetable distancia, sin lo cual hubieran hecho cuartos del triste gobernador. Protestando y gritando, la gente que no quería o no podía atacar a los guardas, comuneros también, hubiera permanecido, sin embargo, cercando la casa de Venegas, si otros sucesos no suscitaban su versátil atención. Y es que alguien llegó con la noticia de una importantísima asamblea de notables reunida a la sazón en la Casa Fuerte, y de la que debía salir ungido el nuevo gobernador de la Provincia.

— ¡Viva el capitán Vergara! ¡No queremos otro gobernador que el capitán Irala! ¡Viva el Comunero de los Comuneros! — vociferó la multitud corriendo a la Casa Fuerte, como si temiese que en su ausencia otro fuera a ocupar el puesto de su ídolo.

Pretendieron entrar, pero una guardia les cerró el paso. Esta vez hubieran tratado de arrollarla e invadir la fortaleza, si, atraído por el tumulto no asomara a la puerta el popular Tossut, quien les dirigió la palabra para apaciguarlos, diciéndoles que los capitanes allí reunidos no harían sino satisfacer las legítimas aspiraciones del pueblo. Este se quedó en la plazoleta que mediaba entre la iglesia y la Casa Fuerte, vitoreando sin tregua al capitán Vergara.

Entretanto, en la gran sala, a donde llegaban distintamente los gritos del populacho, hallábanse

reunidos Irala, los oficiales reales, los sacerdotes que hacían causa común con los revolucionarios, los hidalgos y los capitanes todos, excepto, naturalmente, los detenidos aquella noche junto con Alvar Núñez. Sobre una mesa, a la que estaban sentados Alonso de Cabrera, como presidente, los otros oficiales reales, — excepto Salazar de Espinosa, — y fray Bernardo de Armenta, veíase un crucifijo y un misal abierto en los Evangelios; rodeaban otra mesilla, en la que había un gran cántaro de barro, un tintero y una salvadera de peltre, plumas de ganso y papel de barbas, los escribanos Martín de Orúe, Bartolomé González y Juan de Valderas.

Se había aprobado sin discusión el encarcelamiento de Alvar Núñez, determinando formarle sumario y enviarle a España — en la carabela que él mismo había mandado construir, — para que lo juzgase el Supremo Consejo de Indias, e iba a procederse a la elección de gobernador provisional, de acuerdo, en apariencia, con la real provisión llevada por el veedor Cabrera, pues no estaban presentes todos los pobladores, ni el titular había muerto sin designar quién debía sucederle. Pero ya comenzaba a practicarse en aquella parte de América — y en muchas otras — el sistema electoral que ha permitido hasta ahora monopolizar el Gobierno. Repartieron los escribanos las cedulillas que los privilegiados sufragantes habían de llenar con el nombre de su candidato antes de depositarlas en el cántaro o urna, y como hubiera sido muy larga la prestación individual del juramento, se resolvió hacerla colectivamente.

— Tended la mano derecha sobre este crucifijo y estos santos evangelios — dijo fray Bernardo de Armenta, levantándose. — ¡Juráis por estos sagrados símbolos de nuestra religión elegir por gobernador en nombre del rey nuestro señor, y por capitán general de esta Provincia, la persona que según Dios y vuestras conciencias parezca más suficiente para dicho cargo, y que más convenga al servicio de la Sacra Cesárea Católica Majestad, y al bien de esta tierra?

— ¡Sí, juramos! — exclamaron todos los presentes tendiendo la mano hacia la mesa.

— Se va a proceder a la elección — dijo entonces Cabrera, tomando asiento. — Escribanos, recibid las cedulillas y anotad el nombre de los votantes.

Irala resultó electo por unanimidad. ¡Era de nuevo gobernador, por lo menos hasta que el rey proveyera otra cosa!

Vitorcósele en la sala, y estos vítores no tardaron en tener eco ruidoso en la plaza pública, pues Jaime Resquín, el Tossut, que asistía a la elección desde la puerta, se precipitó a comunicar al pueblo la noticia.

Momentos después, en la misma plaza pública y en medio de general entusiasmo, el capitán Vergara tomaba posesión del Gobierno jurando sobre un misal que mantendría en paz y en justicia a los españoles y naturales. Añadió que despacharía sin tardanza al Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca con el proceso instruído, para que lo juzgase el Real y Supremo Consejo de Indias.

Acto continuo, y para restablecer el orden, el

nuevo gobernador nombró alcalde mayor, en reemplazo de D. Pedro de Estopiñán, a Pedro Díaz del Valle y alguaciles a Bartolomé de la Amarilla y Sancho de Salinas, todos tres comuneros.

Pero Hernández, que no había dormido temiendo a cada momento ver llegar al verdugo, o por lo menos un piquete de soldados que lo arrastrara a la cárcel, supo estas noticias por los clamores de la multitud que recorría las calles regocijada, sin cansarse de aclamar al nuevo gobernador, al gran capitán Vergara, amigo de los pobres y de los humildes. Cuando vió que el Sardo no asomaba con su siniestra risa, y que nadie iba a prenderle, fué tranquilizándose poco a poco, y cuando supo que Irala era dueño del Poder con general beneplácito, se dijo que ya no tenía nada que temer, porque el triunfo trae consigo la clemencia. Lo particular es que, despertándosele el amor propio a medida que se adormecían sus temores, llegó a lamentar que no se le hubiera encarcelado como a los demás, pues esto demostraba que se le tenía por insignificante. Irritóse con esta idea y se propuso tomar ruidosa venganza... Pero ¿cómo? ... ¡Muy fácilmente! Imitando la celeste amenaza que llenó de espanto a Baltasar en medio del festín; escribiendo con mano misteriosa un nuevo y conminatorio *Mane Thecel Phares* que fulminase a Irala en medio de su triunfo, llenándolo de saludable terror... Buscó papel, cortó cuidadosamente una gruesa pluma, meditó largo rato y por último escribió en gordos caracteres este dístico profético, o mejor dicho, esta fatídica aleluya:

Quien a su rey no fuera leal  
ni le valdrá Castilla ni Portugal.

El mismo no sabía a derechas lo que esto significaba, pero teniéndolo por obra maestra y por conjuro que cerraba al usurpador y sus secuaces todo camino de salvación, hizo de ello varios ejemplares, disimulando la escritura, y cuando las sombras de la noche envolvieron a la dormida ciudad de la Asunción, después de aquel histórico día 26 de abril de 1544, salió denodadamente de su casa, aseguróse de que ningún ojo indiscreto podía atisbarle y fué fijando aquellas cédulas en los cantones, sin que le temblase la justiciera mano, y como indeleble baldón de Irala...

Entusiasmado con este ejercicio, desde el día siguiente comenzó a escribir una memoria que, en su oportunidad, elevaría al rey, si la actitud del usurpador no cambiaba a su respecto, acumulando en ella cuanto cargo fundado o antojadizo podía recoger contra el nuevo gobernador, los oficiales reales y sus acólitos, nobles y plebeyos. Con el objeto de informarse salía todos los días, primero con mucha precaución y tratando de pasar inadvertido, a las horas de la siesta, cuando las calles están solitarias, o amparado por la obscuridad de las noches; después con mayor audacia, desde que vió que nadie se ocupaba de él, sino para burlarse de su orgulloso esplendor pasado y de su medrosa modestia actual. Iba a ver los pocos leales cuyo número disminuía diariamente, escurriéndose en casa del capellán González, del clérigo Miranda, de



Francisco Ruíz Galán, del capitán Alonso Riquelme de Guzmán y — esto después de recobrar toda su sangre fría — en la de los capitanes Diego de Abreu y Juan de Salazar de Espinosa, que seguía demostrándose favorable al caído Alvar Núñez. De lo que brotaba de aquellos labios, de lo que le había relatado Alvar Núñez, inspirándole sus « Comentaríos », de alguna habladuría más o menos calumniosa oída en los corrillos, y de lo mucho que su malintencionada imaginación le sugería, iba Pero Hernández tomando nota, en el seguro de su aposento, y componiendo y redactando así el airado y vengador escrito destinado a Su Sacra Cesárea Católica Majestad, que sólo pudo enviar a su destino en el mes de marzo del año siguiente y que constituye la crónica escandalosa, aunque no fidedigna, del Río de la Plata en aquella época turbulenta. Mientras escribía las primeras páginas, Pero Hernández tuvo un sobresalto. Cierta mañana presentóse en su habitación el mayordomo de Irala, Pedro de Coimbra, reclamándole en nombre del gobernador los papeles que había ocultado la noche de la sublevación. Hernández se empeñó en no revelar quién los tenía.

— Ya he dicho a don Andrés el Romo, cuando invadieron mi casa gentes armadas, que esos procesos no están en mi poder, que se hallan en una caja en los aposentos del señor Adelantado.

— No hay allí tal caja ni tales papeles — replicó Pedro de Coimbra con tono amenazador. — Mal hacéis en burlaros del gobernador Irala, que si no os ha hecho el honor de prenderos puede muy

bien otorgaros la alta merced de que se os cuelgue de un árbol.

— ¡Os juro que no los tengo! — exclamó Pero Hernández, amedrentado.

— Es posible, pero bien sabréis quién los tiene y dónde están.

— Yo... — comenzó a decir Hernández, tratando de negar.

— Tengo orden de llevaros a la cárcel con una barra de grillos, si no me dais esos papeles o me decís dónde se encuentran ocultos. Mi gente aguarda a la puerta.

La perspectiva de la prisión, del tormento quizá, acabó con el poco valor del escribano.

— Creo que... Me parece que don Francisco Ruíz Galán... debe de tener esos... esos sumarios, — tartamudeó Garduña.

— Muy bien. Acompañadme a su casa para reclamárselos. Si no vinierais podría negar, y no quiero perder tiempo.

Media hora después Pedro de Coimbra regresaba a casa de Irala llevando los sumarios comenzados a instruir contra los oficiales reales y sus emisarios fray Bernardo de Armenta, fray Alonso Lebrón y demás, por cuya razón esos documentos, inmediatamente destruídos, no servirán nunca para la historia de aquella época. El Adelantado Alvar Núñez perdía con ellos un elemento de defensa, y el enredista escribano quedaba sin otra arma de combate que sus « Comentarios » en proyecto y su envenenada Memoria.

### III

#### DON ALVAR Y SUS AMIGOS

Alvar Núñez continuaba en casa de Garcé Venegas, encerrado en un aposento que, según los leales, era oscura y húmeda mazmorra. No se le permitía tener comunicación escrita con el exterior, para que no pudiera provocar nuevos tumultos y agitaciones, y sólo aliviaban su triste soledad las lecturas piadosas o alguna rara conversación con sus guardianes, entre quienes nunca faltaba un charlatán que le diera noticia de cuanto ocurría. Carecía de comodidades, que nunca había buscado, y su cama de campaña, su mesilla, un taburete, un sitial, un velón, un crucifijo, que eran todo el moblaje del aposento, bastaban para sus necesidades, como bastaban a su sobriedad los rústicos pero no escasos manjares que se le presentaban dos veces al día, además del pan de munición y el gran cántaro de agua no siempre fresca.

Las precauciones tomadas para la seguridad del preso revelaban cierto temor de un golpe de mano por parte de sus escasos defensores. La calle, vigilada durante el día, era fortificada por la noche

con barras y cadenas, y custodiada por centinelas destacados en las bocacalles y plantados en los terrenos baldíos, mientras que en la casa misma había perennemente una guardia numerosa de comuneros que daban continuas e inútiles alarmas.

El depuesto gobernador, triste y perplejo, cavilaba solitario, en su inesperada y trágica situación, considerándola tremenda injusticia, pero no irremediable caída, y buscando en su turbada imaginación medios de recuperar lo perdido y castigar a sus culpables opresores. Pensaba que valiéndose de los guardianes menos severos, de aquellos cuya lengua encontraba siempre pronta a darle nuevas, podría ponerse en contacto con sus amigos, dirigirlos desde su cárcel, o ayudarles a desarrollar los planes que sin duda habían de tener. ¡Oh! No debían de faltarle partidarios fieles y arrojos, capaces de todo en favor suyo, como leales vasallos de S. M. y buenos cristianos temerosos de Dios y enemigos del mal. Pues, sin que esto fuera necia presunción ni pecaminoso orgullo, él encarnaba, a no dudarlo, el bien, mientras que sus opresores eran la encarnación del demonio o, por lo menos, sus abominables satélites. ¿Qué había hecho durante todo su gobierno que no se inspirara en la más profunda fe, en el más acendrado amor de Dios, en la más pura observancia de la santísima religión católica? ¿Qué había hecho que no fuera en servicio de S. M., para mayor bien de los regios intereses y, después de éstos, en pro de los conquistadores, de los naturales, del bienestar general de la población y la pacificación de la

tierra? Restableciendo el orden, la autoridad, la jerarquía puestos en tan grave peligro por su antecesor, — el mismo usurpador actual, — imponiendo a la plebe el sitio de que nunca debió salir, proclamando el imperio de la honestidad y las buenas costumbres, defendiendo a los indígenas contra los malos tratamientos, la esclavitud, las exacciones odiosas, había hecho obra de hombre de Estado, de gobernante previsor, y salvado la hacienda, quizá la misma vida de los conquistadores que con la anarquía, la mezcla de las clases, la insubordinación, la licencia, comprometían la pública seguridad, mientras que, agotando la paciencia del indio, se preparaban ruina y muerte seguras en breve plazo. ¡Estaban ciegos! Dios, quizás el diablo tentador, les había cubierto los ojos con un cendal, puesto que así corrían al abismo, negándose a seguir la senda que su alta autoridad les señalaba. Y decir que la anarquía, la comuna, el desorden, el infierno, porque aquello era trasunto de la confusión del báratro, había sido obra de los ministros del rey, de los que debieran ser dechado de virtudes, inflexibles como la ley, rectos como la justicia, santos y puros como los antiguos patriarcas! ¡Ah, esos revoltosos y soeces oficiales reales! No había suplicio que no merecieran para ejemplo de funcionarios prevaricadores, de infieles custodios de la autoridad que el rey depositara en ellos, de traidores a su soberano y a su religión!... Sólo de una cosa se acusaba Alvar Núñez, y era de demasiado blando, de no haberlos enviado a España, remachada a los pies una

barra de grillos, cargadas las manos de pesadas esposas y ceñida a la cintura la gruesa cadena de los galeotes. ¡Ah, si lo hubiese hecho!... Y con ellos al falso amigo, más traidor aun, a ese capitán Vergara, a quien había proclamado por su lugarteniente, con quien había compartido su autoridad, y que le minaba entretanto la tierra bajo las plantas!... Pero Su Sacra Cesárea Majestad y el Supremo Consejo de Indias sabrían castigar a los culpados y hacerle cumplida justicia apenas tuvieran conocimiento de los hechos. Y una vez repuesto en el Poder, — lo que pedía a Dios de rodillas y con lágrimas en los ojos, no por baja ambición de mando, sino porque ansiaba realizar una obra santa para mayor gloria del Todopoderoso, — una vez repuesto en el Poder barrería aquella canalla, gobernaría en paz y en justicia, como señor jerarca, sin que nadie le disputara su autoridad ni discutiera sus órdenes, y empezaría para el Río de la Plata verdadera edad de oro, con organización rigurosa en que cada cual ocuparía el puesto que por sus títulos le correspondiera... Pero para esto urgía que sus amigos se moviesen, que por lo menos escribiesen a España dando cuenta de la iniquidad de que era víctima, si no se consideraban con fuerzas suficientes para quebrantar sus hierros y exaltarlo de nuevo a las alturas de donde criminalmente se le había derribado... Y enumeraba esos amigos fieles, esos partidarios celosos y abnegados; inducía quiénes podían estar presos como él y quiénes no; detallaba en la mente calenturienta el registro de estos últimos y su

ilusión se los fingía mucho más numerosos, más fuertes y más arrojados de lo que eran en realidad...

No dormían, sin embargo, aunque lo pareciera, todos aquellos con quienes Alvar Núñez contaba en su desamparo; maquinaban en la sombra pero no se atrevían a desarrollar positivamente su acción bajo el ojo avizor de los triunfantes comuneros que la victoria no embriagaba hasta el punto de cegarles. Aunque, para afirmarse en el Poder, el capitán Vergara hubiese prohibido toda reunión pública o privada, y hasta la simple formación de corrillos en la plaza o en las calles — adelantándose al moderno estado de sitio, — los leales se reunían en corto número y a altas horas de la noche, en casa de alguno de ellos, y nunca dos veces seguidas en la misma. Los alborotados capitanes Abrego y Ruy Díaz Melgarejo, el receloso y timorato Alonso Riquelme de Guzmán, el consecuente Francisco Ortiz de Vergara, en cuanto a los militares; el derrotado Ruiz Galán y el no bien escarmentado Pero Hernández en cuanto a los civiles; el capellán Martín González, el clérigo Miranda y otros seculares en cuanto a la gente de botana, se reunían en casa de alguno de los conspiradores, señalado por turno, para decirse continuamente unos a otros que «había que hacer algo», y discutir luego el qué, el dónde, el cuándo y el cómo, con desbordante elocuencia. Ruiz Galán que solía asistir a las misteriosas reuniones, halló siempre especiosos pretextos para que no se celebrasen en su casa, y no hubiera entrado en la

conspiración sin la diplomacia de Pero, quien le hizo creerse gravemente comprometido y casi al pie del cadalso por la ocultación de los papeles.

Aquella noche estaban, precisamente, reunidos en casa del escribano, éste, el padre González, el clérigo Miranda, el capitán Abrego y Ruiz Galán. Ni Melgarejo, ni Ortiz de Vergara, ni Riquelme habían acudido, coartados sin duda por la vigilancia de que continuamente eran objeto desde que se les devolvió la libertad. Departían los conspiradores a la mortecina luz de un velón, y el escribano había calafateado puertas y ventanas para que la claridad no se vislumbrase desde fuera.

— Desgraciadamente son muchos los ministros del Señor que siguen la bandera del réprobo Vergara — decía el capitán Abrego, o Abreu.

— Sacerdotes indignos, — repuso el clérigo Miranda, con aire de profunda tristeza. — ¡Qué esperar de un Lebrón, qué de un Armenta!

— Espurios hombres de mal vivir! — exclamó indignado Pero Hernández. — Es público y notorio que fray Bernardo y fray Alonso han hecho todo lo posible porque se prendiera al gobernador, temiendo el castigo de sus propias culpas... Ellos solos tenían más mancebas que el mismo capitán Vergara, y con esto lo digo todo.

— ¡Jesús me valga! — murmuró el capellán González. — No puedo creer semejante atrocidad... aunque la esté viendo.

— Porque sois un santo varón, padre González — replicó el escribano con socarrona mueca. — Y ahora se habla de que van a ser enviados a la costa



del Brasil, para que escriban a S. M. calumniando al desgraciado gobernador...

— De buena gana volvería a interrumpirles malamente el viaje, como la otra vez — dijo Abreu.— Pero, no son ellos solos...

— No, no, — apoyó Ruiz Galán. — Otros hay que el señor escribano olvida.

— ¡Olvidarlos! ¡Bien presentes que los tengo! — dijo Hernández. — Cómo olvidar a los clérigos Juan Gabriel de Lescano y Francisco de Andrada a quienes don Alvar debió amonestar por sus licenciosas costumbres, ni a otros no menos libertinos, como fray Luis de Herrezuelo, fray...

— ¡Alto ahí! ¡No escandalicéis más, hermano! — exclamó el capellán interrumpiéndole. — Parecísme en demasía inclinado a propalar las flaquezas de los siervos del Señor, olvidando que, sean ciertas o falsas, hacéis con ello obra de mal cristiano y os ponéis del lado del demonio.

— ¡Hum! Cada uno pide para su santo, — re-funfuñó el escribano mirando de soslayo al capellán.

— Vamos, pues, a lo que importa — continuó el padre González. — La situación es muy mala, pero puede encontrársele remedio. Presos están el gobernador y el alcalde Estopiñán, presos también los alguaciles Peralta y Fuente el Rey y otros leales vasallos de S. M. El capitán Vergara y los oficiales reales piensan seguir persiguiéndonos, esquilmando y destruyendo la tierra... Pero nosotros estamos en libertad... Muchos leales, como por escarnio se nos llama, pueden hacer uso de

sus fuerzas... y no hablo de mí, porque estos santos hábitos me prohíben la violencia... — añadió mansamente. — Cierto que desde el primer momento los enemigos del orden han sabido rodearse, con dádivas y promesas, de la hez del pueblo y de los que, venidos con el gobernador, no han tenido tiempo de salir de la extremada pobreza que les pone en su poder, pues sólo con su protección pueden escapar de la miseria... Pero recordemos, también, que si el capitán Vergara quien, por el largo tiempo que ha mandado, tiene dominada a toda o casi toda la gente, no hubiese dado calor, favor y ayuda a los oficiales reales para deponer a nuestro amado don Alvar, éstos no hubieran sido bastante fuertes para aherrojarle... ¿Qué impide, pues, un levantamiento que vuelva a poner a cada uno en su sitio?

— Acaba de decirlo Su Paternidad, — contestó Ruiz Galán. — Somos pocos, y el capitán Vergara cuenta con los soldados...

— Es desgraciadamente muy cierto — dijo el capitán Abrego. — La fuerza nos falta por ahora.

— ¡Pero nos queda la astucia! — insinuó Hernández.

— Creo — continuó el capellán, — que la fuerza no nos faltaría si consiguiéramos libertar al gobernador. Todos los leales correrían a ponerse a sus órdenes y tras ellos los tibios y los indecisos. Numerosos ya con esto, los demás no dejarían de venir, temiendo el castigo, y diciéndose que de arrepentidos se sirve Dios...

— Habla Vuesa Merced de perlas, padre Gonzá-

lez — dijo Luis de Miranda. — Hay que tratar a toda costa de libertarle.

— Que me place, — agregó Ruiz Galán. — Sólo que...

— ¡Silencio! — exclamó a este punto el escribano que corrió a ocultar el velón tras de un mueble y luego a atisbar por una rendija de la puerta en la habitación contigua.

Allí pasó largo rato en completa inmovilidad, mientras todos guardaban el más profundo silencio. Por fin volvió, tomó el velón y poniéndolo sobre la mesa dijo suspirando:

— Creí que era una patrulla.

— ¿Y os habéis engañado? — preguntó Abreu.

— Sí.

— Bien se ve, señor escribano, — agregó el capitán, — que no sois fuerte en achaques de guerra, ni menos de una exagerada sangre fría.

— ¡Vamos! Cada uno hace lo que buenamente puede, — dijo con mansedumbre el capellán, a quien Pero fulminó, en desquite, con una torva mirada.

— Reanudando nuestra plática, — siguió Abrego, — sobre eso de libertar al gobernador, os diré que hay que ver. Soy soldado, estoy pronto a desenvainar la espada y a jugarme la vida, pero en este caso opino que debemos obrar con mucho tiento para no poner la del gobernador en mayor peligro del que ya corre. Hay que ver con quiénes podemos contar... Desde luego con los presentes, demás está decirlo. En seguida con el regidor Molina, los capitanes Riquelme de Guzmán...

— La espada de Bernardo y no del Carpio -- refunfuñó Pero.

— ... Pedro de Segura, Francisco Ortiz de Vergara y su hermano Ruy Díaz Melgarejo, — continuó Abrego. — Entre los capitanes no veo otros nombres que agregar por el momento...

— Entre el clero los hay, — dijo Miranda.

— Para un golpe de mano serán inútiles.

— Pueden ganar partidarios entre el pueblo.

— Eso sí. ¿Quiénes estarían dispuestos?

— Especialmente los clérigos Escalera y González Paniagua, y el bachiller Martínez. Yo por mi parte no perdonaré esfuerzo alguno, — contestó Miranda.

— Del pueblo conozco yo a muchos que estarían prontos a secundarnos, bajo ciertas condiciones — dijo Pero Hernández. — Los más útiles serían ciertos artesanos, como el armero Diego Correa, el aserrador Francisco Sánchez, el herrero Miguel Manzanero, y otros leales probados. Podemos contar, también, con el piloto Jácome Luis, y con ciertos hombres astutos y avisados, como Ambrosio Higuera y Eusebio Cornejo, capaces de dar cima a cualquier empresa que requiera disimulo y picardía... A éstos los designaría yo para realizar un proyecto que tengo pensado y que creo el mejor de todos.

— Veamos el proyecto — dijo Abrego.

— Pues consiste simplemente en ganar de mano a los comuneros. Piensan mandar al Brasil a fray Bernardo y fray Alonso... Pues yo mandaré a Santa Catalina a Ambrosio Higuera y Eusebio Cornejo con cartas para el Consejo de Indias, se-

guro de que han de llegar antes que los frailes pese a todos los obstáculos.

— ¿Pero esas cartas quién ha de escribirlas? — preguntó el padre González.

— ¿Quién mejor que Su Paternidad, como capellán del rey y hombre sabidor? — contestó al punto Diego de Abreu.

— Escribalas quien las escriba — exclamó despechado Pero Hernández, — la verdad ha de brillar como la luz del día. Sólo hace falta exponerla.

— El señor escribano puede hacerlo también — dijo Abreu para corregir la mala impresión producida en el susceptible escribano. — Y no sólo puede, sino que debe hacerlo, para dar fe con su rúbrica de lo justo de nuestras quejas. Entretanto, y no obstante el envío de las cartas, tratemos de libertar al gobernador...

— Sí, lo primero es lo primero — apoyó Miranda.

— Hasta ahora la gente con quien se puede contar es bien poca, — objetó Ruiz Galán.

Pero Hernández enumeró una a dos docenas de hombres del pueblo que, a su parecer, estarían prontos a dar su sangre por el gobernador y en servicio del rey. El conocía la población entera con sus pecadillos más secretos, desde antes de ascender a secretario de Alvar Núñez, como amigo que era de meterse en vidas ajenas; pero ocupando el alto cargo había completado sus informes sirviéndose de numerosos confidentes y de criadas y esclavas, olvidado momentáneamente en favor de

tan útiles fines, de su decidida animadversión al otro sexo. Pero la gente no bastaba...

— Hay que ganar prosélitos y dedicarse a ello con todo ardor — dijo el capellán. — De otro modo estaremos atados de pies y manos.

— ¡Un momento! — exclamó entonces Miranda, al ver que Ruiz Galán, como el menos ardiente, iba ya a iniciar la desbandada. — Entre los hombres de pro con quienes se puede contar hemos olvidado a uno de los más importantes, no sólo por las funciones que desempeña, sino también porque nada es capaz de arredrarle...

— ¿Quién es ese olvidado y heroico paladín? — preguntó Abreu con sorna.

— Pues el alférez don Pedro de Molina, regidor de la ciudad — replicó Miranda. — Molina no me ha disimulado sus sentimientos, en un todo favorables a nuestros propósitos.

— Yo no le había olvidado — dijo Abreu. — Antes, al contrario...

— Y bien, hay que hablarle — interrumpió el padre González.

— No veo qué puede hacer el alférez Molina más que unirse con nosotros — objetó Abreu con gesto displicente.

— Pues yo sí — replicó al punto Miranda. — Acaba de ocurrírseme que, como regidor, puede requerir la libertad inmediata del gobernador, por los males que su prisión ha acarreado, acarrea y acarreará a la Provincia. ¡Y veremos qué contestarán a esto el capitán Vergara y los « magníficos » señores oficiales de S. M.!

Los otros aprobaron calurosamente.

— ¿Se prestará Molina? — objetó el capellán.

— No me cabe duda; pero le hablaré mañana mismo y sabremos con certeza a qué atenernos.

— Recapitulemos, pues, señores — dijo Pero Hernández, que había tomado algunas notas. — Esta noche se ha resuelto, en primer término, invitar a la acción a los respetables sacerdotes que permanecen leales a nuestra justa causa; segundo, agitar al pueblo para que se alce en servicio de S. M.; tercero, enviar al Brasil a Eusebio Cornejo y Ambrosio Higuera con cartas dando cuenta a los muy altos señores del Consejo de Indias de todas las iniquidades que se han cometido y cometen contra el señor gobernador, cartas que escribiremos el muy venerable capellán y yo, aunque indigno; cuarto y último, hacer que el regidor don Pedro de Molina requiera y exija de los usurpadores del mando, la libertad inmediata del legítimo gobernador. Esto es todo, pero paréceme que no hemos perdido el tiempo en zarandajas...

Y, no habiendo más asunto que tratar, se levantó la misteriosa sesión, y cada mochuelo se fué a su olivo, seguro de haber contribuído a salvar la patria.

**INTRIGAS Y DISTURBIOS**

No pasaron muchos días sin que el alférez Pedro de Molina, regidor, tratara de ejecutar el plan de los conjurados. A las primeras insinuaciones del clérigo Miranda, el alférez habíase apresurado a contestar que haría cuanto en su mano estuviese por libertar a Alvar Núñez y reponerle en el mando. La idea del requerimiento le pareció excelente y de efecto seguro, pues el capitán Vergara y los oficiales reales, aunque atrevidos, temblarían ante un documento en forma, abrumadora e indestructible prueba de sus culpas, que les haría condenar tanto más gravemente cuanto más persistieran en ellas. Sonreíale, también, el papel de primera importancia que así estaba llamado a representar, y que le arrancaba de golpe a su obscura medianía.

Dirigióse, pues, una mañana a la Casa Fuerte, donde sabía que estaban reunidos el capitán Vergara y los oficiales, asistidos por el escribano secretario Martín de Orúe de Ochoa y Agüero. Llevaba Molina en la mano el largo requerimiento ca-



ligrafiado por Pero Hernández, que también había colaborado en él: reclamaba, para empezar, la libertad inmediata del excelentísimo señor Adelantado don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y daba a entender que los magníficos señores oficiales debían devolvérsela sin dilación, pues ya estaban sobradamente vengados de él con la áspera prisión en que le tenían. En seguida hacíales ver los males que un abuso como el de tener encarcelado al legítimo gobernador traía consigo, y el peligro grande de que se perdiese y despoblase la Provincia si la situación aquella se prolongaba, añadiendo que, si no querían, por inconcebible obcecación, reponer a Alvar Núñez en el gobierno, le diesen lugar, por lo menos, antes de enviarle a España, para que él mismo nombrara una persona que, con su poder y en nombre de S. M., gobernase la Provincia. Este requerimiento ocupaba un pliego entero de papel de marca y un buen descifrador de manuscritos tardaría más de media hora en leerlo.

Con ademán decidido, alta la frente y la mano izquierda apoyada en el pomo del acero, entró el regidor Molina en la sala donde deliberaban las autoridades, y encarándose con ellas dijo:

— En mi carácter de regidor vengo a requeriros, Señores Magníficos, sobre el grande y grave escándalo que pasa y que pone en tantísimo peligro a la tierra, y a los bienes y la misma vida de sus conquistadores y pobladores. Así, y para mayor solemnidad del acto, pido al señor escribano aquí presente que lea en voz alta y clara, y dé fe

de su lectura, el requerimiento que en sus manos depositó.

Esto diciendo acercóse marcialmente a Martín de Orúe y le tendió los papeles.

El escribano miró el pliego, en seguida a Irala y los oficiales, luego al regidor, que permanecía inmóvil como una estatua con el brazo extendido, y por fin contestó secamente:

— Yo no tengo que leer ni eso ni otra cosa, si estos señores no me lo mandan.

Cabrera, que temblaba de ira, saltó al punto, dirigiéndose al alférez:

— ¡Cómo se entiende, seor bellaco, y qué requerimiento es ese, ni qué regidor sois vos, ni qué permiso tenéis para venir a turbarnos en nuestros trabajos! Salid inmediatamente si no queréis que os duela hasta el fin de vuestra vida.

— Soy regidor, y como tal... — comenzó a decir Molina, blandiendo los papeles con majestuoso ademán.

— Habréislo sido quizá — replicó Cabrera, — pero aunque lo fuérais todavía, voto a bríos que os haré dar de azotes por mano del verdugo si no despejáis inmediatamente la plaza.

A todo esto se habían ido acercando algunos soldados de la guardia y los curiosos que, oliendo novedades, siguieron al alférez hasta la Casa Fuerte.

— Llévadle al calabozo — dijo el capitán Vergara tranquilamente a los soldados. — A la sombra se le refrescará la cabeza y se le pasará la calentura.

Quiso Molina desenvainar la espada y abrirse paso a tajos, pero no le dejaron los soldados, y en un abrir y cerrar de ojos vióse con las manos atadas a la espalda, dirigido a empellones hacia el calabozo, entre los improperios, las risotadas y los dicharachos de los curiosos que habían acabado por invadir la sala, y que en seguida corrieron a difundir la nueva por la ciudad.

Irala y los oficiales conferenciaban entretanto sobre lo ocurrido.

— No ha hecho eso motu proprio — dijo Cabrera, maestro en intriga. — Sus entendederas no llegan a tanto y otros titiriteros hay en la sombra que le han manejado y dirigido. Se conspira, no cabe duda, y es menester que esto acabe. Hay que descubrir a los conspiradores y castigarlos con toda severidad, pues de otra manera estamos perdidos.

— Nada de exagerado rigor — dijo el capitán Vergara. — No es necesario, porque los descontentos son bien pocos. Bastará dar una ligera lección a algunos, y aun eso sobraría si no fuera preciso restablecer rápida y completamente la tranquilidad. Unos días de cárcel a los más agitados, y el mal pasará como por ensalmo. Y no toquemos, si es posible, a los principales, pues los haríamos enemigos irreconciliables, cuando con suavidad, podemos atraerlos.

Sorprendió a los oficiales esta manera de ver, pero al fin comprendieron que la inspiraba una habilísima prudencia, y la aprobaron unánimemente.

— Sin embargo — dijo Cabrera — yo barrunto

quién es el primer instigador del alférez, y quisiera que le hiciese, desde luego, compañía en la cárcel. Debe de ser ese curilla Miranda, con quien ha hablado muchas veces estos últimos días...

— ¿Tiene vuestra merced pruebas? — preguntó Irala.

— No, sino vehementes sospechas.

— En tal caso hay que dejarle, si no se desmanda. ¡Pero si hace la menor manifestación pública; a la cárcel con él!

— Lo que debe hacerse — dijo Cáceres — es redoblar la vigilancia y mandar por todos lados echadizos que nos tengan al corriente de cuanto se haga y se diga. Yo me encargo de ello.

— Y yo — agregó Cabrera.

Al día siguiente, el clérigo Luis de Miranda, que peroraba en un corrillo contra la prisión de Alvar Núñez, fué detenido y encarcelado como perturbador del orden.

Los espías, que pululaban en la ciudad, no tardaron en descubrir que Eusebio Cornejo y Ambrosio Higuera iban a partir para la costa del Brasil con importantes comunicaciones, y dieron parte a Cabrera. Fácil hubiera sido descubrir por ellos los hilos de la conspiración, pero Irala, fiel a su política, no quiso ahondar en el asunto y se contentó con que se prendiese a Cornejo e Higuera. Estos, avisados a tiempo de que los alguaciles andaban en su busca, corrieron a ampararse del asilo de la iglesia. Los alguaciles, reforzados por una turba de comuneros, les pusieron sitio para rendirles por hambre, después de que fray Juan

de Salazar y el clérigo Francisco González Panigua les hubieron amenazado con la ira celeste si violaban el sagrado asilo, respetado siempre hasta por los mismos reyes. Dos días duró el cerco y hubiera durado eternamente, si Jaime Resquín, solo y desarmado, no entra en la iglesia como quien va a rezar y ve que los pájaros habían volado sin que se supiera cómo ni por dónde...

Cada vez más escasos y desconcertados, los conspiradores seguían reuniéndose de tarde en tarde. Insistían, en su propósito de libertar al gobernador en la primera ocasión propicia y hasta lograron enviar al Brasil, para que pasaran a España, a Diego Rodríguez, Diego Téllez de Escobar y Pedro Vergara, gente de poca significación, cuya ausencia podía, por lo mismo, pasar inadvertida.

La Asunción seguía presentando, sobre todo de noche, el aspecto de un pueblo sitiado. Treinta o cuarenta comuneros recorrían sin cesar las calles y estas rondas detenían a todo transeunte, sometándolo a largos interrogatorios sobre lo que hacía fuera a semejantes horas, y acababan generalmente por llevarlo por sospechoso a pernoctar en la cárcel. A pesar de esto, seguían apareciendo por las mañanas en las esquinas las consabidas cédulas con la aleluya:

Quien a su rey no fuera leal  
ni le valdrá Castilla ni Portugal.

Ignoraban todos qué secreta mano los fijaba  
cada noche en los cantones, y Pero Hernández

se reía so capa, restregándose las manos de satisfacción. Al fin, y sólo porque eran notoriamente leales, se sospechó de los vecinos Antón Martín del Castillo y Melchor Núñez, que dieron con sus cuerpos en la cárcel. Irala les interrogó personalmente y no hallando nada contra ellos les puso en libertad con algunas buenas palabras para consolarlos del trastorno y el susto. Las cédulas cesaron, no porque Hernández se cansara del juego, sino porque comenzaba a faltarle el papel, mercancía a la sazón preciosa y escasísima en el Río de la Plata.

Los echadizos acabaron por husmear que se trataba de dar un golpe de mano a la casa de Garcé Venegas para poner en libertad a Alvar Núñez, pero no alcanzaron a descubrir con certeza — no se descubren los sueños, — quiénes pretendían darlo, ni cuándo ni cómo. Hablábese de que dos de los guardianes habían sido sobornados y facilitarían la fuga del ex gobernador; de que los conspiradores eran numerosos; de que estaban seduciendo la gente del capitán Vergara y los oficiales... Los comuneros agitábanse con esto y criticaban la blandura del gobernador que no descargaba castigos a granel para acabar con los alborotadores. A fin de suplir este remedio heroico juraban públicamente que si los leales intentaran libertar a Alvar Núñez habían antes de matarle a puñaladas. Inaugurando un sistema que, siglos después y bajo una sangrienta tiranía, iba a ser imitado en Buenos Aires, los más exaltados comuneros con el Tossut a la cabeza, pintaban de

rojo, con almagre, las ropas y aun la cara de los leales que encontraban por la calle y les llamaban «traidores almagrados». Esta suerte corrió, entre otros, don Pedro de Castro, uno de los vecinos notables, a quien Cáceres llamó luego para decirle que le había de hacer empozar hasta que se pudriese como el cáñamo, si seguía hablando contra los oficiales reales. Por si esto no bastaba, al día siguiente, que era domingo, saliendo Castro de misa, embistióle el Tossut espada en mano y comenzó a tirarle recias cuchilladas.

— ¡Cómo, bellaco traidor — le gritaba al propio tiempo, — cómo tenéis atrevimiento de decir cosa ninguna contra los señores oficiales reales?

Castro desenvainó también y con bastante garbo paraba los tajos y reveses del Tossut, cuando una patrulla de comuneros le desarmó y le llevó a la cárcel. Irala le hizo poner inmediatamente en libertad, pero no castigó a Jaime Resquín.

Así fueron también presos, para quedar libres poco después, Antón García, Juan de Sotelo, Francisco Delgadillo, Gonzalo Portillo, Francisco de Londoño, Pedro de Esquivel, que ¡nada cobarde por cierto! se había casado con la valerosa doña Isabel de Guevara, y algunos más.

El peor parado fué un tal Cristóbal Bravo, que se jactaba públicamente de ser el futuro libertador de Alvar Núñez y que, preso e interrogado, confesó de plano el vago proyecto de seducir a los guardias y asaltar la casa de Garcé Venegas. Fué condenado a recibir cien azotes por mano de Sardo el Verdugo y en la plaza pública. Antes

de que el risueño y amable ejecutor se los aplicara y después de los habituales redobles de tambor, el pregonero gritaba a voz en cuello:

— ¡Esta es la justicia que se manda hacer a este hombre, por traidor y aleve a Su Majestad!

En la reunión de aquella noche, a la que sólo asistían Abrego, Ruy Díaz Melgarejo, su hermano Francisco Ortiz de Vergara y el emponzoñado escribano, éste contó que, antes del primer interrogatorio, los alguaciles habían prometido a Bravo dejarle volver tranquilamente a su casa y no molestarle más, si encartaba en la conspiración a las personas que Cáceres y el nuevo alcalde mayor, Pero Díaz del Valle, indicarán, y si no que se le había de ahorcar; que Bravo, desdiciendo de su nombre, se echó a temblar y seducido por la falaz promesa, encartó a varios leales... No por eso pudo el fanfarrón pusilánime escapar a la azotaina.

— Pues yo, señores, — dijo el fogoso capitán Abrego, — tengo que comunicaros algo mucho más grave y que ha de sorprenderos desagradablemente. Debemos renunciar a nuestros trabajos y abandonar nuestros planes. El único que puede hacerlo así nos lo ordena, y ¡pesia tal! hay que obedecer. Por medios que debo guardar secretos había logrado ponerme en comunicación con el gobernador. Hace pocos días pude hacerle saber que íbamos a dar un golpe de mano para libertarle, rogándole que estuviera sobre aviso, pronto día y noche a secundarnos en cuanto lle-



gara el momento. Ahora bien, acabo de recibir su respuesta...

— ¿Qué dice? — preguntó con interés vivísimo Ruy Díaz Melgarejo.

— ¡Nos aprueba y aplaude sin duda! — exclamó Ortiz de Vergara.

— Estará muy contento — murmuró el escribano.

— Todo lo contrario, desgraciadamente, — contestó Abrego. — Leed vos mismo, señor escribano.

Pero Hernández leyó después de algunas frases de agradecimiento del ex gobernador a sus amigos y partidarios, esta categórica admonición:

« Estaos quedos y no os mováis, porque menos inconveniente es ir preso ante S. M. que sabrá hacerme justicia, que contribuir yo también a la perdición de esta tierra. Sosiégúense, pues, todos mis amigos y allegados, si en algo estiman mi vida, porque los comuneros me darán muerte en caso de que los alborotos continuen ».

— ¡Nobles palabras, — exclamó Ortiz de Vergara — y que llenarán de admiración a cuantos las conozcan! Son las de un vasallo leal que pone ante todo el interés de su señor, y las de un verdadero cristiano que se resigna ante los golpes de la suerte y piensa en los demás antes que en sí mismo.

— Pero parece, también, tener en cuenta las amenazas de esos condenados comuneros, ¡que Dios confunda! — agregó el escribano con disimulada socarronería.

— ¡Estamos, pues, obligados a cruzarnos de bra-

zos! — dijo Ruy Díaz. — ¡Voto a tal que no me consolaré nunca!... Con sólo cuatro hombres de buena voluntad hubiese yo libertado al gobernador cualquiera noche de éstas y atado al Vergara en el rollo del pueblo!

— Demasiadas vacilaciones... — observó Ortiz.

— La vigilancia era harta para tan escasa gente, — replicó Abrego.

— Continuemos con mucha prudencia nuestras reuniones, — dijo Ortiz — si place a vuestras mercedes, para estar siquiera al corriente de lo que pasa. Puede que cambien las cosas y que, fatigado el celo de nuestros enemigos, se presente ocasión más llana y fácil de libertar al gobernador... Porque, una vez seguros de que su vida no correrá peligro, creo que deberíamos hacerlo, aún a pesar suyo.

Poco a poco iba, entretanto, restableciéndose la pública tranquilidad. Apenas supieron que se renunciaba al golpe de mano por mandato expreso del mismo Alvar Núñez, los conspiradores comenzaron — aquí que no peco, — a acudir en mayor número a las reuniones clandestinas, tanto más cuanto que las patrullas no recorrían ya las calles sino rara vez, y las persecuciones — que nunca habían tocado a los principales — parecían haber cesado por completo.

Cierta noche, cuando a la cita en casa de Alonso Riquelme de Guzmán solo habían acudido Diego de Abreu, Ruy Díaz Melgarejo y Francisco Ortiz de Vergara, el capitán Abrego se apresuró a tomar la palabra y dijo:

— Me alegro de que estemos solos, y con esta esperanza he venido más temprano que de costumbre. Por el secreto medio que tenemos de corresponder — y que, a vuestras mercedes puedo decirlo, no es otro que uno de sus mismos guardianes, no una india como dicen, — el gobernador me ha hecho llegar un papel preguntándome cuáles son, a su respecto, los sentimientos del capitán Salazar de Espinosa, y si puede confiarle un cargo delicado y quizá de peligro. No colijo de qué se trata, pero sí me parece que Salazar se inclina más al gobernador que a los enemigos de éste. Siempre se ha mostrado partidario decidido de la legalidad, respetuoso de los representantes del rey, y durante todos estos tumultos y motines se ha estado quietecito en su casa. Decidme ahora vosotros en qué opinión le tenéis.

— En la misma, — dijeron Ruy Díaz Melgarejo y su hermano Ortiz de Vergara.

— Yo puedo agregar — añadió Riquelme de Guzmán — que en los últimos tiempos se mostraba amigo adicto del gobernador, quien le distinguía mucho, y que a poco que le hubiéramos instado en nombre de mi señor tío, hoy le tendríamos en nuestras filas. Es un perfecto soldado y un cumplido caballero.

— ¿Puede entonces don Alvar contar con él?

— Ciegamente.

Los conspiradores frustados estaban ya en número cuando llegó agitadísimo el escribano Pero Hernández.

— ¡Señores, señores — exclamó sin detenerse a

tomar aliento. — Acaban de pasar cosas extraordinarias! ¡Nadie lo querrá creer! ¡Y nunca podríais adivinarlo!

— ¡Hablad, hablad! — pidieron todos interesadísimos por aquel introito.

— Pues habéis de saber que Cabrera, Garcí Venegas y el mismo Cáceres, que se ha vuelto el más furioso de todos, han estado hoy en la prisión del gobernador para ofrecerle la libertad!

Un coro de exclamaciones, de admiración las unas, de incredulidad o de júbilo las demás acogieron estas palabras.

— ¡No os regocijéis antes de tiempo! — apresuróse a agregar el escribano compungido. — No es para regocijos, desgraciadamente... Yo lo he sabido por los comuneros que guardan al gobernador, en razón de lo que a mí mismo me pasó después...

— ¡Acabad, con mil diablos! — gritó Melgarejo. — ¡No véis que estamos en ascuas?

— Pues bien, Cabrera, que hacía de jefe, dijo a don Alvar que podía escapar a su cruel destino y salir inmediatamente de la cárcel, con otorgar nombramiento y poder a Domingo Martínez de Irala para que gobierne como su legítimo sucesor, cosa a que su capitulación le autoriza...

— ¡Y el gobernador?

— Como es natural don Alvar rechazó indignado la proposición, declarando que antes moriría que confirmar a un rebelde usurpador en el puesto que S. M. le había confiado. Los oficiales se retiraron furiosos; y sin salir de casa de Garcí Ve-

negas, me mandaron buscar con un grupo de comuneros armados de ballestas y arcabuces. Una vez allí me quisieron obligar a que extendiera tal poder, como escribano, y a que escribiera al gobernador, como amigo, aconsejándole que lo firmara, pues tal era su deber, si quería evitar la ruina de la tierra. Yo me negué a hacer una cosa que iba tan en contra de mi conciencia. Estuvieron a punto de caer sobre mí, y me amenazaron muy malamente. Supe, con todo, mantenerme firme como una roca!

— ¡Muy bien! ¡Muy bien, pardiez! ¡Viva el escribano!

— Pero no acabaron con ello mis desdichas, pues Garcí Venegas me despidió diciendo: « Andad, andad y reflexionadlo bien. Os damos de tiempo hasta mañana y voto al chápiro verde que si entonces no lo hacéis, que os hemos de tener en un calabozo hasta que os hagáis mojama ».

Lo que no decía Pero es que él mismo había pedido aquel plazo para reflexionar... y ceder, amedrentado por las amenazas de los oficiales.

— ¿Y pensáis escribir?

— ¡No en mis días!... aunque sea cosa de mi profesión a la que, en rigor, no debiera negarme... Un escribano ha de extender cuantos documentos se le pidan...

— Pues andaos paso — exclamó Díaz Melgarejo, — que juro a Dios que si tal escribís, que os he de cortar ambas orejas y la nariz por añadidura.

Entre la amenaza de los oficiales, que sólo era de cárcel, y la del violento Ruy Díaz, de dejarle

mutilado para siempre, no cabía vacilación y el buen Pero Hernández optó valientemente por negarse a redactar el poder.

Al otro día fué encarcelado y durante varias semanas se le perdió de vista en la ciudad.

Los informes pedidos al capitán Abreu por Alvar Núñez llegaro a poder de éste tales y tan favorables como los deseaba, y apenas los tuvo trató de poner en práctica un plan que de tiempo atrás venía rumiando. Como no tenía otro de quien valerse, hizo llamar al escribano Bartolomé González, decidido partidario de los comuneros, y en presencia de los que le guardaban y de otros testigos, comuneros también, le pidió que diese fe de cómo, en nombre de Su Sacra Cesárea Católica Majestad, otorgaba poder al capitán don Juan de Salazar de Espinosa, para que, en representación suya, desempeñase el cargo de teniente gobernador y capitán general de la Provincia. El escribano González se negó a hacerlo y corrió a dar cuenta al capitán Vergara quien, llamando en el acto a los testigos, les hizo jurar que guardarían el más absoluto silencio...

Sin embargo, Alvar Núñez no cejó en su empeño y días después llegaba misteriosamente a manos del capitán Salazar de Espinosa el referido poder, no otorgado ante escribano, pero sí escrito de la cruz a la fecha de puño y letra del gobernador.

Salazar, que lo recibió como un mandato, no sabía lo que aceptaba al aceptar el papel...

**EL SUMARIO**

La carabela que Alvar Núñez había hecho poner en astillero para que llevase al monarca noticia de su feliz gobierno y de sus soñados y nunca realizados descubrimientos, continuaba construyéndose en el puerto de la Asunción, pero para conducirlo a él mismo a España, encausado y preso. Los trabajos marchaban lentamente, pues nadie, si se exceptúa quizás al desdichado ex gobernador, tenía prisa en ver resuelto el proceso por el Supremo Consejo de Indias. Era un tiro de dados. Según qué intereses primaran en el Consejo, obtendrían satisfacción o Alvar Núñez o sus enemigos. No había en este caso tan complejo que contar con la aplicación pura y simple de la justicia.

Tratábase de un conflicto entre dos poderes y entre dos políticas: de un lado estaban los oficiales de S. M., ganosos de tener la supremacía sobre el gobernador; del otro el gobernador, convencido de que las funciones de los oficiales eran puramente administrativas, y que ellos en consecuencia, dependían del ejecutivo, representado exclu-

sivamente por él. La política de los oficiales consistía en allegar la mayor suma posible de caudales en beneficio del rey y en segundo — o primer término, — de ellos mismos, aunque fuera en detrimento de los naturales esquilados y del porvenir de la provincia devastada; la del Adelantado quería ser conservadora de la vida y la hacienda de los indios, como prenda de la paz y la bienandanza, que traerían consigo el mantenimiento de un venero perenne y creciente de riquezas. Los oficiales pretendían establecer una especie de democracia paradójica que les permitiría ingerirse directa o indirectamente en el manejo de la cosa pública, apoyándose en las masas si era necesario, y se mostraban exigentes en el cobro de impuestos y gabelas — tendencia irresistible en todo agente fiscal, — sobre todo para obligar a los españoles a sangrar más a fondo a los naturales; Alvar Núñez, al revés, se proponía organizar un gobierno absoluto, a imagen y semejanza del que en España imperaba, rodeado de una jerarquía subalterna, y en el que la función del pueblo fuese pura y simplemente la de obedecer, para lo cual era preciso, y no muy difícil, mantenerlo satisfecho en cuanto a las cuestiones materiales...

Estas diferencias, causa de todos los choques producidos, eran las que, obscurísimamente expuestas, iban a someterse al fallo del Supremo Consejo de Indias, que se veía muy perplejo para resolver, pues por esencia y por afinidad de funciones, como que él también era administrativo y



él también se esforzaba por sacar el mayor jugo posible al Nuevo Mundo, tenía que inclinarse del lado de los oficiales reales; y por lealtad al trono y a sus prerrogativas, así como por alta previsión política y bien inspirado espíritu conservador, y aun por equidad, debía ponerse de parte de Alvar Núñez Cabeza de Vaca...

En cuanto al capitán Vergara, el enérgico vascongado reservaba más de una sorpresa a los oficiales reales que creían tener en él un asociado complaciente, si no un simple instrumento...

La carabela, que — rebautizada — iba a llamarse significativamente «Comuneros», seguía construyéndose muy despacio bajo la dirección de Hernán Báez, maestro de hacer navíos, y mientras tanto edificábase también, foja por foja, con igual lentitud y mayor minuciosidad, el sumario contra Alvar Núñez, instruído bajo la dirección de Cabrera y consortes, por el nuevo alcalde mayor Pedro Díaz del Valle.

Pero Hernández, a quien el capitán Vergara hizo poner en libertad antes de que cumpliera un mes de cárcel, ocupóse por todos los medios de averiguar la marcha del sumario para anotarla día por día en vista de la famosa carta-memoria que contaba enviar en la primera ocasión y que escribía conjuntamente con los «Comentarios» a sus altezas los señores del Consejo. Mas como su envío tardaría y la prisión no había calmado el prurito de hablar que le escocía la lengua, el bueno del escribano contaba a sus amigos leales cuanto de cierto, de dudoso y de falso cosechaba en sus

correrías investigadoras. Sus oyentes más atentos eran Francisco Ruiz Galán y Alonso Riquelme, que luego repetían sus palabras en otras reuniones, siempre con la sorpresa de que ya lo supieran todos, de boca del mismo Pero.

— Los oficiales continúan afanosos forjando el sumario contra el gobernador — decía éste. — Los alevos quieren a todo trance justificar su conducta, para que la prisión del noble y magnánimo don Alvar no aparezca como una venganza ruín por haberles encarcelado cuando la anterior conspiración. Piensan escapar con ello a la horca, que tan merecida tienen, pero vive Dios que les veré colgados con estos ojos que se ha de comer la tierra... Ahora llaman a los comuneros más soeces y les enseñan las declaraciones que luego van a prestar, perjurando, ante el alcalde Díaz del Valle; a éstos y a otros los sobornan con promesas y con dádivas, y afirmo, así Dios me perdone, que en ello invierten la secuestrada hacienda del gobernador. Además, la construcción de la carabela se retarda porque para pagar testigos falsos han vendido todo el hierro que había, no sólo para la nao, sino también para forjar rescates, armas y herramientas... Todo esto y más saldrá en su día para perdición de esos racimos de horca.

Otras veces informaba a sus amigos de intrigas escandalosas:

— Los viles no logran, a pesar del cohecho y de las más terribles amenazas, que las declaraciones sean unánimes contra el gobernador, pues muchos se niegan a acusarlo falsamente y antes bien

loan sus acciones. Pero el empedernido Díaz del Valle, comunero atroz, como bien lo sabéis, no quiere escucharlos y les tapa la boca con un tan terrible « ¡No os preguntan eso! » que ni las trompetas de Jericó. No hace que el escribano asiente las declaraciones favorables, sino que se lo prohíbe, y en seguida interroga a los testigos de tal modo que sus respuestas puedan tomarse como acusaciones, empañar y mancillar por lo menos la justicia y la honradez del gobernador. A los que se niegan a firmar semejantes calumnias, los maltrata a golpes hasta que lo hacen.. Y todo para que en el sumario aparezca que Alvar Núñez ha pretendido proclamarse rey...

— ¡Qué monstruoso disparate, qué repugnante calumnia! — exclamaba Alonso Riquelme de Guzmán. — ¿Y en qué pretenden fundar una atrocidad semejante, que no habrá en todo el orbe un cristiano que la crea?

— En que, cuando salimos para la entrada, don Alvar mandó izar el pabellón de sus armas en el bergantín que montaba, como lo hacen y deben hacerlo todos los almirantes que navegan en ejercicio del mando! Parece — pues yo no lo recuerdo — que en el bergantín se había ya enarbolado el pabellón real, que se arrió para reemplazarlo por el de Alvar Núñez... Sobre este hecho casual, sobre este incidentillo, pretenden apoyarse para demostrar que quiso hacerse rey.

— Pero esa calumnia no bastará a convencer ni a los más capaces de comulgar con muelas de molino!

— Por cuya razón — explicaba Pero — añaden

otra, del mismo jaez, torciendo el sentido de la amonestación que el gobernador les endilgó a ellos mismos, a los oficiales reales, cuando pretendían subírsele a las barbas, y cuando permitían que sus criados y allegados robasen y esquilmasen la tierra, maltratando y persiguiendo y esclavizando a los naturales libres y vasallos de S. M.

— ¿Cuáles fueron esas palabras hermano Hernández? Repetidmelas, vos que tenéis tan buena memoria.

— Pues díjoles puntualmente el gobernador, según yo lo tengo anotado: « ¡Paréceos cosa justa que cada uno de vosotros, señores oficiales, pretenda ser rey en la Provincia?... Pues quiero que sepáis que aquí no hay otro rey, ni le ha de haber, ni otro señor que S. M., y yo en su nombre ». « Yo en su nombre », señor don Alonso, « yo en su nombre! » ¿Cabe acaso interpretar torcidamente sentencia tan clara?

Una noche llegó Pero con nuevos detalles a la sólita reunión:

— Ahora mismo acabo de confesar al sevillano Damián Dorias, que todos conoceis, y que me ha revelado cosas inauditas.

— Decid, decid, — exclamó Ruiz Galán.

— Desembuchad luego! — insistió Riquelme.

— Sabéis cómo Dorias es gran pendolista...

— Sí.

— Pero no conocéis su habilidad en contrahacer a la perfección toda suerte de escrituras, tan propias que parezcan trazadas de la misma mano! Pues de este perillán se valen para calumniar y

acusar al gobernador en todas las cartas que inocentemente se envían a la costa del Brasil para que pasen a España... Los que las escriben las ponen, como sabéis, en manos del regidor Pedro de Aguilera para que las mande en la primera ocasión, ya con los naturales que suelen servir de Correo, ya con los portugueses que van de vuelta, ya por los pocos españoles que parten... El comunero Aguilera, como detiene cuanto tiempo quiere las cartas en su poder, hace por mandato de los oficiales, sin duda, que Dorias interpole en ellas o les agregue al final muchas cosas que puedan hacer daño al gobernador... El mismo Dorias me acaba de confesar que ha escrito y enmendado cantidad de cartas, convirtiendo así en testigos falsos y ruines calumniadores a muchos españoles honrados que ni siquiera lo sospechan... «¿Qué os han dado por vuestro trabajo, hermano?» — le pregunté fingiendo reírme de la traición como de una donosa farsa. «Unos calzones de algodón por todo viático». El nuevo Judas ha vendido pues, a su gobernador por menos de treinta dineros!...

— Me cuesta creerlo — dijo Ruiz Galán.

— A mí no me cuesta — objetó Riquelme, — pero no me explico bien que Damián Dorias se atreva a contarlo como un chiste después de haberlo hecho.

— ¡Vaya, cristianos! — replicó Pero Hernández. — ¡Creéis, pues, que me mamo el dedo?... Desde que frecuento esta ruín canalla para averiguar lo que se trama contra el gobernador, me doy por su enemigo jurado, y como digo que he

de vengar afrentas que me hizo cuando yo era secretario, se lo tragan como pan bendito. Hoy, para sacar de mentira verdad, comencé contando a Dorias cómo sonsacaba Antonio Navarrete, criado de don Alvar, ropas y objetos de su amo, a mi vista y paciencia, y cómo callaba yo sus mañas por lo que en ello me iba. Luego, luego se abrió el Dorias y cantó de plano...

— O se ha reído de vos — dijo Ruiz Galán, — o a cáñamo me huele su pescuezo, si no por éstas por otras que vendrán, porque el que hace un cesto hace ciento... si le dan mimbres y tiempo...

En otra ocasión reveló nuevas asechanzas según él urdidas contra el desventurado Alvar Núñez.

— Decid por Dios, a cuantos halléis en el camino—exclamó—que por nada de este mundo ni del otro vayan a otorgar poder al escribano Martín de Orúe.

— ¿De qué poderes y de qué personas se trata, seor Pero? — preguntóle Ruiz Galán. — ¿Hay alguna otra intriga en ciernes?

— ¡Vaya si la hay! ¡Y de las gordas! Yo mismo me espanto con sólo pensarlo.

— ¿Qué es ello? — inquirió Riquelme a su vez.

— Habéis de saber que la partida de nuestro amado gobernador se halla muy próxima. El sumario contrahecho está acabado o por acabar, la carabela podrá navegar dentro de pocas semanas, y será la cárcel flotante del martirizado don Alvar, si Dios no le pone remedio, y parece que no le pondrá, para que el Vía Crucis de tan santo caballero llegue al Consummátum est...

— Bien, bien, señor escribano, pero acabad, por los clavos de Cristo.

— Es el caso, pues, que los oficiales reales y el Irala o Vergara, demonio, han acordado que Martín de Orúe vaya también a España con los otros para...

— ¿Quiénes son los otros? — interrumpió Riquelme.

— Paso, paso, don Alonso; cada cosa a su tiempo y los nabos en adviento... Pues, como iba a deciros: para cargar al gobernador y hacer que se absuelva a Irala, a los oficiales y a los demás comuneros, de las traiciones y robos por ellos cometidos... Temen con razón la justicia de S. M. en cuanto ésta conozca sus negros delitos.

— Pero, ¿y los poderes?

— A eso vamos. A fin de dar color a esta embajada, y disimular su verdadero objeto, Martín de Orúe ha logrado ya que muchas personas le den poder para solicitar mercedes en favor suyo y libertades para la Provincia, asegurándoles que tiene gran valimiento en el Consejo de Indias y aun en la misma Corte, y que obtendrá fácilmente cuanto pida en su nombre o en nombre ajeno. Por esto se lo han dado, por esto se lo darán algunos otros inocentes. Y nada sería si en esos poderes, que se firman a ojos cerrados, no se introdujera, de modo que los firmantes no lo adviertan, la autorización de acusar a don Alvar Núñez... Con estas cautelas, engaños e intrigas, se va llenando la plana de firmas honradas que pier-

den, sin percatarse, a un santo varón, al mejor de los hombres!

Protestaron los otros, muy indignados, contra tan negra perfidia, prometiéndose advertir a los incautos para que no se prestaran a semejante maquinación, pero, curiosos, muy luego preguntaron quiénes, además de Orúe, se embarcarían con el gobernador, sea como presos, sea como carceleros y acusadores.

— Según mis noticias, — contestó Pero — don Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca seguirá la misma suerte de su primo y protector, y es todo lo que sé en cuanto a los presos. Parece, sin embargo, que no habrá más, sino enviar también a un infortunado amigo nuestro, al clérigo Luis de Miranda, que es el único leal de significación que siga aún en la cárcel.

— ¿Y de los comuneros?

— El llavero mayor parece que será, como piloto de la nao, el portugués Gonzalo de Acosta, quien vino en calidad de lengua de don Pedro de Mendoza, que de Dios goce, hombre que como su suegro, el bachiller Ramalho, es un costal de vicios y de crímenes. Como acusadores del gobernador irán, ya lo habréis adivinado, sus dos más fieros enemigos, esa alma de Caín de don Alonso de Cabrera, vuestro perseguidor, don Francisco...

— Que Dios confunda y el diablo se lleve, amén!

— Y ese corazón de cieno de Garcí Venegas — continuó Hernández sin detenerse, — que si ahora escapa a las manos del Sardo, no ha de escapar a otro verdugo de allende.



— Habrá que avisar a los amigos leales que la partida se aproxima, — dijo Riquelme de Guzmán. — No es posible que dejen llevar a mi noble tío cruzándose de brazos.

— Ya está hecho, — replicó Hernández.

— ¿Habéis avisado? — preguntó Ruiz.

— Antes de venir pasé de un salto a casa del capitán Salazar de Espinosa, y se lo dije, y luego a la del capitán Abrego, quien se encargó de hacerlo saber a los demás. Mañana, Dios mediante, hemos de reunirnos todos en casa de Salazar.

## VI

### COMO EL GRAN CRISTOBAL

La reunión fué numerosa y agitada. Rodeaban a Salazar de Espinosa fuera de Pero y los acostumbrados leales, — el capellán González, Diego de Abreu, Francisco Ortiz de Vergara, su hermano Ruy Díaz Melgarejo, Alonso Riquelme de Guzmán y Francisco Ruiz Galán, — don Diego Barúa, caballero de la Orden de San Juan, venido con don Pedro de Mendoza, y algunos hidalgos de menor cuantía recién confabulados.

La nueva de la próxima partida de Alvar Núñez había producido profunda sensación, despertando en los leales el antiguo descontento que parecía adormecerse, y en los comuneros el regocijo de creer que con aquello iban a acabarse los disturbios y disensiones y a comenzar la era de su dominación indiscutida. El resentimiento de los partidarios del Adelantado manifestábase en casa de Salazar en forma de belicosa indignación, y todos los asistentes se mostraban dispuestos a lanzarse a la calle arma en mano, para libertar y ven-

gar al asendereado don Alvar antes de que lo embarcasen en la carabela.

Salazar pidió un poco de calma e hizo su profesión de fe. Era la primera vez que asistía a un conciliábulo de los leales; hasta entonces no se había decidido a apoyarlos a cara descubierta, deseando mantenerse fuera de uno y otro partido, por creer que nada ganaría con el triunfo de éste o de estotro. La delegación del mando hecha por Alvar Núñez en su persona, abría inesperados horizontes a su ambición. Si antes soñó alguna vez en el poder fué como se sueña en un imposible, con la melancolía y la resignación de no alcanzarlo nunca, y hete aquí que el intangible bastón de mando se le venía por sí mismo a la diestra, como un presente del cielo. En el bolsillo tenía el documento de puño y letra del Adelantado; en aquella sala le rodeaban capitanes e hijosdalgo, dispuestos a sostenerle y que acabarían por arrastrar la población a la primera victoria parcial. ¿Cómo dudar, pues? ¿Cómo no ponerse a la cabeza de los leales y arrancar el poder al usurpador capitán Vergara?...

— Señores, — dijo. — Temerario es lo que hacemos, reuniéndonos en mi propia casa a vista y paciencia de los que hasta no ha mucho eran mis amigos, pero que ya no lo son ni pueden serlo, puesto que se han alzado contra el rey nuestro Señor, desconociendo y persiguiendo a su legítimo representante. Y temerario, no por el peligro que yo y vosotros mismos podamos correr, sino por el riesgo a que exponemos nuestra santa causa, lo que es capital. Toda mi vida evidencia que nada ni

nadie me infunde temor: compañero y criado del gran don Pedro de Mendoza, — que me recompensó nombrándome Veedor cuando la muerte de Lasso de la Vega, — vine a estas tierras, de las que soy uno de los primeros descubridores y conquistadores, como capitán del galeón Anunciada, y desde entonces no he ahorrado sacrificio, ni escatimado mi sangre, combatiendo al lado del heroico Ayolas, del capitán Vergara, de Ruiz Galán, del noble don Alvar, sin que mi corazón flaqueara una vez, ni aun en los trances más duros. Toda mi vida evidencia también, que puede haber otros tan leales, pero ninguno más leal vasallo de S. M., en cuyo servicio he de morir, humilde y obediente. Y como tal vasallo, incapaz de felonía o de tibieza, estoy de todo corazón con vosotros, de parte de la legalidad y la justicia, encarnadas en el perseguido don Alvar.

Vivas muestras de aprobación acogieron estas declaraciones de Salazar de Espinosa, quien siguió diciendo:

— Pero no volvamos a cometer la ociosa temeridad de despertar con nuestras reuniones las sospechas del enemigo. Ni el capitán Vergara ni los oficiales de S. M. saben todavía de qué poderes estoy investido, y conviene que continúen ignorándolo hasta el momento de la acción. Cuál debe ser ese momento es lo que vamos a poner en claro ahora mismo. ¡Después, cada cual se aprestará sigilosamente, para cuando suene la hora de caer como el rayo sobre los traidores al rey!

Algunos opinaron que lo mejor y más hacedero,

era asaltar esa misma noche la casa de Garcí Venegas, tomarla de improviso, libertar al gobernador y apoderarse de la Casa Fuerte antes de que los de Irala hubieran vuelto de su primer sorpresa. La toma del fuerte los haría invencibles y decidiría al pueblo a sostener al jefe legítimo, desde la primera salida venturosa de sus defensores. Los carceleros de Alvar Núñez estaban descuidados, la guarnición debía de dormir a pierna suelta...

Salió a luz de nuevo, para malbaratar este plan, la carta del Adelantado a Diego de Abreu, el peligro que correría su cabeza, su decisión de demandar personalmente justicia ante S. M., y el proyecto se abandonó, para adoptar el que propuso el capitán Abrego en estos términos:

— En cuanto se pierda de vista aguas abajo la arboladura de la carabela, y no antes, porque de otro modo la primera víctima sería don Alvar y cualquier esfuerzo resultaría ocioso; apenas la nao, digo, esté fuera del alcance de los traidores, y amparados por la obscuridad de la noche, todos a una vendremos a rodear en ésta su casa a don Juan de Salazar con cuanta mayor gente sea posible. Con él a la cabeza, como legítimo gobernador y capitán general, sin pérdida de momento nos precipitaremos al asalto de la Casa Fuerte, que caerá en nuestras manos casi sin combate. Ya dueños de ella, un puñado de hombres bastará a defenderla, gracias a los cañones, los fosos y las murallas, y el grueso de la gente se lanzará a tomar en sus casas y en sus lechos, en primer lugar al capitán Vergara, como el más peligroso, en seguida

a los oficiales reales: los ahorcaremos, acto continuo, como se merecen, y para asegurar la paz y la tranquilidad de la Provincia, porque a muertos no hay amigos...

— ¡Bien pensado! — apoyó calurosamente Ruy Díaz Melgarejo.

— Habría que procesarlos, — objetó Salazar.

— Ya están procesados y sentenciados. ¡La sentencia es de muerte, como traidores al rey! — contestó el capitán Abrego aprobado con ardor por Ruy Díaz Melgarejo.

— Prudencia, señores, prudencia, — dijo a este punto el capellán González. — Dejemos eso para cuando se pueda resolver con más acierto y mayores luces. Ahora no sólo es prematuro sino también peligroso, porque si nuestros enemigos llegan a saberlo habremos firmado nuestra propia condenación.

Allá en el fondo del alma, Pero Hernández se reconcilió con el capellán y admiró su elocuencia. Riquelme se restregó las manos, íntimamente satisfecho.

— Y ¿qué se hará por don Alvar? — preguntó Ortiz de Vergara. — ¡No hemos de permitir que le lleven aherrojado a España, estando nosotros victoriosos!

— Eso nunca! — exclamó Riquelme.

— En mi modesta opinión — dijo el capellán, — don Juan de Espinosa, en cuanto empuñe el mando debe enviar uno de los bergantines a remo, que alcanzará fácilmente la carabela, con la orden de que regrese al punto a la Asunción. Una vez aquí...

— ¡Y creéis, padre González — interrumpió Melgarejo, — que Cabrera, Garcí Venegas y Gonzalo de Mendoza sean hombres de abandonar la partida por un quitame allá esas pajas? Por pronta providencia echarán a pique el bergantín, si se les ocurre...

— No veo qué ventaja reportarían, — replicó el capellán. — Con echar a pique un bergantín, ni diez bergantines, no recuperarían lo perdido.

— Pero de ningún modo volverían para que los ahorcáramos, como Juan de buen alma.

— En España les aguardaría el cáñamo.

— Dejemos eso para resolverlo más tarde — dijo Salazar de Espinosa, interrumpiendo la discusión.

— El plan del capitán Abrego me parece excelente, y creo que vuestras mercedes están, como yo, dispuestas a adoptarlo...

— Sí, sí.

— Entonces convengamos en que la noche misma del día en que parta don Alvar, e inmediatamente después de queda, todos nos reuniremos en esta casa, con los hombres decididos que quieran seguirnos, para correr al asalto del fuerte...

Alvar Núñez, notificado de su próxima partida, aguardábala con nerviosa impaciencia. La monotonía de su vida había sido tal en los diez meses de muda soledad, que cualquier cambio le serviría de alivio y consolación.

Los mismos largos interrogatorios a que se le sometiera durante el sumario le parecían preferibles a la inercia forzosa: siquiera entonces podía hablar, defenderse, condenar las acciones de sus

enemigos, emplazarles para tribunal más alto — el del rey o el de Dios, si aquél faltara, — dar pruebas de su entereza y proclamar la justicia de su causa, mientras que allí, entre cuatro paredes, sin más compañía que el centinela paseándose ante la puerta o los guardianes que le llevaban la frugal comida, sin poder esparcirse si no con la oración o la lectura de algún libro piadoso, se roía el cerebro con tenaces e inútiles cavilaciones. Sólo le habían procurado una apariencia de acción las comunicaciones con Diego de Abreu por intermedio de un sobornado guardia, pero esto mismo cesó desde su carta delegando el poder en manos de Salazar de Espinosa y ordenando a sus amigos que se estuviesen quedos. Cierto es que se le autorizó a recibir las visitas de un sacerdote, pero aunque con ello hubiera tenido gran satisfacción, no quiso aceptarla cuando supo que no podía elegir confesor sino entre los religiosos comuneros. Su fe era tal que no temía verles violar el sacrosanto secreto de la confesión, ni aun cuando se tratara del peor de sus enemigos, de un fray Bernardo o un fray Alonso, pero le repugnaba aceptar tales auxilios y, pese a sus esfuerzos, allá en el fondo del alma le quedaba una secreta y ponzoñosa duda...

España era su salvación. El rey, apenas lo escuchara, le devolvería con creces cuanto infieles criados de S. M. traidoramente le arrebataran. Y ni aun era necesario que le oyese el rey, pues los señores del Consejo se apresurarían a hacerle justicia...

Así fué llegando, muy poco a poco, el 7 de mar-



zo de 1545, día de la partida. Alvar Núñez fué conducido a la carabela rodeado de arcabuceros. Toda la población, reunida para verle, siguiólo hasta el río, sin otra manifestación que algún grito destemplado, sarcasmo o ultraje. Sin amar al Adelantado y con una delicadeza inesperada en gente tan tosca y bárbara, el pueblo compadecía su infortunio y respetaba su dolor. Pero cuando pasó el ex alcalde mayor don Pedro de Estopiñán, rodeado también de guardias, hubo gran rechifla y voces de: «¡Abajo Pedro Vacas! ¡A galeras el alcalde!», prueba de que en todos los climas la plebe solo teme a la gente de justicia y policía cuando la ve vara en mano.

Pero Hernández había estado, por esta vez, en lo cierto, y con Alvar Núñez se embarcaron precisamente los que él dijo en una de las últimas reuniones. La carabela levó el ancla, soltó las amarras y sus velas no tardaron en impulsarla lentamente aguas abajo, seguida con los ojos, desde la playa y las barrancas que la estrechan, por toda la población curiosa y conmovida.

Por la noche, cuando todos se habían recogido y hartos de comentarios parecían entregados al reposo, grupos aislados de gente armada comenzaron a afluir sigilosamente hacia la casa de Salazar de Espinosa. Eran los conjurados y su gente, que acudían a la cita para poner en ejecución el plan del capitán Abrego. Llegaban los grupos, hablaba en voz baja el que hacía de jefe con otros hombres que aguardaban en la sombra, a la parte trasera de la casa, en el portillo del huerto, y en seguida,

mientras el jefe pasaba al interior, los demás iban a ocultarse entre los árboles y a lo largo de las tapias.

La casa de Salazar, próxima al Fuerte, era la más antigua de la Asunción, si puede llamarse antigua una gran choza que apenas cuenta seis o siete años. Un simple paredón de adobe, sin adornos ni molduras, coronado por el techo de paja, de dos aguas, era la fachada, y su portal, así como dos ventanas, daban a la plaza pública. Corría luego hasta la esquina y se prolongaba en ángulo recto una tapia baja, con bardas, cercando el huerto. La casa, muy pequeña en un principio, había ido agrandándose poco a poco, a medida de las necesidades, con nuevas habitaciones y dependencias, cuartos de adobe para los criados de Salazar, ranchos de palma para sus indios, trojes y graneros rudimentarios generalmente poco provistos.

Cuando salió la luna hubiera podido verse que en el huerto había unos cincuenta españoles armados, y otros tantos indios con picas y macanas. En el interior, casi a oscuras y hablando en voz baja, estaban Salazar de Espinosa, Diego de Abreu, Francisco Ortiz de Vergara, Ruy Díaz Melgarejo, Alonso Riquelme de Guzmán y don Diego Barúa. Ruiz Galán no había acudido a la cita; el capellán González, por respeto a sus sagradas órdenes, tenía que abstenerse de toda violencia y Pero Hernández debía de estar ocupado en cosas de mayor entidad...

— ¡Cuántos somos? — preguntó Espinosa.

— Cincuenta hombres decididos y a toda prue-

ba, sin contar los indios, que apenas nos servirán para hacer bulto, — contestó Abrego.

— Pienso que debemos dejarlos de lado — dijo don Diego Barúa. — Es harto peligroso permitir que tomen partido en nuestras disensiones y se acostumbren a pelear contra el español.

— Creo lo mismo, — apoyó Ortiz de Vergara.

— ¡Pero somos tan pocos! — suspiró Riquelme.

— ¡Bastantes para lo que hay que hacer, si no flaquea el ánimo! — exclamó el belicoso Abreu.

— De un salto salvaremos las cien varas que nos separan del fuerte, entraremos como una tromba, acuchillando la guardia, y una vez dueños de los cañones, el triunfo es nuestro!

— Chitón! — dijo a este punto Riquelme. — Paréceme que oigo ruido en la plaza.

Salazar de Espinosa fué a atisbar con cautela por una de las ventanas, y volvió diciendo:

— No veo nada. Debe de ser el viento en la techumbre.

— ¡Partimos, pues? — preguntó Salazar. — Ya no ha de llegarnos más refuerzo; es tarde.

— ¡Está echado el puente sobre el foso? — preguntó Ortiz de Vergara. — Si no lo está...

— Llevaremos a prevención unos troncos que tengo preparados en el huerto, — replicó Salazar. — Para eso nos servirán los indios.

— ¡Silencio! — volvió a murmurar Riquelme despavorido. — Esta vez no me equivoco. Esta vez...

Oyóse, en efecto, un sordo rumor, como de pesadas ruedas sobre la arena de la plaza, y al pro-

pio tiempo resonaron fuertes golpes en la puerta de calle, y un vozarrón gritó:

— ¡Abrid en nombre del rey!

— ¡Nos han vendido! — gritó Ruy Díaz Melgarejo desenvainando la espada.

Los demás le imitaron, resueltos a vender caras sus vidas.

— Los traidores traen artillería, — dijo Riquelme angustiado.

Los hidalgos, agolpándose a las ventanas y mirando por las rendijas, vieron que, en efecto, un grupo de soldados a las órdenes de un maestro bombardero, emplazaba frente a la casa dos cañones de hierro colado que disparan pelotas de piedra, de los que llaman berracos, sin duda a causa de sus roncós gruñidos, y cuatro versos con sus correspondientes balas de metal.

— ¿Quién es el felón que nos ha vendido? — seguía diciendo Ruy Díaz. — ¡No me hartaré de su sangre!...

— Señor don Juan, — gritó el mismo áspero vozarrón, que debía de ser el del capitán Vergara. — ¡Os requiero que no turbéis la paz de la república! Recordad el juramento que hicísteis en mi elección, de obedecerme en nombre de S. M.! ¡Renunciad a vuestros locos planes y abrid en nombre del rey!

Salazar de Espinosa abrió, pero no la puerta sino la ventana, para contestar al gobernador, pues en efecto era él, acompañado de gran número de hidalgos y capitanes, y sostenido por copia de arcabuceros, ballesteros y artilleros:

— Mi única respuesta posible, señor capitán Ver-

gara, es que ni debo ni puedo hacer otra cosa que usar del poder que del Adelantado tengo.

— En tal caso, caiga sobre vuestra cabeza la sangre que va a correr!

Parecía el capitán Vergara dispuesto a acabar de una vez, derribando a cañonazos la casa, pues se volvió al maestro bombardero, como para darle una orden... Cambió de parecer, o no era ésa su intención, pues dirigiéndose de nuevo a Salazar exclamó:

— Reflexionadlo, don Juan. Estáis cercados, la mayor parte de vuestra gente ha huído saltando la tapia del huerto, y la he dejado escapar, porque no quiero más tragedia. La resistencia sería insensata. Rendíos, si en algo estimáis vuestra vida y la de los pocos hidalgos que os acompañan. Os doy un cuarto de hora para reflexionar.

Y agregó con voz de trueno:

— Si dentro de un cuarto de hora no os entregáis, vive Dios que arraso la casa con todo cuanto contiene!...

Ruy Díaz Melgarejo, que se había apoderado de un arcabuz, agazapándose tras de Salazar, apuntaba a Irala a la cabeza, e iba a matarlo de un tiro cuando don Juan le vió y apartó el arma con enérgico ademán.

— ¡No hagáis tal, capitán Melgarejo — murmuró. — Ibais a desencadenar la furia del asesinato, la única que falta para acabar de perder a esta desgraciada Provincia!...

En seguida deliberaron, aunque hubiera poco que discutir ni que arbitrar. La casa estaba entera-

mente rodeada y no quedaba escapatoria. La gente del capitán Vergara, ya en el huerto, después de desarmar a los pocos españoles que no huyeron, los tenía en un grupo, bajo segura custodia. Los indios, formando otro grupo, estaban guardados también. La plaza, tras de las líneas de soldados y artilleros, iba llenándose de vecinos curiosos — avisados sin que se supiera cómo — que peroraban, gritaban y rebullían. La luz de la luna dáales un aspecto misterioso y fantástico, por la contraposición violenta de la claridad y de las sombras. Cuando cesaban por un instante los gritos, la mareta de la multitud producía la impresión de hallarse en pleno océano...

— ¡Siembre en tiscortia! — exclamaba Schmidel en el grupo de Martínez, Delgado y Ríos, del que había sido expulsado Jácome Cobo y al que se agregara el alemán Llance, atraído por el bávaro. — ¡Siembre en tiscortia! Yo creía que después de tespachar a Aluiso Capesa de Baja, ífamos a afe-nirnos; pero no! Unos con otros peleamos tía y noche como si el mismo tiaflo estuviera medido entre nosotros!...

— No dijera más Mateo Pico! — replicó Delgado. — Sí, alemanés, estamos destinados a vivir degollándonos mutuamente, sin hacer cosa de provecho. No importa; yo digo ¡viva el capitán Vergara! porque es el único que nos ha de llevar a la tierra de los metales.

— ¡Bara eso hafemos fenido! — gritó Llance.

— ¡Viva el capitán Vergara! — gritó Delgado.

— ¡Viva el capitán Vergara! ¡Viva el goberna-

dor Irala! — contestó la multitud a una voz, despertando a los pocos vecinos que aun dormían.

— Muera el traidor Irala, muera el usurpador! — gritó en respuesta Ruy Díaz Melgarejo desde la sala de Espinosa, donde formaba piña con el capitán Abreu y Francisco Ortiz de Vergara. — ¡Amigos, juremos no descansar hasta haber dado en tierra con nuestro tirano enemigo! Hoy es el más fuerte, se acaba de decidir que nos entreguemos y a esto no puedo oponerme yo solo. Pero, os pregunto: ¿Odiáis a Irala? ¿Estáis dispuestos a hacerle la guerra por todos los medios, u os inclináis humildes ante su soberbia?

— ¡No en mis días! — contestó arrebatadamente Diego de Abreu. — Iba a proponeros que le declaráramos guerra sin cuartel para cuando llegue nuestra hora.

— ¡Podéis contar conmigo! — dijo Ortiz de Vergara.

Los tres se dieron la diestra, a modo de juramento, y apenas sellado el pacto, oyeron la voz de Irala que gritaba:

— El plazo ha expirado. ¿Qué decidís, don Juan? Las piezas están cargadas y las mechas encendidas.

— ¿Qué nos ofrecéis si nos entregamos? — preguntó Salazar de Espinosa con sereno acento.

— La vida salva.

— ¿Y la libertad?

— La libertad... más tarde.

— ¿Por qué no ahora?

— Es preciso pacificar la tierra... Abrid, o mando hacer fuego.

— Los cerrojos están descorridos. Podréis entrar. Nos entregamos.

El capitán Vergara entró primero, seguido a pocos pasos por sus capitanes y algunos soldados.

— Ya veis que fío en vuestra lealtad de caballero y que no temo una emboscada — dijo Irala a don Juan. — Conservad vuestra espada. No tardaréis en empuñarla a mi lado como en tiempos mejores.

Todos los prisioneros quedaron sin tardanza encerrados en la Casa Fuerte, los soldados y los cañones volvieron a acuartelarse y la muchedumbre evacuó lentamente la plaza.

Pocos días después, un bergantín de remos, bajo el mando del joven capitán Ñuflo de Chaves, recibía a su bordo, por orden del capitán Vergara y los oficiales reales, a don Juan Salazar de Espinosa y el sumario que se le había instruído a toda prisa, con el fin de que el preso y los documentos pudieran ser enviados a España en la carabela que conducía a Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

El bergantín alcanzó a poco a la nao, que navegaba lentamente por falta de viento.

— Señor Garcé Venegas! — gritó Salazar al abordarla. — ¿Habrà lugar para un preso?

Venegas, que observaba el bergantín desde el puente, contestó:

— ¡Sí, voto a Dios! ¡Y ánimo para llevarle a él y a otros veinte!

La navegación río abajo fué muy larga y los



oficiales reales, Cabrera y Garcé Venegas, pasado el ardor de la lucha, comenzaron a ver el grave peligro en que iban a ponerse en España, y temerosos, si no arrepentidos, trataron de reconciliarse con Alvar Núñez, ofreciéndole volver a la Asunción y reponerle en el mando. El Adelantado rechazó sus proposiciones, con tanta mayor razón cuanto que ya no eran ellos los únicos que decidían. Más confianza le inspiraba el Consejo de Indias que, si quería hacerle justicia, contaba con fuerzas suficientes para imponerlo de nuevo a despecho de todo.

Aprovechando la flaqueza de ánimo de sus acusadores y carceleros, Alvar Núñez desembarcó en las islas Terceras con Salazar de Espinosa, y negándose a continuar en la carabela, siguió viaje con su fracasado poderhabiente y sucesor a bordo de una nave portuguesa. Aunque esto sea « otra historia », sépase que llegaron a España en el mes de agosto de 1545, y el primer cuidado de Alvar Núñez fué acusar ante el Consejo de Indias a los oficiales reales y hacer que los procesara, de modo que el Consejo se encontró con dos querellas que se oponían y enredaban en obscura maraña, y que el fiscal Villalobos y el licenciado Rabanal complicaron y enzarzaron como gatos con ovillo, metiendo en la cárcel ora a Alvar Núñez, ora a los oficiales, para recomenzar en seguida la contradanza durante seis largos años. Tiempo sobrado tuvieron, pues, Garcé Venegas de morir y Alonso Cabrera de trastornarse del todo y ser internado en una casa de orates. Y — adelantando aún más los sucesos —, fallóse, por fin, la causa en Valladolid

el 20 de marzo de 1551, y la sentencia condenaba a Alvar Núñez a privación de oficio y le desterraba a Orán, con la obligación de sostener seis lanzas para combatir a los moros. Apelada, o suplicada, como entonces se decía, la sentencia en revista, dictada el 23 de agosto del año siguiente en Madrid, reformó la anterior en cuanto al destierro, pero la confirmó en lo demás.

...Y así concluyeron, en el Río de la Plata, a semejanza de las del gran almirante don Cristóbal Colón, las aventuras y el Adelantazgo de don Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Y el triunfo del capitán Vergara pudo parecer completo y definitivo...

LIBRO SEPTIMO



PORFIA MATA VENADO

**LA SUBLEVACION**

Largo tiempo pasó y muchos sucesos acontecieron antes de que volviese a reinar la tranquilidad en las Provincias del Río de la Plata.

Los oficiales reales aunque les faltara el concurso de Garcé Venegas y sobre todo el de Alonso de Cabrera, notabilísimo para tales empeños, pasada la luna de miel quisieron tratar al capitán Vergara como habían tratado a Alvar Núñez y convertirle en instrumento, ya que les debía su elevación. Pero el capitán no era hombre de dejarse llevar por el cabestro, ni mezclaba, como el otro, la debilidad con la violencia.

Conmovidó ya tan profundamente el orden por la pasada lucha, poco se necesitaba para mantener la anarquía, y el pueblo se dividió en tres bandos: el de Irala, que era a todas luces, el más poderoso, el de los oficiales, reclutado entre los descontentos, y el de los leales, partidarios de Alvar Núñez, enemigo natural de los otros dos, pero que los secundaba alternativamente, según el juego de sus intereses. El capitán Abrego encabezaba este último y

el factor Pedro Dorantes el de los oficiales de S. M., pues ni Felipe de Cáceres ni el díscolo Andrés Fernández el Romo tenían enjundias para tanto.

En tales condiciones la Asunción semejaba un refidero de gallos, y no había día sin su correspondiente disputa, pugilato, reencuentro y aun combate en que se mezclaban numerosos vecinos. La licencia llegaba al extremo. Para tener contentos a sus parciales y engrosar sus filas si era posible, tanto el gobernador como los oficiales dejaban que cada cual hiciese lo que quisiera, y naturalmente los infelices indios fueron la víctima propiciatoria de este desbarajuste.

El capellán Martín González y el escribano Pero Hernández hablaban en sus cartas de la situación de los naturales, pintándola, sobre todo, el primero, con los más negros colores. El capellán culpaba exclusivamente al capitán Vergara — sin señalar a los oficiales — acusándolo de que permitiera merodear por todas partes y esquilmar y degollar a mansalva a los indios.

— Certifico — decía — que los merodeadores, amparados de esta licencia, como fuego quemaban y abrasaban por doquiera que fuesen; arrebataban a los indios sus mujeres, sus hijas, sus hermanas y parientes, sin reparar en protestas, súplicas ni llantos. A las madres les arrancaban los hijitos del pecho y los estrellaban contra el suelo para llevárselas, y cuando alguna se resistía, amenazábanla de muerte y la maltrataban hasta quitarle el niño. Muchas, sabedoras de la suerte que les aguardaba,

huían a los bosques y vivían ocultas en ellos, sufriendo tales privaciones que no pocas perecían de hambre y de frío. Los cristianos continuaban, entonces, el saqueo de las casas abandonadas por las mujeres, y el indio que se mostrara remiso en cumplir sus órdenes era apaleado y acuchillado y su choza arrasada por el fuego.

El escribano, por su parte, afirmaba que Irala, los oficiales y todos los comuneros sin excepción, fueron en persona o enviaron gente segura a recorrer las aldeas de los indios y registrar sus casas, tomándoles las haciendas, quitándoles las mujeres e hijos para herrarlos (marcarlos a fuego) y venderlos como esclavos, trocándolos por armas o ropas, y obligándolos a palos a trabajar en su provecho. Añadía que los indios estuvieron a punto de sublevarse, pero que el capitán Vergara los aplacó permitiéndoles, aunque fueran cristianos — según lo había ya dicho a Alvar Núñez — satisfacer su abominable afición a comer carne humana, y matar en sus casas, para devorarlos, a los indios enemigos. Y como prueba de veracidad citaba el caso del capitán Gonzalo de Mendoza que pidió y obtuvo esa licencia para su « suegro » Timbuay, quien mató a uno de los agaces e invitó al banquete a más de dos mil caríos... El capellán González no hablaba de este festín de caníbales, sino como extraordinario por la muchedumbre de los convidados y la parvedad del plato único...

Pero el alzamiento de los naturales no fué, ni con mucho, tan fácilmente sofocado como el escribano cuenta, y el mismo Irala dice que la rebelión

le obligó a aplazar su entrada preparada para junio de 1545.

Hartos de padecer, y viendo a sus crueles amos en perpetua discordia, los caríos se unieron a los agaces, resueltos a acabar con aquéllos o arrojarlos por lo menos de sus tierras. La sublevación fué general en más de treinta leguas a la redonda de la Asunción, y los agaces, grandes guerreros por agua, no eran despreciables enemigos. Ayudados por los caríos, más débiles y mansos pero muy numerosos, bien podían dar al traste con la conquista; y los españoles, atemorizados por el peligro, se apresuraron a dar tregua a sus querellas y unirse estrechamente para conjurarlo.

No considerándose, con todo, lo bastante fuertes, buscaron y obtuvieron la alianza de los yapirú y los guatatá, tribus bárbaras de cazadores y pescadores, muy belicosas y que contaban cinco mil hombres, de los que enviaron mil en auxilio de los cristianos. Venían armados y con sus pinturas de guerra, esgrimiendo la terrible maza o macana, o blandiendo sus largos dardos de punta de pederrial, labrada como un arpón, y llevando a la cintura el cuchillo de dientes de palometa con que degüellan al vencido adversario.

Cuando llegó este refuerzo, el capitán Vergara estaba ya pronto y sólo se detuvo en la Asunción para tomar las últimas disposiciones en vista del mejor aprovechamiento de la gente, indios y cristianos. A las órdenes de cada uno de los trescientos españoles que llevaba puso tres naturales para suplir la impericia de éstos y aumentar su poder

combativo, y proveyó a los auxiliares de hachas y de paveses de cuero de anta por si el enemigo se atrincheraba, como en efecto sucedió. No tomó consigo su escasa artillería por no desguarnecer la ciudad, que, con poca gente, quedaría casi desamparada, y porque los cañones dificultarían la marcha por bosques y quebradas, que quería rapidísima para desconcertar y derrotar mejor al enemigo. En seguida, a mediados de junio, partió a la cabeza de su pequeño ejército, en el que figuraban los más experimentados capitanes y los mejores soldados con que podía contar.

Entre éstos iban, marchando siempre juntos, Diego Delgado, Antón Martínez y Rodrigo de los Ríos, al lado de Schmidel, Lance y Rolando, los tres alemanes inseparables también. Jácome Cobo rondaba alrededor de su ex amigos cuando las exigencias de la marcha se lo permitían, pero aun no había obtenido gracia después de su malhadada y traidora confesión, y era probable que no la obtuviera nunca.

— ¿Quién manda a los rebeldes? — preguntó Schmidel en su media lengua. — ¿Es Dafaré?

— ¿Tabaré? No; por esta vez se está quietecito, como que la lección pasada fué de las que aprovechan — contestó Delgado. — Según los espías indios, el jefe es un cacique Macará, o cosa así, que parece hombre ducho y bien templado.

— Deben de ser muy numerosos — dijo Lance.

— A juzgar por las noticias, toda la tierra está levantada y los rebeldes son millares; pero nuestro general que sabe de tretas ha de guardarles una de



las mejores. Basta ver las disposiciones que ha tomado, y que son completamente nuevas.

— No tanto nuevas — replicó Schmidel, — porque en la otra guerra de Dafaré ya usó de los pafeses y las hachas y puso a los indios fajo la tirección de los cristianos, igual como ahora.

— Cabadelante podremos considerarnos jefes, pues tenemos a quien mandar — dijo Ríos aludiendo a sus tres indios auxiliares. — No es poca ganga.

El enemigo estaba lejos, y tardaron algunos días en alcanzarle. Por fin le tuvieron a la vista en una vasta extensión que los indios del Oeste llamaban Chaco, y donde aguardaban el ataque unos quince mil de pelea, ocupando buenas posiciones, hecho que atestiguaba la pericia del cacique Macará.

— Uno por cincuenta, si no contamos nuestros indios — observó fanfarronamente Martínez. — La proporción es justa.

— No me parece tal — replicó Lance, que se había puesto pálido. — Tengo para mí que se acerca mi última hora.

— ¡No pienses en eso, camarada! — exclamó Schmidel. — Ya saltrás de ésta como has salido de otras!

— Nunca he tenido tanta aprensión, confesó Lance. — Nunca me han temblado las carnes como ahora, y bien sabe Dios que no es de miedo.

— Será de gusto, entonces, — murmuró con sorna Diego Delgado.

— No buede estar eso — dijo el alemán, que no había comprendido la pulla.

Seguían, entretanto, acercándose al enemigo, pero cuando estaban a media legua, el capitán Vergara les mandó internarse en un bosque tupido que se extendía a la izquierda, y acampar entre los árboles, porque ya se acercaba la noche. Los de Macará habían sentido a los cristianos, pero no se notó en sus filas el menor movimiento, aunque era indudable que habían destacado exploradores en observación del enemigo. Estos espías indios se aproximaban siempre valiéndose de cuanto pudiera hacerlos invisibles: los matorrales, las hierbas, los troncos, hasta las menores depresiones de terreno en que pudieran aplastarse como un reptil. Pero la noche pasó sin alarmas, y al otro día, en cuanto amaneció, el general lanzaba su gente al asalto de las posiciones enemigas, haciéndola salir simultáneamente de varios puntos del bosque. El combate fué encarnizado. Aunque cayeran por docenas bajo el fuego de los arcabuces, los disparos de las ballistas, y los golpes de los dardos y las terribles macanas de guatatás y yapirús, los carios y los agaces continuaron sosteniéndose con la tenacidad de la desesperación. Tres largas horas había durado la sangrienta lucha y el sol, alto ya, iluminaba el campo alfombrado de muertos y heridos, cuando los de Macará comenzaron a perder terreno. Aprovechando esta ventaja, los guatatás y los yapirús, protegidos por el fuego de los españoles, se lanzaron con ímpetu formidable sobre los enemigos que, no pudiendo resistir aquel torrente, se desbandaron emprendiendo la fuga, perseguidos de cerca. Los yapirús, enardecidos, lanzaban sus macanas con

tanta fuerza como destreza a las piernas de los fugitivos que rodaban por el suelo con la tibia rota; sus perseguidores caían sobre ellos y poniéndoles en el pecho la rodilla los degollaban de un solo golpe con el cuchillo de dientes de palometa, y en seguida les desollaban el cráneo, para llevarse, como trofeo, el cuero cabelludo.

— ¿Para qué les afeitan de ese modo la cabeza, Chimidez? — preguntó Delgado que, junto a Schmidel, disparaba su arcabuz, avanzando para precipitar la derrota.

— Según me han dicho, rellenan el pellejo con paja y cuando está seco lo ponen en un poste que clafan en su choza para profar su falor — contestó el bávaro mientras volvía a cargar su arma. — ¡Atelante, atelante!

Los carios huían en desorden, dirigiéndose hacia un pueblo situado a cuatro leguas del campo de batalla, y conocido por el nombre de Frontera, porque está en el límite que separa a los payaguá de los guaycurús brasileños. Dejaban tras ellos cerca de dos mil cadáveres, casi todos degollados y desollados por los yapirús, quienes, junto con los guatátas, habían tenido más de cincuenta muertos y numerosos heridos. Los españoles eran, como siempre, los mejor librados, gracias a la inmensa superioridad de sus armas, pero contaban también algunos muertos y bastantes heridos más o menos graves.

El capitán Vergara mandó que los cristianos muertos fuera enterrados y los heridos mandados a la Asunción con una pequeña escolta encargada de traer refuerzos para compensar las bajas. El,

entretanto, continuaría la persecución con la gente que le quedaba, para impedir que el enemigo se rehiciera.

Martínez se había quedado a retaguardia, a causa de una fuerte contusión en la rodilla, y de pronto oyó una voz que desde un matorral y con marcado acento extranjero le llamaba por su nombre. Era Llance, cuyos presentimientos se realizaban al pie de la letra: un flechazo le había atravesado el pecho y estaba nadando en su propia sangre.

— Llama a Schmidel, — dijo a Martínez con voz desfallecida y suplicante. — Voy a morir y quiero encargarle algo para mi familia, por si un día vuelve a Alemania.

Martínez paseó los ojos por el campo, examinándolo hasta donde alcanzaba la vista, y comprendió que sus camaradas estaban harto lejos para poder cumplir rápidamente la comisión del moribundo.

— Mejor es que te haga recoger para que te lleven a la ciudad, camarada, — le dijo. — Ya te curarás, y no habrá necesidad de testamento.

— Quiero... quiero ver a Schmidel — murmuró el herido con angustia.

Los soldados que hacían de angarilleros bajo la dirección de fray Bernardo de Armenta y otros sacerdotes, acertaron a pasar en ese instante por allí, y Martínez les llamó para que socorrieran al pobre Llance.

— Sprechen sie deutsch, vater? — preguntó éste, al acercarse fray Bernardo.

— No entiendo — contestó el fraile. — ¿Qué deseas, hijo?

— Pregunto si habláis alemán — repitió en mal castellano el herido, cuya voz y cuya vida escapaban a la vez con las últimas gotas de su sangre.

— No lo hablo ni lo entiendo, — dijo el padre Armenta.

— Entonces... llamad a Schmidel... o a Rolando...

— Dime lo que quieres, que yo se lo repetiré sin falta! — exclamó Martínez, viéndole a punto de expirar.

— Quiero... quiero hablar mi lengua por última vez — suspiró Llance, que agregó en seguida: — Teures vaterland, liebes heim, nie werde ich euch wiederschen.

Y con el eco de la última sílaba se apagó también su existencia.

Algo más lejos Martínez tropezó con Jácome Cobo, herido también, yacente junto a un caballo muerto que debió servirle de defensa, a juzgar por las numerosas flechas clavadas en su cuerpo.

— ¡Martínez!... ¡Un padre!... ¡Confesión! — clamó Jácome en cuanto hubo visto a su antiguo compañero.

— Veamos, ¿qué tienes?

— Estoy herido de un flechazo en las... en las posaderas, pero pierdo tanta sangre que me voy a morir... ¡Un padre! ¡Confesión!

— Déjame examinarte la herida... Algo entiendo de esto, y aunque no lo mereces...

Le hizo un somero examen y en seguida, riéndose a carcajadas:

— No es más que un rasguño — dijo. — Parece

mentira que después de haber peleado como debes de haberlo hecho, a juzgar por las señas, te asustes ahora por tan poco.

— ¡De qué señas hablas? — preguntó el otro, suspenso, como si temiera una burla.

— Del caballo, pues.

— ¡Ah! Tropecé en él cuando venía corriendo para... para incorporarme a la vanguardia, y precisamente entonces recibí el flechazo...

— ¡Toma, toma! Ahora veo que corres como el cangrejo, con el rabo hacia adelante... ¡Eres un mandria, Jácome, y lo que tienes, sobre todo es miedo!

— ¡Confesión! ¡Confesión! — volvió a clamar el herido.

— Llamaré a fray Bernardo que anda por ahí, si no prefieres al padre Miranda para contarle lo que hacen los demás, como es tu costumbre, follón!

El padre Armenta que acabó por acercarse y supo de boca de Martínez que la herida no era grave, se negó por el momento a confesar a Jácome.

— Ya lo harás en la Asunción — le dijo. — Otros hay que lo necesitan con más urgencia que tú, fuera de que me será muy difícil perdonarte lo de los Reyes...

— ¡Confesión! ¡Confesión! — suplicó el desgraciado Cobo. — ¡No quiero ir al infierno! ¡No quiero ir al infierno, maldita sea mi suerte! — jurando así de puro terror. — Oigame Vuestra Paternidad! ¡Deme Vuestra Paternidad la absolución! ¡Voto a Dios que no quiero ir al infierno!

Martínez se echó a reír a carcajadas y siguió

renqueando su camino, el fraile se encogió de hombros, y los angarilleros, que habían sobrevenido, obligaron a Cobo a levantarse y viendo que podía andar, aunque difícilmente, le reunieron a otros heridos leves que conducirían a pie hasta la Asunción.

Martínez, que había andado con mucha lentitud a causa de su rodilla, alcanzó a sus compañeros ya casi de noche. El pequeño ejército estaba acampado a la vista del pueblo de Frontera, que los indios habían fortificado admirablemente.

Cuando la obscuridad fué completa, el capitán Vergara en persona fué a reconocer las fortificaciones para determinar la manera de apoderarse del pueblo y para tratar de ver cuánta gente y de qué clase lo defendía. Llevó consigo a Ríos, a Schmidel, muy afectado por la muerte de Llance, que le contara Martínez, y a dos o tres hombres más, e imitando a los indios, se aproximó a la plaza sin ser de nadie advertido, tan hábilmente aprovechaba, para deslizarse, las menores escabrosidades del terreno. El pueblo, materialmente lleno de hombres de pelea y de chusma, estaba defendido por tres altas y fuertes palizadas hechas de troncos tan juntos que formaban una verdadera pared. Estos troncos eran, por lo menos, del grueso de un hombre, estaban clavados muy profundamente en el suelo y medían más de tres varas desde el extremo superior hasta la superficie de la tierra. Para impedir que el enemigo se acercase a este muro, **Macará** había hecho excavar, como obras avanzadas, numerosos hoyos que rodeaban el recinto a bastante

distancia, y clavar en el fondo de cada uno, con la punta hacia arriba, cinco o seis estacas de madera dura, aguzadas como puñales: el que allí cayese no volvería a salir...

Perplejo regresó Irala después de este reconocimiento, pues las fortificaciones le parecían muy difíciles de tomar, y la gente harto poca para tanta empresa. Inclinábase a esperar los refuerzos pedidos a la Asunción, poniendo entretanto estrecho cerco al pueblo para debilitar a sus defensores e impedir que se les incorporaran nuevos auxilios. Pero, al tercer día, pensando que los refuerzos podrían tardar demasiado y lamentando no haber traído cañones, que tan útiles podrían serle para derribar las palizadas, resolvió intentar el asalto de Frontera valiéndose del medio eficazmente usado contra Tabaré.

Doscientos indios armados de hachas, doscientos provistos de paveses de piel de anta, impenetrables a las flechas, y ciento treinta arcabuceros y ballesteros cristianos, cada uno de ellos encargado de proteger a dos indios, se lanzaron contra la palizada por tres puntos diferentes, mientras el resto de los españoles hacía una diversión por otro lado para que los de Macará, atentos al fingido ataque, les permitieran acercarse al muro evitando los mortíferos hoyos. Eran las dos, pero hasta el caer de la tarde no lograron los hacheros indios abrir en la palizada brecha suficiente para dar paso a los sitiadores. Mas cuando, pese a un diluvio de flechas, quedaron practicables algunos boquetes, españoles e indios amigos se precipitaron al interior de la



plaza, y el pueblo fué teatro de la más horrorosa carnicería, pues hombres, mujeres, niños, todo caía entre mares de sangre bajo los golpes de salvajes y cristianos, a la luz de los incendios que abrasaban las fortificaciones y el pueblo entero. Los yapirús hicieron larga cosecha de cueros cabelludos, los españoles no pararon de matar cuanto caía a su alcance, mientras los brazos no les pendían rendidos de fatiga; pero los sitiados eran tantos que muchos pudieron escapar, aprovechando el cansancio de sus encarnizados sacrificadores.

Los bárbaros blancos y cobrizos durmieron aquella noche entre cadáveres y hogueras, y nadie vino a interrumpir su sueño, ninguna pesadilla turbó su reposo.

Al día siguiente mandó el capitán Vergara ponerse de nuevo en camino, en busca de los fugitivos, para acabar con ellos. Pero la jornada había sido tan ruda, sobre todo a causa de la matanza final, y su gente estaba tan fatigada, que la marcha se hizo a pequeñas etapas durante varios días. Por algunos caríos que, heridos o despeados no habían podido seguir a los otros en su precipitada fuga, se supo que los de Macará iban a refugiarse en otro pueblo, llamado Corumbá, y que se hallaba a veinte leguas del destruído Frontera.

Llegados a las inmediaciones vieron que Corumbá situada cerca de un bosque espeso al que se unía por un lado, estaba mejor fortificada que Frontera y que cualquier otro pueblo de los muchos que hasta entonces habían debido atacar. El general mandó a su gente que se emboscara, y aque-

lla noche salió a reconocer el terreno: — para él no había fatiga. La defensa del pueblo era formidable, pues a las palizadas, a los fosos, a los agujeros sembrados de amenazadoras puntas, se agregaban otras máquinas de guerra, no vistas antes, y que consistían en unas a guisa de trampas hechas con inmensos y pesados troncos puestos de manera que con sólo tocarlos caerían sobre los sitiadores aplastando de golpe diez o veinte.

— Queréis tratarnos como ratas, — murmuró el capitán Vergara, — pero vive Dios que yo he de trataros como a herejes, y que estos mismos leños servirán de hoguera!...

Schmidel y Ríos, que le acompañaban, volvieron al real contando lo que habían visto y lo que murmurara el general.

— Las tales máquinas, — dijo Schmidel — son, en efecto ferdaderas trambas de cazar ratones, salfo el tamaño, y tudo mucho que el general pueda cumplir su palabra si no encuentra cómo destruirlas antes de que asaltemos el pueblo. Atemás hay fosos y agujeros con pinchos, capaces de ensartar a un puey.

— Sin contar — añadió Ríos, que se había acercado hasta la palizada para observar el pueblo, — sin contar que tienen millares y millares de hombres de pelea, y ni una mujer ni un niño, lo que prueba que están resueltos a todo y prontos a morir defendiéndose. Nos van a dar que hacer, y muchos de nosotros no entraremos en el pueblo.

— Déjate de agüeros! — exclamó Delgado. —

Basta el ejemplo de Llance que, de puro terco, se salió con la suya!

— Mi pobre camarada no era durco, sino alamán, — replicó Schmidel, algo amostazado.

— No te amosques, Chimidez — exclamó el otro. — Terco he dicho, que no turco, como pareces creer.

Irala puso sitio al pueblo sin decidirse a atacarlo, aunque al segundo día le llegaran los esperados refuerzos que le permitieron formar cuatrocientos cincuenta españoles de a pie y de a caballo, lanceros, arcabuceros y ballesteros, y mil trescientos indios armados de lanzas y macanas. El cerco amenazaba eternizarse cuando cierta noche se presentó en las avanzadas del campamento un indio, al parecer principal, que dijo querer comunicar cosas de la mayor importancia al general en persona.

Recibióle Irala y supo de sus labios que era, en efecto, uno de los caciques principales, que se llamaba Tanicatí, y que deseaba salvar su pueblo de la destrucción.

— Yo sé, cherubichá — dijo el indio en guaraní — que no podrás entrar en el pueblo sino después de haber perdido muchos hombres, pero que por eso mismo sentirás mucha rabia y destruirás nuestras pobres viviendas.

— No tengas la menor duda — se limitó a contestar el capitán Vergara.

— Pensando en eso he venido a proponerte una cosa, y es que si me prometes no incendiar ni destruir el pueblo y dejarnos con vida a mí y a los

de mi tribu, yo te enseñaré cómo has de entrar sin perder un solo hombre.

— ¿Puedes realmente hacerlo?

— Sí, si me juras que no quemarás nuestras casas, ni matarás a mi gente.

Irala reflexionó un momento y al fin dijo:

— Si resulta cierto lo que me ofreces y no se trata de una celada, te juro que no prenderé fuego al pueblo y que se respetará tu vida y la de los tuyos.

— Entonces ven conmigo.

El cacique le condujo por el bosque hasta la misma palizada, abierta en aquel punto.

— No se ha cerrado esta brecha — explicó el indio — porque deben llegar de un momento a otro muchos amigos que vienen a socorrernos. Pero está guardada por tanta gente que esta noche no podrías entrar sin que murieran muchos de tus soldados.

— ¿Qué me propones, pues? — preguntó Irala.

— Mañana por la noche haré con un pretexto que se retire la guardia, y en cuanto la brecha esté libre encenderé un fuego en la colina que ves allá. Entonces te bastará avanzar por entre los árboles con cautela y entrarás libremente en el pueblo. ¡Pero no olvides lo que me has jurado, cherubichá!

— Vete tranquilo, que no lo olvidaré.

Las cosas ocurrieron a la noche siguiente tal como quedó convenido, salvo que los yapirús — sin duda porque ellos nada habían prometido — hicieron en el pueblo una gran matanza, y salvo, también, que algunos españoles siguieron ese ejemplo,

porque tampoco habían jurado.... No cayeron bajo el cuchillo ni mujeres ni criaturas, gracias a que se las había internado, antes de la llegada de los españoles, en un grande y espeso bosque a cuatro leguas de allí. El cacique Tanicatí y su gente escaparon también a la carnicería, y de los demás, los que salvaron con vida huyeron hacia Jeruquiha, a ponerse bajo la protección de Tabaré, destruyendo a su paso los caminos y arrasando los sembrados para que el enemigo no pudiera perseguirles.

El capitán Vergara instaló a sus soldados en el pueblo, donde permanecieron dos semanas descansando sobre sus laureles...

## II

### LA SUERTE DE LOS INDIOS

Una vez que la tropa se hubo repuesto de sus fatigas, el capitán Vergara resolvió regresar a la Asunción. La falta de recursos que se hacía sentir en Corumbá y en muchas leguas a la redonda, pues los indios, en su fuga, lo habían arrasado todo para hacer el vacío tras de ellos y evitar, o dificultar por lo menos, la persecución, le aconsejaba tomar esta medida, fuera de que muchos de sus hombres estaban heridos, enfermos o rendidos de cansancio, y su fuerza quedaba, por consiguiente, harto reducida para continuar las operaciones. La rebelión no estaba sofocada, sin embargo; Tabaré parecía dispuesto a defenderse a todo trance en su Jeruquihaba, adonde habían ido a refugiarse los fugitivos, y muchos pueblos y aldeas aprestábanse a resistir, mientras que innumerables indios alzados infestaban los bosques o vagaban por los campos al acecho de españoles aislados en quienes satisfacer su sed de venganza o de justicia. Seriale, pues, preciso refrescar su ejército, cubrir las bajas de enfermos y heridos, proveerse de víveres y municiones

para una larga campaña, y organizar, en fin, una expedición realmente capaz de reprimir la sublevada Provincia. La matanza y el incendio disimulaban su fracaso...

La ciudad estaba a la sazón tranquila, en cuanto a disensiones internas. La situación era demasiado grave para continuar en las domésticas rencillas. Un puñado de españoles, auxiliado por unos cuantos centenares de bárbaros prontos a todas las veleidades y todas las traiciones, capaces de sublevarse a su vez, no podía resistir a los innumerables enemigos que por todas partes le rodeaban, sino a condición de mantenerse unido como los dedos de una mano, de sembrar entre los indios el terror, de darles golpe tras golpe en los que pueden llamarse órganos vitales del levantamiento, y de reducirlos otra vez a la obediencia por el hierro y por el fuego, sin respetar sexos, edades, ni condiciones. Era la guerra de conquista: los españoles, para apoderarse de la tierra, comenzaban por intimidar a los indios, mostrándoseles como divinidades exterminadoras; en seguida les mantenían sometidos por el miedo, y cuando la opresión intolerable obligaba a sus siervos a levantar cabeza, cuando les llegaba el turno de temer a su vez, exageraban todavía su crueldad, considerándola único medio de salvación. Así el terror era el instrumento de la conquista, del gobierno de la tierra y de la propia conservación en caso de peligro.

La nueva expedición no tardó mucho en quedar organizada gracias a la actividad del jefe, que daba prisa a todos y de todo se ocupaba, consideran-

do que, para obtener una victoria decisiva, debía caer sobre los rebeldes con la rapidez del rayo, para no darles indicios de debilidad e indecisión. Harto les había dejado respirar durante el intervalo desde la toma de Corumbá...

El capitán Vergara salió esta vez por agua, con nueve bergantines de vela y remo y doscientas canoas, tripulados unos y otras por cuatrocientos españoles y mil quinientos yapirús y guatatás. Remontaba el río Paraguay, para desembarcar a la altura de Yeruquihaba, el pueblo de Tabaré, y no estaba ya muy lejos de éste, cuando le alcanzó Tanicatí, el cacique de la traición, que venía por tierra con mil indios auxiliares, a pedido del general: así pasaban los naturales, de enemigos a aliados, y perseguían hoy a sus hermanos de ayer, como si fueran sus más crueles enemigos...

Desembarcó la tropa a cierta distancia de Yeruquihaba, incorporóse a ella la gente de Tanicatí, y marchando por valles y bosques llegó a dos leguas del pueblo. Irala envió desde allí dos mensajeros indios con una embajada para el cacique Tabaré. Deseoso de no perder un hombre, si era posible, trataba de intimidar al enemigo sin derramamiento de sangre y decía amenazadoramente a Tabaré, como quien tiene el indisputable derecho de mandar, que los indios rebeldes, refugiados en su pueblo, debían volverse a sus casas con sus mujeres y sus hijos, y someterse sin tardanza ni condiciones a los cristianos, quienes, de otro modo, los pasarían a cuchillo.

— No queremos obedecer a los cristianos ni te-



ner trato alguno con ellos, — contestó Tabaré a los embajadores. — ¡Harto los hemos sufrido! ¡Ahora, si se atreven a atacarnos, no dejaremos uno solo con vida!

Y para dar mayor fuerza a sus palabras, mandó moler a palos a los mensajeros y les amenazó con la muerte si no se marchaban corriendo a comunicar a su jefe la afrentosa respuesta.

El capitán Vergara escuchó impasible la relación de los parlamentarios; pero allá en sus adentros hervía de cólera. La altivez del cacique demostrábale que, si no sojuzgaba con mano de hierro a los alzados, la dominación española en el Río de la Plata quedaría gravemente comprometida, pues la rebelión tomaría nuevo e irrefrenable incremento.

No dudó, sin embargo, de la victoria, — que la ignorancia de los indios en el arte de la guerra le había proporcionado ya tantas veces, — pero pensó con acierto que, esta vez, no debía provocar en ellos el valor de la desesperación, sino demostrarles, al par de fuerza, un poco de humanidad. Y, poniendo en práctica esta idea, mandó a su gente que, si se tomaba el pueblo, no se matase mujeres ni criaturas, sino que se las hiciese prisioneras.

Marchó en seguida sobre Yeruquihaba, situado en la orilla opuesta del Jejuy, y a una legua de este río. Los de Tabaré ocupaban las alturas inmediatas, dominando el vado que era preciso atravesar con el agua hasta la cintura. El general desplegó sus arcabuceros para que protegieran el paso de la gente matando a los arqueros que trataran de impedirlo, y la difícil operación comenzó bajo

una lluvia de flechas y entre el estrépito de los arcabuces que no marraban tiro. Tras de un grupo de hombres escogidos que vadeó cubierto por los paveses de anta y protegido por las descargas de las armas de fuego, pasó, no sin grandes pérdidas, el grueso de los yapirús, lanzándose al punto a desalojar a los caríos de sus posiciones, y tras ellos la mayoría de los cristianos que, alineados en orden de batalla, comenzaron a avanzar lentamente hacia el pueblo. El resto de la fuerza, con los arcabuceros a retaguardia, pasó a su vez y la persecución comenzó, porque el enemigo se retiraba ya, derrotado, corriendo a refugiarse en el pueblo.

Cuando el ejército de Irala llegó a las puertas de Yeruquihaba, volvieron a repetirse las sólitas operaciones: cerco tan estrecho que nadie podía entrar ni salir, escaramuzas, descargas incesantes hacia el interior del pueblo, nubes de flechas disparadas por sus defensores, tentativas incendiarias, ataque de las fortificaciones con paveses y hachas para abrir brecha en la empalizada, y por último toma del baluarte carío seguida de la ordinaria matanza que, agregada a los despojos del paso del Jejuy y otros encuentros menores, procuró a los yapirús un botín considerable de cueros cabelludos. Pero las mujeres y los niños fueron respetados, y esto contribuyó, como lo pensaba Irala, a sofocar el levantamiento, pues Tabaré y otros jefes, que habían logrado escapar, pidieron que se les devolviesen sus familias, prometiendo otra vez solemnemente deponer las armas y ser siervos sumisos de los españoles.

Esta campaña, que fué una de las más arduas, pero que acabó para siempre con los levantamientos de los caríos, había durado desde junio de 1545 hasta febrero de 1546. Pero ni las cosas volvieron inmediatamente a su quicio, ni la suerte de los indígenas se hizo más llevadera. El capellán Martín González cuenta cómo muchos no quisieron volver a sus casas, sino que siguieron vagando por los bosques y las escabrosas soledades donde se podían creer seguros, pero donde se exponían a morir de hambre y frío, como ocurrió con centenares de ellos, pues carecían de abrigo y vivían a modo de animales silvestres, sin más alimento que hierbas, cardos y raíces y la poca salvagina que podían cobrar. Pero más tarde, al ver que en su ausencia el español talaba sus campos, se apoderaba de sus provisiones y arrasaba sus viviendas, comprendieron que la resistencia pasiva no podía conducirles sino a la miseria y la muerte, y optaron por someterse y sufrir en silencio desmanes y tiranías. Volvieron, pues, con dolorosa resignación, a alzar sus chozas y a labrar la tierra, para ellos y sus señores...

El mismo capellán González pinta con vivos colores cuál fué la existencia de los indígenas después de su definitiva sumisión. Como la tierra estaba en paz — dice, — los españoles volvieron a « andar » por ella, aprovechándose de la impotencia de los aterrados indios, y las persecuciones, las destrucciones, la cacería de mujeres, se repitieron con más crueldad que nunca. Entre los que así recorrían la provincia, devastándola, figuraban algunos lenguas o intérpretes enviados por el mis-

mo capitán Vergara con el encargo de llevar a la Asunción cuantas indias pudieran para él y para sus amigos y valedores. Los demás, que hacían por su propia cuenta el reclutamiento forzoso, debían pagar al capitán un viviente tributo, dándole la mitad de las indias que tomaban; y aquellos que, sin ser sus partidarios, no lo hacían, eran despojados de todas, y no por cierto para devolverlas a sus padres o maridos... Estas cacerías de esclavos, — agravadas por las muchas de los portugueses que venían de la costa del Brasil y se volvían después con rebaños humanos, sembrando el camino de cadáveres, — amenazaban despoblar para siempre la Provincia. El padre González calcula que desde el derrocamiento de Alvar Núñez hasta 1556 — doce años — se habían llevado a la Asunción y alrededores más de cincuenta mil indias, de las que sólo sobrevivían unas quince mil, habiendo muerto las demás, a consecuencia del excesivo trabajo, las privaciones y los malos tratamientos. Inútilmente — añade — se buscarán sus sepulturas en las iglesias o los cementerios: para disimular la mortandad, los amos no las enterran en sagrado, sino en los campos y los bosques, siguiendo la pagana costumbre de los infieles. Respecto de las « razzias » portuguesas, el mismo Irala se queja a los señores del Consejo de Indias, diciendo que el gobernador de San Vicente permite a los foragidos que vendan, contraten y pongan su hierro y señal a los caríos que del Paraguay arrebatan. « Por cartas les he rogado, exhortado, y requerido que no lo hagan — continúa,

— pero no ha habido enmienda y siguen con su costumbre ».

Entretanto, las infelices indias, inicualemente reducidas a esclavitud, eran al propio tiempo las bestias de carga y las mancebas de sus amos. Algunos tienen a su servicio — dice el capellán, — ochenta y aun ciento, muchas de ellas madres, hijas, hermanas y primas entre sí, por cuya causa el incesto es tan frecuente que puede exclamarse: « Beato será quien no tropiece en ello », y este escándalo, hasta por los indígenas condenado, no se puede remediar, porque el ejemplo viene de muy alto...

Por su parte, el escribano Pero Hernández, de lengua más suelta, dice categóricamente de dónde venía el ejemplo: « Domingo de Irala tenía muchas mujeres de la dicha generación (caría), hermanas y primas hermanas y otras parientas, teniendo comercio carnal con ellas y celándolas como si fueran sus mujeres legítimas ». Y más lejos cuenta que, por salvar las apariencias y después de un sermón del clérigo Martínez, Irala « sacó de su casa a todas las indias parientas entre sí que tenía como esclavas y concubinas, y las llevó a una heredad suya distante dos leguas del pueblo, adonde iba a menudo a estar con ellas, especialmente las fiestas, sin exceptuar el mismo día del Corpus... »

Los niños de tierna edad, privados de sus madres, crecían en el más completo abandono, si alguna vieja parienta, inútil ya como esclava, no se hacía cargo de ellos. Muchos perecían de muer-

te violenta, ahogados, despeñados, abrasados en el hogar, o víctimas de la geofagia o de los venenos que ingerían, y los sobrevivientes se criaban encanijados, preparando una generación raquíca y la decadencia de la raza. Los padres, afligidos por tanto infortunio, acudían a suplicar que se les devolvieran sus mujeres; pero tenían que volverse desesperados mientras que ellas, llorando sus hijos día y noche, desmejoraban y morían de consunción cuando no optaban por el suicidio...

Pese a su aflicción y a su odio mismo, tenían que trabajar y que satisfacer la lujuria de sus amos, que las celaban, no las dejaban ver el sol cuando eran algo hermosas y a la menor sospecha las apuñalaban, ahorcaban o quemaban.

Los españoles las obligaban a labrar la tierra y no las perdían un instante de vista para hacerlas sembrar mucho y tener luego buena cosecha que vender; a construir, como albañiles, casas de tapia para su uso o para la venta; a moler caña dulce y fabricar miel de caña y bebidas fermentadas que consumían o trocaban por otras provisiones; y por las noches, — cuando ya estaban rendidas de fatiga, — a hilar y tejer a la luz del candel para vestir a sus amos, que negociaban las telas sobrantes... Muchas de ellas no tenían con esto para comer sino alguna « mala ventura » llevada del campo cultivado durante el día...

Servían, también, de moneda. Con indias, libres o esclavas, comprábanse caballos, cerdos, perros, armas y ropas; con indias se pagaban las deudas y se dotaba a las hijas casaderas; las indias cons-

tituían lo más importante de las herencias, y en los testamentos figuraban mandas de indias a favor de acreedores o criados. También tenían curso en los garitos, y el capellán de S. M. se detiene en ello: «Se ha visto jugar una india (y digo una aunque muchas son), pero ésta, en pena de su maleficio, tuvo el candil y lumbre mientras la jugaban. E después de jugada la desnudaron e sin vestido la enviaron con el que la ganó, porque el perdidoso decía no haber jugado el vestido que llevaba. Esto se hacía algunas veces en presencia del que mandaba, — es decir, del gobernador Irala, — e por él concertar le aconteció a él hacer tal concierto porque no se desconcertasen». Sin estos rebuscados juegos de palabras a la antigua usanza, de que el capellán parece ufano, Pero Hernández las muestra, también, haciendo el papel de moneda durante el primer interinato de Irala: «Este mismo compra a un fraile de la Merced, de los que se dedicaban a redimir esclavos y cautivos, por una capa de grana y una colcha, a una india que deseaba tener, y a Tristán de Ballartas, por otra capa de grana y un sayo de terciopelo, otorgándole carta de venta ante el escribano Valdez de Palenzuela, una india de los caríos, y vende, y permite que sus amigos vendan, muchas, libres y ya cristianas, por ropas y otros artículos necesarios».

Aunque fueran, también, objeto de comercio, mejor suerte cabía a los potros andaluces...

### III

#### ¡AL PAIS DE LAS AMAZONAS!

A través de tantas vicisitudes, guerras, disturbios, intrigas y matanzas, los españoles seguían acariciando sus ensueños de oro, y no vivían sino con la esperanza de poseer un día las tierras del metal, el Dorado, el Paytití, la Ciudad de los Césares, ese prestigioso país de las Amazonas que Hernando de Ribera había tocado, casi, con la mano, y que Schmidel, Diego Delgado y demás compañeros describían con tan tentadora elocuencia. Todo cuanto habían conquistado y adquirido hasta entonces era una miserable piltrafa, comparado con las maravillosas riquezas de que podían apoderarse con sólo quererlo. Vegetaban en la Asunción, pobres, hasta hambrientos a veces, obligados a vigilar continuamente el trabajo de los indios, que apenas les procuraba con qué vivir en la escasez, cuando a corta distancia de allí les aguardaban hermosas ciudades, campos cultivados y ubérrimos, comodidades y delicias sin cuento, y montes de oro en bruto y aun labrado que podrían recoger por fanegas. Y para hacerse dueños de



aquellas tierras encantadas, sólo tendrían que sobrellevar las fatigas de un viaje y vencer a un puñado de mujeres, todo lo valerosas que se quiera, pero mujeres al fin, y cuyas armas primitivas nunca podrían luchar contra sus ballestas y arcabuces...

Acalladas por el momento las disensiones intestinas, unidos todos los cristianos desde la hora del peligro, domados a sangre y fuego y reducidos a más estrecha esclavitud los indígenas, nada distrajo ya a los españoles de su devoradora ambición, de su hasta entonces no satisfecha sed de oro.

— ¡Al Dorado! ¡Al Paytití! ¡A las Amazonas!  
— oíase decir por todas partes.

Domingo Martínez de Irala compartía estos sentimientos, aunque no tan seguro como sus gobernados de la existencia de ciudades portentosas y de montañas de metales preciosos, pese a los decires de los indios, confirmatorios de «la gran noticia». Deseaba, sobre todo, ensanchar la conquista, añadir nuevos florones a la corona de S. M.; ¡tanto mejor si las esperanzas del pueblo llegaban a realizarse y se ponía la mano sobre el país de las maravillas! Dos años hacía ya que, derrocado Alvar Núñez, ocupaba él su puesto, sin más título que la elección, o mejor dicho, la anuencia de los conquistadores; un año había transcurrido desde la partida forzosa del Adelantado, y el rey y el Supremo Consejo de Indias debían de estar ya, desde meses atrás, al corriente de los sucesos... Y en ese largo intervalo él no había podido adquirir nuevos méritos para asegurar su confirma-

ción en el cargo, absorbido por la fatigosa tarea, diariamente renovada, de poner paz entre los españoles, y por la no menos ingrata de sojuzgar a los indios! Sólo una expedición gloriosa, si no una gran conquista, podría afianzarlo en el poder de un modo inconmovible.

Resolvió, pues, intentar una entrada, y así lo hizo saber bajo cuerda, para que el pueblo se man- tuviera en las mismas entusiastas disposiciones.

Pero un hecho inesperado vino, una vez más, a distraer la pública atención y a preocupar seriamente al capitán Vergara y a los oficiales de S. M. Unos indios timbú del paraje en que se desmoronaban las últimas ruínas del fuerte de Caboto, llegaron a la Asunción con la noticia de que por sus tierras andaba un grupo de cristianos armados, venidos, al parecer, de muy lejos. Supuso Vergara que aquellos hombres serían españoles llegados con órdenes e instrucciones respecto del gobierno del Río de la Plata, y su primer impulso fué el de salir al encuentro de los viajeros para saber sin tardanza a qué atenerse.

Llamó sin embargo a los oficiales reales para consultar su opinión, cosa que no hacía desde tiempo atrás porque éstos comenzaban a hacerle sorda oposición, apoyándose en los leales... Podía tratarse, efectivamente, de órdenes de España, y, pese a su mala voluntad y maquinaciones, sería útil obrar de consuno.

El contador Felipe de Cáceres, el factor Pedro Dorantes, el nuevo vecdor Antón de Cabrera el mozo, acabado trasunto de su tío, y el tesorero An-

drés Fernández el Romo, mostraron a Vergara muy poca adhesión si no abierta hostilidad. Puesto que los necesitaba, el momento era oportuno para hacerle sentir su importancia. Por lo pronto se opusieron a que el gobernador saliese de la Asunción.

— Opino — dijo Cáceres, — que no debe vuestra merced abandonar la ciudad, harto agitada y bulliciosa todavía. Nadie nos dice que se trate de una expedición venida de España, aunque bien puede ser el socorro tantas veces pedido. Es posible, también, que sean mensajeros portadores de instrucciones, pero no es tampoco inverosímil que sea gente del otro lado que, extraviada, haya llegado hasta aquí, y que se volverá en cuanto conozca su error.

— Pueden, también, ser merodeadores de la costa del Brasil, que vienen a llevar esclavos — observó Dorantes. — En tal caso deberíamos lograr que se retiren, evitando un choque preñado de graves consecuencias... Y eso es precisamente lo que no haríais, don Domingo, dado vuestro carácter belicoso.

— Mi carácter, que sé amoldar a las circunstancias, no hace al caso — replicó el capitán Vergara, disimulando su disgusto, pues deseaba no provocar una ruptura. — Lo que hace al caso es saber, supuesto que yo me quede, como aconsejáis, qué es, a vuestro parecer, lo que conviene en esta ocasión.

— ¡Nada más sencillo! — exclamó Cabrera. —

Basta enviar alguna gente a cerciorarse de quiénes son esos hombres.

Irala sonrió con ironía.

— Si no debo ir yo por las consecuencias que ello podría acarrear, no veo en la Provincia gente que me inspire la necesaria confianza, a no ser vosotros mismos. ¡Id vosotros, pues!

Los oficiales trataron de excusarse y discutieron largamente el punto, mientras Irala les dejaba hablar, como ajeno a la cuestión.

— No hay que disputar — dijo por último. — Si no váis vosotros iré yo; si no voy yo tenéis que ir vosotros. Esta es la alternativa.

Dorantes hizo señas a los demás para que se conformaran: había pensado que, si eran instrucciones y órdenes de España, les convendría mucho conocerlas antes que su enérgico antagonista.

Partieron, pues, al siguiente día con una escolta ni tan pequeña que los dejara indefensos, ni tan grande que revelara temor o disposiciones agresivas. Para satisfacer su malevolencia y porque no confiaban en los iralistas, la escolta en cuestión fué elegida entre los leales, con grande escándalo de los comuneros.

Llegados a la tierra de los timbú no encontraron ya el anunciado grupo de gente armada, ni pudieron saber si eran españoles o portugueses, pues los indios no distinguían bien entre unos y otros, a causa del parecido físico y la semejanza de lenguas. Y se hubieran vuelto sin noticias, a no decirseles que no lejos de allí había quedado en un toldo uno de aquellos hombres, tan enfermo

y débil que no pudo seguir a sus compañeros. Era un español, Santiago Fuentes, a quien no le restaba mucho tiempo de vida. Hablando trabajosamente les hizo saber cómo él y una reducida tropa había salido del Perú, a las órdenes de Heredia y de un Francisco de Mendoza — que nada tenía que ver con el de la Asunción, — en busca de descubrimientos y conquistas. Después de cruzar la provincia del Tucumán, siguiendo desde la tierra de los chicoanas hasta la de los comechingones el curso de un río que llamaron Dulce, Heredia y Mendoza, desavenidos y cuya rivalidad se convertía en odio mortal, resolvieron separarse. Heredia se quedó con parte de la gente a orillas de una laguna, y Fuentes siguió a Mendoza que, con el resto, marchó hacia el naciente dando con el río Carcarañá, por cuyas riberas avanzó hasta el Paraná. Informado por los indios de que más hacia al norte había numerosos cristianos, Mendoza resolvió remontar el río, halló los últimos vestigios del fuerte de Caboto y siguió algo más arriba; pero como no viese otros rastros de españoles, creyendo que los indígenas le habían engañado, resolvió volver a reunirse con Heredia para regresar al Perú. Los conquistadores del Pacífico y los del Atlántico habían estado a punto de encontrarse de nuevo, después de atravesar inmensos territorios desconocidos y hostiles...

Pocas horas después de haber hecho su trabajoso relato, Santiago Fuentes dejaba de existir. Los oficiales, viendo que nada podían hacer, se volvieron al punto a la Asunción.

El capitán Vergara, tranquilo por el momento, se apresuró a preparar la tan deseada expedición. Pero los oficiales reales no querían dejarle en paz mientras no dividiese el poder con ellos, y adviniendo los proyectos que aun no había dado a conocer, resolvieron oponerse a su realización.

— Su popularidad no hará sino crecer con esa entrada y es preciso impedirla — decía Dorantes.

— Tenéis razón — apoyaba Cáceres. — Una vez en campaña, a la que tendremos que seguirle, su autoridad de general pesará de tal modo que ya no podremos ni chistar.

— Pero ¿de qué medios nos valdremos? — preguntó Cabrera el mozo. — No será fácil reducirle.

— Dejádme hacer a mí — replicó Dorantes. — Los motivos no faltan para conseguir que desista por ahora... Y después, Dios dirá... Mañana podemos ir a buscarle y yo me encargaré de hablar.

Al día siguiente, los oficiales con el factor a la cabeza, se presentaron en casa del capitán Vergara.

— Se nos alcanza — dijo Dorantes — que vuestra merced piensa hacer entrada.

— Ese proyecto tengo — contestó el gobernador. — No os he consultado aún porque no estoy enteramente decidido.

— Nosotros, sin embargo, hemos examinado la cuestión; como era de nuestro deber...

— ¿Y bien?

— Y hemos convenido en que por el momento debe abandonarse esa idea.

— ¿Por qué?

— Vuestra merced sabe, mejor que nadie, que somos muy pocos, y que si mueren todavía algunos hombres de los que nos restan, la Provincia quedará en grave peligro de perdición. A este obstáculo, de por sí poderosísimo, viene a agregarse otro, más serio aun, si cabe: los enfermos abundan y la gente está débil y flaca. Llevarla a nuevos trabajos es exponerla a la muerte.

El capitán Vergara se encogió ligeramente de hombros, sospechando a qué oculto propósito obedecía el celo del factor por la conservación de la gente.

— No hay cuidado — dijo por fin. — Las molestias de que hoy padecen nuestros hombres son las de todos los años. Siempre, por los meses de marzo y abril, reinan las calenturas y las enfermedades de los ojos, que luego desaparecen, dejándonos a todos mejor que nunca... En mayo o junio no habrá inconveniente que se oponga a la entrada.

— Permitid — replicó Dorantes. — Nuestro número no habrá aumentado para entonces, y vuestra merced convendrá en que mi objeción principal queda en pie: somos harto pocos para exponernos a perder un solo soldado.

Vergara recapacitó. Aquellos hombres eran, en suma, muy poderosos. Tras de ellos estaba el rey, el Consejo de Indias, España toda, que querían, no sólo influir, sino imperar en la « tierra nueva de los conquistadores ». ¿Cómo romper con ellos, cómo sacudir el dominio de la península, cuando

aun no se había tomado arraigo ni bebido los jugos del fecundo suelo para retoñar y crecer y hacerse inconvencibles? Era preciso callar y contemporizar. Nadie, y mucho menos los oficiales reales, debía descubrir, ni aun sospechar, sus recónditos anhelos, sus sueños tan lejanos cuanto grandiosos. Y calló. Calló esa vez, y calló siempre, hasta su última hora...

— ¿Os oponéis, entonces, a la entrada? — preguntó.

— Os aconsejamos que no la intentéis por el momento — corrigió Dorantes. — No sería oportuna.

— ¿Quiere decir que no me aprobaréis si resuelvo emprenderla?

— Probablemente lo consideraremos como de nuestro deber.

Había cierta vacilación en la respuesta: los oficiales no estaban muy seguros de sí mismos, Vergara hubiera podido imponerse.

— Está bien, lo pensaré — se limitó a decir. — Puede que vuestras mercedes tengan razón.

Sin perder un momento, pulsó la opinión de los capitanes e hidalgos que, todos, excepto los parciales de Alvar Núñez, acaudillados por el capitán Abrego, se declararon partidarios de la entrada, pues ya les escocía su inacción, habiendo tanto que conquistar. Del parecer del pueblo no cabía duda: harto claramente manifestaba su imperioso deseo de ir al país de las Amazonas. Así, seguro de que toda oposición por parte de los oficiales resulta-



ría inconducente, les convocó para darles a conocer su resolución.

— Señores — les dijo. — Al contradecirme la entrada vuestras mercedes lo hacen, en verdad, sin razón legítima. No es posible que continuemos con los brazos cruzados y casi en la miseria, cuando tantas ocasiones se nos brindan de realizar grandes cosas en bien de S. M. y de nosotros mismos. Así os invito a que cejéis en vuestra pertinacia y en el mal orden que tenéis para impedir la expedición. Aun más: decidido como estoy a realizar mi proyecto, os exhorto y requiero en nombre de S. M. el rey y de su Consejo de Indias para que me prestéis vuestros servicios en esa entrada, y protestó de los daños que con vuestra oposición causaríais a los intereses de la Corona y a los de los mismos paisanos.

Dórantes se inmutó, pero pudo, sin embargo, replicar con altivez:

— No tenemos sino una palabra: no contéis con nuestra aprobación.

— Y mucho menos con nuestra ayuda — agregó Felipe de Cáceres.

— No estamos al servicio de vuestros caprichos, — exclamó Cabrera el mozo.

— Lo tenía en la punta de la lengua — dijo el Romo.

— ¡Punto final, entonces! — exclamó el capitán Vergara. — Yo haré lo que mi conciencia me dicte, con vuestra aprobación o sin ella. Pero pensadlo bien, pues seréis responsables de vuestra ac-

titud ante S. M. y sus altezas los señores del Consejo... No os detengo más, señores.

En estas agitadas controversias había llegado el mes de octubre, y Vergara, desentendiéndose de los oficiales para no entrar en abierta lucha con ellos y provocar nuevos disturbios, mandó al capitán Ñuflo de Chaves, con la misión de entrar por el puerto de San Fernando en la tierra de los mba-yá y reconocer el camino que conducía al país de las Amazonas. Chaves partió río arriba con cincuenta españoles y trescientos indios amigos.

Su partida llenó de júbilo a la población entera — salvo a los de Alvar Núñez, ahora del capitán Abrego, o sea Diego de Abreu, — como el principio de la realización de sus sueños dorados. Y tan abiertamente se manifestó la satisfacción general, tanta premura pusieron los mismos capitanes e hijosdalgo en aprestarse a la jornada, que los oficiales reales no tardaron en arrepentirse de su actitud y en echar pies atrás.

— Ese bárbaro de hombre — díjoles Dorantes, aludiendo a Vergara — es muy capaz de acabar con la poca autoridad que nos resta. Toda la gente es suya, salvo sus enemigos jurados, que también lo son nuestros. Creo, pues, que lo más prudente será cogernos de un cabello, hacer paces con él y conformarnos con su voluntad... hasta mejor ocasión.

— Tanto más — agregó Cáceres, — cuanto que no sé qué demontre nos quedaríamos haciendo en la Asunción, sin gente, pues a la cuenta todos quieren seguirle, engolosinados con los tesoros de las

Amazonas. Más importancia tendremos a su lado que aquí, amén de que algo y aun algunos se nos alcanzará de cuanto se cobre y rescate...

Cayeron de acuerdo en que debían presentarse al gobernador.

— Hemos conferenciado — dijo Cáceres — en vista de las nuevas circunstancias que se presentan, y venimos a comunicar nuestra resolución a vuestra merced.

— Ya os escucho — contestó Vergara. — Tened la bondad de explicaros.

— Habiendo desaparecido — continuó el contador, — muchas de las causas más poderosas que nos obligaban a oponernos a la entrada...

— ¿Cuáles son esas causas poderosas? — preguntó irónicamente don Domingo. — Nunca las he conocido.

— No habéis querido reconocerlas... La gente estaba flaca, enferma, incapaz de sobrellevar trabajos, fatigas y privaciones...

— Pero su número no ha crecido — insistió Ira-la para hacerles sentir mejor la derrota.

— Es como si hubiese aumentado, — replicó el contador sin desconcertarse. — Tan sana y robusta está y ha cobrado tales bríos que cada hombre vale por dos...

Festejó él mismo su ocurrencia, sonrieron los demás, restregóse Vergara las manazas entre burlón y satisfecho, y Cáceres continuó:

— Sea como sea, nuestra opinión es hoy muy distinta que hace seis meses, y consideramos la en-

trada tan oportuna que os la pediríamos si no la tuviéseis resuelta.

— ¿Vendréis con nosotros?

— Iremos.

— Gracias, señores — dijo Vergara estrechándoles las manos con una cordialidad que pareció sincera. — Me habéis quitado un gran peso de encima, pues mi mayor conato ha sido siempre y es ahora más que nunca, el de marchar de acuerdo con vosotros...

No había holgazaneado Ñuflo de Chaves en su expedición y estuvo de vuelta en el mes de diciembre, sin haber perdido más que unos cuantos indios. Los belicosos mbayá, que vivían a setenta leguas de San Fernando, le recibieron con desconfianza aunque no como enemigos declarados, y dieron muy a regañadientes y con muchas reticencias los informes que buscaba, a pesar de lo cual pudo saber que en la tierra situada entre sus pueblos y el país de las Amazonas, había abundancia de víveres, punto capital de sus averiguaciones.

Sólo faltaba, pues, tomar algunas medidas de orden interno y ponerse en campaña. Pero, la política casera no presentaba, precisamente, buen cariz, y era preciso obrar con mucha prudencia respecto de los partidarios de Alvar Núñez que se quedaban en la Asunción, sin duda con aviesas intenciones... El capitán Vergara encontró un medio que le pareció eficaz para tenerles algo tranquilos, si no para dominarles del todo. Mandó llamar a don Francisco de Mendoza, que se preparaba para salir con él, y le dijo:

— Mi estimado señor de Mendoza, sé cuánto deseo tenéis de hacer la entrada, y me sería muy grato teneros junto a mí para afrontar las dificultades que nos aguardan... Pero debo pedir os que sacrificéis vuestras aficiones en pro del bien general y que os quedéis en la Asunción, donde vuestra presencia es necesaria.

— ¡Qué me decís! — exclamó don Francisco. — ¿Qué puedo quedarme haciendo aquí, cuando todos mis compañeros y amigos salen a campaña?...

Irala le explicó, entonces, su pensamiento: Los de Alvar Núñez, con el capitán Abrego a la cabeza, podían intentar algún golpe de mano durante su ausencia, y aunque no lograran sino ventajas pasajeras, cualquier trastorno provocaría fatalmente una nueva calamidad para la Provincia. Sólo un hombre de mérito y de energía, considerado y respetado por todos y que a todos tratase con equidad y sin violencia, conseguiría evitar un conflicto. Y a juicio de Irala el único que llenaba tales condiciones era don Francisco de Mendoza.

— El Adelantado Alvar Núñez os demostró siempre la más alta consideración, a nadie sino a vos quiso entregar la espada, y sus amigos, que no lo olvidan, os distinguen entre todos, y os respetan y quieren más que al mismo Salazar de Espinosa, aunque éste se pasara a su campo... Quedaos, pues, en la Asunción, como mi lugarteniente, que con ello prestaréis a S. M. y al pueblo, el más señalado servicio.

Aunque experimentara una inesperada y profun-

da satisfacción de amor propio, don Francisco vaciló.

— Muchos inconvenientes se oponen a lo que dice vuestra señoría, — objetó. — En primer lugar, todo lo tengo preparado para una campaña en que cifraba las mayores esperanzas...

— Que eso no os detenga — se apresuró a decir el capitán Vergara, — pues ya tenía resuelto reservar de todo el botín parte más considerable de la que, a estar presente, os tocaría.

— Se equivoca vuestra señoría, pues no es ésa mi ambición — replicó Mendoza con cierto altivo desdén. — Mi deseo era, simplemente, salir de una ociosidad que me herrumbra como a una vieja armadura, arrinconada. Voy entrando en años, pero mi espíritu se mantiene mozo y en él ha vuelto a despertar la ambición de las aventuras... En segundo, pero principalísimo lugar, no me considero con las luces necesarias...

— ¡Ta, ta, ta! — interrumpió Irala. — ¿Qué más aventura quiere vuestra merced que las que van a ofrecerle sus gobernados, cada día? ¡En cuanto a lo demás, es excesiva modestia! ¡En fin! de vuestra amistad y de vuestra lealtad al rey nuestro señor, exijo — hasta donde esto puede exigirse — que aceptéis el cargo de capitán y justicia mayor, en mi lugar y mientras dure mi ausencia.

Mendoza pidió de plazo hasta el día siguiente para decidirse, consultó a doña María de Angulo, y aceptó. Doña María se alegraba de verle ocupar, por fin, el primer puesto, aunque fuera temporal-

mente, y de no tener que separarse de él quizá por años enteros.

Don Francisco de Mendoza fué, pues, nombrado capitán general y justicia mayor de la Provincia, como lugarteniente de Domingo Martínez de Irala.

Los leales, entretanto, no dormían, observaban el desarrollo de los acontecimientos con vivísimo interés, y se reunían a menudo para cambiar ideas. En uno de estos conciliábulos se resolvió que uno de ellos por lo menos debía formar parte de la expedición, para no perder de vista a Irala y a los oficiales. Bueno era manifestar descontento no colaborando con el usurpador, como habían decidido hacerlo, pero bueno, también, conocer sus actos y sus pensamientos para aprovecharlos en oportunidad. Como no convenía despertar sospechas de espionaje que la presencia de alguno de los más comprometidos hubiera suscitado necesariamente, se pensó en el padre González y se le pidió que partiera.

— Así lo haré — contestó el sacerdote, — para mejor avisar a S. M. de lo que en la entrada pase.

Y como todo estaba ya dispuesto y a punto, el capitán Vergara se puso en camino con doscientos cincuenta españoles, dos mil indios auxiliares y los veintisiete caballos que había entonces en la Asunción.

Llegados al puerto de San Fernando, los unos por agua en siete bergantines y doscientas canoas de tronco, los demás por tierra, siguiendo la costa del río, el capitán general hizo volver todas las canoas y cinco de las embarcaciones mayores a la

Asunción, y dejó las dos restantes bajo la custodia del capitán Pedro Díaz quien, con cincuenta hombres, debía aguardarle en aquel puerto por espacio de dos años, para asegurar su retirada.

Internóse enseguida en la tierra de los mbayá y desde ese punto ya no se recibieron noticias suyas en la Asunción, donde iba a desarrollarse una tragedia terminada en sangre.



**HISTORIA DE DON FRANCISCO DE MENDOZA***(Sacada de un códice del siglo XVII)*

## SEGUNDA PARTE

Cuando su famosa entrada en busca y conquista de la Tierra de los Metales, Domingo Martínez de Irala dejó a don Francisco de Mendoza por gobernador de la Provincia del Río de la Plata, en su representación y mientras durara su ausencia. Bien considerado de todos los que en la ciudad de la Asunción quedaban, y eso que no eran de los más apacibles, don Francisco pudo gobernar con sosiego, pues trataba de contentar a su gente y era bondadoso y servicial hasta con los más humildes. Tanto que, habiendo el verdugo Leonardo Cossu, apodado generalmente el Sardo, tenido un hijo a quien nadie quería servir de padrino, por natural repulsión del oficio del padre, y habiéndose éste ido a quejar y lamentar al de Mendoza, don Francisco le consoló diciendo:

— Ve, Sardo, en paz, que todos somos hijos de Dios y tú un fiel vasallo y servidor del rey. Yo mismo llevaré al niño a la pila, pues nadie tiene

el derecho de cerrar a un inocente el camino de la salvación.

Y así fué cómo, con grande escándalo de algunos timoratos, don Francisco de Mendoza se hizo compadre de Sardo el verdugo, quizá por secreto designio de la Divina Providencia.

La expedición de Irala duró entre tanto mucho más de lo previsto, y como no se recibiese noticia alguna de él, llegó a temerse por su vida y la de sus valerosos compañeros y aun a tenérseles por muertos. Sin embargo, esto no produjo en un principio visible agitación, tanto más cuanto que las facciones que antes dividieran a los conquistadores parecían haber cesado para siempre.

Vivía, pues, en paz el noble caballero, y como para acrecentar su dicha, doña María de Angulo habíale dado, después de su primogénito, don Diego, tres hijos como tres soles, don Francisco, que más tarde pasó al Perú, doña Elvira Manrique y doña Juana de Mendoza, que casaron muy jóvenes con dos principalísimos caballeros. Sólo de estos vástagos de su ilustre cepa se ocupaba el de Mendoza; del otro, del desgraciado don Carlos, fruto de su matrimonio con la culpable y desventurada doña Inés de Mena, y considerado por él como hijo espurio, no quiso jamás noticia alguna, dejándole crecer en España a la mano de Dios. Pero el amor, no exento de severidad, que don Francisco demostraba a sus cuatro hijos no bastaba a doña María, en quien habían avivado otras ambiciones, a la verdad santas y buenas, como que consistían en dejarles un nombre sin tacha, legitimando su unión.

Atrevióse a hablar de este su acariciado proyecto por repetidas veces a don Francisco; pero el caballero no se dejaba persuadir con razones ni ablandar con súplicas considerándose atado por su temerario voto, y se revestía de rígida autoridad para reducirla a silencio. No por esto cejó doña María, y aunque renunciase a luchar abiertamente buscó el triunfo por medios indirectos y sobre todo valida de los consejos y de la influencia de personas respetables.

Entre los muchos sacerdotes que habían ido al Río de la Plata con el primer Adelantado don Pedro de Mendoza, quien les llevó cumpliendo un precepto de su capitulación, figuraba todo un capellán de S. M., llamado don Antonio de Fonseca, sacerdote de rostro ascético y modestas maneras, cuya humildad cristiana, exagerada pero quizás sincera, le tuvo largo tiempo alejado de todo lo mundano y únicamente ocupado en las funciones de su divino ministerio. Sus méritos eran muchos y las dotes de su inteligencia hartó grandes para perpetuarle en la obscuridad, así es que a poco llegó a ser por todos consultado y oído como un oráculo, sin que nadie se explicara cómo había nacido y crecido su reputación, cuando él se esforzaba por mantenerse en el aislamiento y el silencio. Algunos malévolos decían de él que era un intrigante que se valía del santo tribunal de la penitencia para tender sus redes en secreto, y que hacía cuanto quería a hurta cordel, por mano ajena. Pero se debe a la verdad que nunca se le descubrió intriga alguna, aunque su intervención resultase en ciertos casos

desgraciada y muy contraria a lo que se esperaba de ella. Pero sólo Dios no se equivoca, sólo el Todopoderoso puede hacer su voluntad entera.

Aunque, por las razones conocidas, se mantuviese don Francisco un si es no es apartado de la iglesia, (que frecuentaba sin embargo, valido de que su excomunión no era pública) y aunque poco alternara con los que, seculares o regulares, visten el hábito de San Pedro, acabó por aficionarse al padre Fonseca, quien le visitaba a menudo para interceder en favor de alguna de sus ovejas menesterosas, y se hizo muy su amigo, por considerarle varón secreto, prudente y de no vulgares luces. Como doña María habíale elegido por su confesor, con el propósito de utilizarle en sus fines, el de Mendoza, seguro de que conocía los secretos de su vida, por lo menos en cuanto atañía a su compañera, no tuvo reparo en abrirle también el alma. pues la situación en que le dejara el venerable sacerdote toledano era de las más angustiosas, y él suponía, con razón, que otros, menos rigurosos, podrían consolarle.

— ¡Loado sea Dios! — díjole el padre Fonseca, con la severa llaneza del confesor, — afortunadamente puedo procurar un poco de paz a tu espíritu atribulado. Tu crimen es horrendo, pero la misericordia de Dios infinita, y obra en tu favor la circunstancia atenuante de que la pasión ciega guió tu mano. Cierto es que nadie, sino el mismo vicario de Cristo, puede ahora levantar la excomunión que te aparta del gremio de la iglesia; cierto que hubieras hecho bien en ir a im-

petrar el perdón de Roma. Pero si continúas siendo justo y buen cristiano, observante de los preceptos divinos, no arderás en las llamas del infierno, porque el Todopoderoso odia al pecado pero no al pecador. Cuando te llegue la hora serás salvado, pues si el Sumo Pontífice no ha escuchado aún tus súplicas, como en esta tierra no hay obispos, hasta el más humilde unguido del Señor podrá recibirte en el santo tribunal de la penitencia y darte, « in artículo mortis », la absolución, llave divina, que mientras cierra las puertas del infierno, abre de par en par las del Paraíso. ¡Puesto que estás arrepentido...

— Perdonad, padre, — interrumpió Mendoza, — más no puedo arrepentirme. Al pensar en el mal que se me ha hecho, pienso que hoy volvería a obrar lo mismo, y no puedo, no puedo arrepentirme...

Perplejo y en silencio permaneció buen rato el padre Fonseca, que al fin, con mansedumbre, dijo:

— ¡No desesperes! Dios, con su infinita clemencia, te dará su gracia, infundiéndote la necesaria contrición o la atrición suficiente, cuando el momento llegue. Ruégale, haz penitencia, y el resto vendrá de suyo... Y como tu personal tranquilidad me es preciosa, puedes contar con mi discreción, pues me considero ligado por el inviolable secreto de la confesión, aunque sólo me hayas hablado como amigo.

Mendoza se alejó muy preocupado.

El padre Fonseca había prometido a doña María trabajar el ánimo de don Francisco para que le diera mano y nombre de esposa, legitimando a sus

hijos, pero juzgó que no sería oportuno hacerlo por entonces, dados los impedimentos que al matrimonio se oponían.

— Hay que aguardar, hija mía, — le dijo después de este coloquio, — pero no pierdo la esperanza de que verás realizado tu santo deseo. Si un hecho singular, si un verdadero milagro fuese necesario para salvar el alma del señor de Mendoza y darte la satisfacción que tus virtudes merecen, está segura que el Señor en su inagotable bondad lo ordenará cuando sea más útil a su gloria. Pero ese día de júbilo puede que no llegue sin costarte antes muchas lágrimas, pues todo se paga, en esta o en la otra vida, y mejor en esta que en la otra.

No pensaba el padre Fonseca al decir estas palabras, tan comunes en bocas sacerdotales, que estaba profetizando con maravillosa exactitud y que el velo de desposada de doña María había de cubrir un rostro contraído por el dolor y unos ojos bañados en amarguísimo llanto...

En el interin prolongábase la ausencia del capitán general don Domingo Martínez de Irala y de su pequeño ejército, sin que llegara de ellos la menor noticia, y pasaron meses, y los meses formaron un año y siguió corriendo el tiempo sin que variara tan alarmante situación. Don Francisco de Mendoza había gobernado hasta entonces en paz y tranquilidad, merced al celo con que se esforzaba por dar satisfacción a todos en cuanto era justo y equitativo, pero comenzaba a sentir cierto desasosiego precursor de nuevas agitaciones que no tardarían en requerir una mano de hierro para reprimirlas.

mirlas. Los que habían permanecido, por lealtad o por interés, fieles al Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y que formaban la oposición contra Irala, encabezados por el ambicioso capitán don Diego de Abreu, creyeron la ocasión favorable para intentar la conquista del poder y pusieron manos a la obra. Propalaron por todas partes que Irala y los suyos debían de haber muerto o ser prisioneros de enemigos poderosos que no les dejaban ni siquiera dar noticia de su situación pidiendo socorro; su silencio no podía explicarse de otra suerte, y lo más probable era que a todos les hubiesen asesinado, como acostumbran hacerlo aquellas bárbaras Naciones. Poco tiempo se necesitó para que los españoles se convencieran de que esta simple suposición, no exenta de visos de verdad, era un hecho probado e indiscutible, pues el vulgo acaba por adoptar todas las afirmaciones que le interesan cuando nada viene a desmentirlas, — y muchas veces aunque los hechos las desmientan, — y de esta circunstancia se valieron los del de Abreu para realizar habilísima maniobra.

Nunca se ha sabido, ni probablemente se sabrá, si el padre Fonseca obró en esta conyuntura con perfidia o candidez, pues era hombre que no confiaba a nadie sus pensamientos y que no ha dejado nada escrito. Lo que se sabe es que, en compañía de algunos hidalgos y capitanes, amigos declarados u ocultos de don Diego de Abreu, sugirió a don Francisco de Mendoza la idea de hacerse elegir por gobernador de la provincia en reemplazo del muy probablemente difunto Irala. Una real pro-

visión ordenaba, en efecto, caso de muerte del titular, se reunieran los conquistadores y pobladores de la tierra y eligiesen para gobernador y capitán general, en nombre de S. M., a la persona que en Dios y en sus conciencias juzgasen más suficiente. Según afirmaban el padre Fonseca y los hidalgos, don Francisco podía invitar al pueblo a esa elección, seguro de ser designado por unanimidad, como el único que reunía a todas las prendas necesarias el hecho de hallarse ya en posesión del gobierno como delegado de Irala. Asegurábanle, también, que una vez en el mando gozaría de octaviana paz y no encontraría la menor oposición, pues si Irala era mal querido de muchos, él no contaba sino amigos entre los conquistadores.

Mucho vaciló Mendoza antes de rendirse a tales sollicitaciones, sobre todo porque doña María, con el seguro instinto de la mujer que ama, le aconsejó que no lo hiciera, temerosa por su honor y por su misma vida.

— No deis, don Francisco, — le decía con tanta sensatez como clarividencia, — un paso que puede redundar en vuestro daño y en menoscabo de vuestro limpio nombre. Si por acaso, como bien puede suceder, el capitán general no es muerto, vuelve a la Asunción y encuentra que se os ha elegido en su reemplazo, por mucho que os apresuréis a resignar el mando entre sus manos, tendraos siempre por amigo sospechoso y depositario infiel de lo que celosamente deberíais haberle guardado hasta su vuelta o hasta palpable prueba de su muerte. Recelará de vuestras intenciones y, con los ojos de la



desconfianza, os verá siempre conspirando, roído de la ambición... Y aunque el capitán Irala haya perecido con todos los suyos en esa expedición y la elección sea legítima y oportuna ¿quién os dice que podréis gobernar en paz a esta gente revoltosa y descontentadiza, ávida de riquezas y favores y nunca colmada con nada, ni con nadie satisfecha, que exige para ser contenida una mano de hierro? ¿Quién os dice que no habéis de caer víctima de la codicia, la envidia y la sed de mando? A las Indias vinisteis buscando tranquilidad y olvido; amor y paz vine buscando a vuestro lado; hemos gozado de años serenos y dichosos, hemos vivido, satisfechos, para nosotros y para nuestros tiernos hijos, y he aquí que vamos a renunciar a nuestra felicidad, quizá para siempre... En hora mala os dejó el capitán general por su lugarteniente, y en aciaga hora pensé que debíais aceptar esa carga para satisfacer al amigo y servir al rey que tantos favores os ha dispensado! ¡... Ah, don Francisco! lejos de esforzaros por reconquistar la perturbada calma, trabajáis por perderla del todo persiguiendo una sombra. ¡Abandonad, por Dios, abandonad esos ambiciosos proyectos que pueden rematar en irreparables desventuras! Haced saber a S. M. y a los señores del Consejo de las Indias los temores que se abrigan sobre la suerte de Irala; pedid que se nombre gobernador en su reemplazo, suplicando no ser el designado para ello, y reanudemos nuestra apacible vida, ajenos a las ambiciones que restan años y añaden desengaños!...

Largos días quedó perplejo don Francisco des-

pués de oír tan prudente discurso, no menos sensato por salir de boca de mujer; pero la ambición es ponzoña que, una vez penetrada en el alma, la corroe y envenena, sin que haya luego triaca que pueda devolverle la salud. Sus malos consejeros, por otra parte, no le dejaban un momento tranquilo, empujándole con tenacidad y engañosa elocuencia hasta un abismo aun mayor del que le señalara doña María, pues la perfidia humana no tiene límites. En cuanto al padre Fonseca, parece ser que adivinó de dónde venían las últimas vacilaciones de don Francisco, si en asunto tan grave es permitido juzgar por conjeturas; el caso es que se dirigió a la dama y la hizo ver que, una vez elegido Mendoza por gobernador y capitán general de la Provincia, quedaría grandemente facilitada la realización de sus deseos, pues para guardar el decoro exigido por tan elevado rango, el caballero se vería en el caso imperioso de santificar su unión y legitimar sus hijos. No cedió fácilmente doña María a tan persuasiva elocuencia, pero las especiosas razones, la aparente lógica y más que todo la grande autoridad de su director espiritual, acabaron por vencerla. Cesó, pues, de aconsejar a don Francisco lo que hasta entonces le había parecido más prudente, tan es cierto que el interés suele cegar aún a los más sagaces, o como dijo el latino: « Quos vult perdere Jupiter dementat ».

Acallados sus últimos escrúpulos, el de Mendoza decidió hacerse elegir gobernador titular y llamó a sus amigos y consejeros para decirles que cedía, por fin, a sus instancias. En esta reunión,

el padre Fonseca, el capitán Francisco Ortiz de Vergara y el escribano Pero Hernández hicieron a Mendoza una objeción inesperada, pero que a primera vista no parecía cambiar el fondo de las cosas.

— Si no os desistís antes del cargo — dijo Pero, el escribano, — mal podemos hacer la elección, pues no se elige persona para ocupar un puesto ignorando si éste vacará o no. La provisión de Valladolid es terminante al respecto: no autoriza las elecciones sino cuando el Gobierno queda acéfalo. Ahora bien, acéfalo no está. Interin le desempeñáis, el capitán Irala es nuestro gobernador por interpósita persona, y nadie sino S. M. o SS. AA. del Consejo de Indias pueden nombrar otro. Pero si os desistís, las cosas cambian completamente, el Gobierno queda vaco, viene a ser preciso practicar al punto la elección.

— Ningún inconveniente encuentro que se oponga a ello, — dijo el padre Fonseca, a quien algunos maliciosos creen inspirador del escribano. — Siendo don Francisco de Mendoza la única persona señalada para ocupar tan alto cargo y la única que reúne las condiciones para ello requeridas, y en la seguridad en que estamos todos de que nadie ha de disputarle la victoria, me parece que se puede desistir sin temor, y aún que debe hacerlo. Mal sentaría, y vuestro claro ingenio así os lo hará ver, don Francisco, mal sentaría que os designásemos por nuestro gobernador mientras ejercéis el Gobierno, pues los malintencionados de aquí y los que desde España no pueden ver co-

sas ocurridas tan lejos de ellos, creerían quizás que nos habéis forzado la mano y que la elección no ha sido todo lo leal y libre que debiera.

Mendoza respondió que era asunto de consultarlo con la almohada; pero ya había mordido el cebo tan diestramente presentado a su ambición. Habló con muchos, y como la elección le pareciese, en efecto, asegurada, hizo pocos días después reunir el Cabildo y le presentó formal renuncia de su cargo, fundada en la consideración de que la muerte posible, casi evidente, del capitán general don Domingo Martínez de Irala, quien le había dejado en su reemplazo, le imposibilitaba gobernar en su nombre, habiendo, pues, llegado el caso de acefalía y consiguiente elección previsto por las reales cédulas.

Aceptó el Cabildo la renuncia de don Francisco de Mendoza y lanzó inmediatamente un bando, publicado por el pregonero a son de tambor por calles y plazas, — si así pueden ser llamadas en la incipiente ciudad, — convocando a todos los conquistadores y pobladores, hidalgos y plebeyos, españoles y vasallos de la Sacra Cesárea Católica Real Majestad, vecinos y moradores de la Asunción y cinco leguas en derredor, para que, reunidos el lunes 10 de febrero, día de San Sebastián, después de comer, en la iglesia parroquial, procediesen a elegir quien les gobernase en reemplazo del Magnífico Capitán General y Gobernador don Domingo Martínez de Irala, muerto alevosamente a manos de indios salvajes, y de su lugarteniente el capitán don Francisco de Men-

doza, que había hecho formal renuncia de su cargo provisional.

Gran alboroto produjo tal pregón entre la gente menuda, pero no así entre los señores que ya se lo esperaban, informados a tiempo de cuanto iba a ocurrir. Los del de Abreu, sobre todo, mostraban una calma y una indiferencia harto completas para ser naturales y que hubieran dado muy mala espina a un espíritu suspicaz. Y mientras don Francisco trataba de granjearse voluntades que le parecían indecisas, doña María de Angulo, por mujeril instinto y más aguzada sagacidad, comenzó a arrepentirse de haber cambiado de opinión, presintiendo ocultos y mortales peligros. Pero nada dijo a Mendoza, pues ya era harto tarde para hacerle retroceder.

Llegado el día de la elección y poco antes de las dos, comenzó a tañer la campana de la iglesia parroquial y afluir a ésta el convocado vecindario. Ocupaban una mesa, frente al altar mayor, que era muy simple, los señores alcaldes don Alonso de Angulo y capitán don Agustín Campos, y los escribanos Pero Hernández y Melchor Ramírez, presididos todos cuatro por el muy reverendo capellán de S. M. padre Fonseca. Sobre la mesa se alzaba un crucifijo y a su sombra veíanse un misal abierto en la parte de los Evangelios y el cántaro destinado a recibir los votos.

La iglesia no tardó en llenarse de gente, hidalgos y pecheros, militares y paisanos, pues el vecino que no votara debía sufrir la pena de quinientas cañas de azúcar como multa, o en su defecto, diez

días de prisión. Cada cual llevaba consigo una cedula o papelejo pequeño con el nombre del que votaba por gobernador. Juraron todos, con la mano puesta sobre los Evangelios y en presencia del Cristo que el padre Fonseca les presentaba, elegir a la persona que en Dios y sus conciencias creían gobernaría mejor en nombre del rey y hasta tanto que por S. M. se proveyese otra cosa. Depositáronse los papelejos en el cántaro, públicamente, pero sin que se viera ni leyera cosa alguna de lo en ellos escrito. Acabada la votación, los escribanos sacáronlos sobre la mesa y comenzaron a leerlos uno por uno, asentando en un papel los nombrados en ellos.

Las primeras cédulas señalaban a don Francisco de Mendoza, pero después de la cuarta, y con gran estupor de algunos, apareció y se repitió el nombre de don Diego de Abreu con insistencia tal como si nadie deseara ni creyese posible otro gobernador. Unos cuantos votos obtuvo todavía don Francisco, pero la satisfacción fugaz que iluminó su semblante fué como un relámpago que hiciese aún más negra la noche de su engaño y de su desventura. Los de Abreu habían trabajado con tanto sigilo y eficacia, restando voluntades a don Francisco, que éste se encontró casi enteramente solo; porque no es posible creer que se falsificaran los papelejos sin provocar con ello la formal protesta de los votantes...

Terminó el escrutinio con general algazara pues ya ninguno cuidaba disimular. Sólo el padre Fonseca, con cara afligida y ademanes doloridos, co-

mo si le agobiara el más inesperado y formidable de los golpes, se acercó a don Francisco de Mendoza con ánimo de consolarle y, « excusatio non petita », protestar inocencia.

— ¡Andad, padre, que la partida no está aún ganada ni perdida, y que a un engaño hay otro engaño! — díjole Mendoza a quien rodeaban los pocos amigos que le habían quedado fieles. — Rogad a Dios que esta burla y esta afrenta no cuesten mucha sangre.

Pero la Provisión de Valladolid ordenaba que apenas sabido quien tenía mayor número de votos, se le nombrara y señalara inmediatamente gobernador y capitán general; así es que en seguida se pasó a tomar juramento a don Diego de Abreu, quien lo hizo muy regocijado, en la forma usual, diciendo:

— Juro por Dios e por Santa María, e por los Santos Evangelios e por la Señal de la Cruz, do corporalmente sobre este libro Mysal toca mi mano derecha, que como bueno, fiel e católico cristiano, temiendo a Dios y guardando mi conciencia, miraré y guardaré el servicio de Su Majestad e procuraré la utilidad e provecho e bien general e conservación de que soy obligado y lo que debo a toda lealtad.

El lazo en que había caído tenía fuera de sí a don Francisco de Mendoza, quien una vez en su casa desbordóse en denuestos y maldiciones jurando tomar cumplida venganza de tan abominable desaguisado. En vano quiso doña María consolarle y calmarle, pues ella misma se consideraba

culpable — por la ambición de la boda, — en tan fiero desengaño, y apenas si podía insistir en pintarle los cuadros de bienandanza y tranquilidad que le hiciera antes que la encantusara su confesor. Hizo que sus hijos rodearan al desventurado padre, pero las filiales caricias no consiguieron tampoco disipar la tempestad que agitaba el alma del burlado, y le llenaba la mente de tinieblas.

Don Francisco creíase abandonado de sus amigos, de los mismos en quienes depositara toda su confianza, pues ninguno de ellos había aparecido después de la iglesia, cuando el padre Fonseca, muy afligido, se presentó en su casa...

Y aquí se encuentra el autor ante una de las mayores dificultades con que haya tropezado en el curso de esta verídica historia, porque faltándole papeles y testimonios en qué fundarse, no sabe ni puede saber si el padre Fonseca obró en todas estas circunstancias con infantil candor o con infernal astucia, para acabar de perder a don Francisco; mas, como tanta perfidia sería inexplicable en un ministro del Señor, mientras que la candidez, aun excesiva, no excluye la santidad, el autor resuelve el problema en honra y gloria del sacerdote, reputándole por ciego a fuerza de virtud, « voluntas Domini in eo qui simpliciter ambulat ».

Comenzó recomendando la paciencia al zaherido ex gobernador, y declarándose más sorprendido y desconcertado que el mismo Mendoza por las results del escrutinio; a lo que contestó el triste que sólo pedía creerle, pero que era portentosa inexpe-



riencia la de haber vivido tantos años entre aquellos jayanes, viendo continuamente sus obras, y sin alcanzar a conocerlos. Cuanto a la paciencia, no era el momento de tenerla, sino más bien el de buscar los medios de restablecer las cosas en su pristino estado. Cuáles fuesen estos medios era lo que el sacerdote debía ayudarle a encontrar. Insistió el padre sobre la santidad y la eficacia de la longanimidad, añadiendo que debía ponerse en mano de Dios, quien sabe castigar sin palo ni piedra y no dejaría impune tamaña felonía. Pero mientras se encomendaba al Señor de las Alturas, don Francisco podía también acudir al que le representa aquí abajo en cuanto al poder temporal, comunicando lo ocurrido a S. M. con la certeza de que el monarca se apresuraría a desbaratar los planes de los usurpadores y a imponerles el condigno castigo.

— ¡Largo me lo fiáis! — exclamó Mendoza. — Tiempo tendremos, y sobrado, de morir bajo el poder de Poncio Pilatos antes de que la mano de S. M. les alcance, y lo que yo quiero es reparación completa e inmediata.

Pero los amigos de don Francisco no le habían abandonado en la desgracia, como pareciera, pues un grupo de ellos fué en su busca después de haber deliberado detenidamente sobre la situación. Venían a recordarle un hecho capital en que no había querido parar mientes hasta entonces; la muerte del capitán general no estaba comprobada, Irala no había fallecido, Irala marchaba camino de la Asunción... Esto era una simple conjetura,

pero no por cierto más antojadiza que la aceptada para practicar la elección. El valeroso capitán Ayolas estuvo ausente mayor tiempo que Irala, y sin dar noticias suyas, y volvía cargado de gloria y de botín cuando fué asesinado casi a las puertas de la Asunción. ¿Por qué Irala, por qué el tozudo y heróico capitán Vergara no podía haber descubierto y conquistado el lejano y opulento país de las Amazonas, donde estaría probablemente, como el antiguo en Capua, descansando del rudo batallar?... En tal caso, la elección era nula y de ningún valor, no habiéndose hecho de conformidad con la Real Provisión, y el capitán general Domingo Martínez de Irala debía seguir gobernando la provincia por intermedio de su lugarteniente don Francisco de Mendoza. Los capitanes e hijosdalgo allí reunidos estaban dispuestos a mantener este sistema, hasta con las armas en la mano si fuera preciso.

El padre Fonseca objetó la renuncia voluntaria presentada por el de Mendoza.

— ¿Ante quién habéis hecho dejación del cargo? — preguntó el conquistador que llevaba la palabra, y cuyo nombre no nos revela desgraciadamente la historia, pero que debió de ser fraile o escribano.

— Bien lo sabéis todos: ante el Cabildo.

— Ahora bien, ¿puede el Cabildo nombrar gobernador?

— No.

— ¿Es el Cabildo superior al gobernador?

— En ningún caso.

— La renuncia de vuestra merced no es válida por lo tanto. Para que lo fuera, vuestra merced debió hacerla ante un superior. Agregue vuesa merced esta razón poderosísima a la probabilidad de que Irala no haya muerto, y comprenderá por qué damos por nula e írrita la elección.

Especioso era el argumento, pero muy suficiente para quienes no pedían sino ser convencidos, y Mendoza recobró los ánimos que comenzaban a flaquearle. Acto continuo, de acuerdo con los que le rodeaban, resolvió reasumir el mando y meter en cintura a Diego de Abreu, apoyado « manu militari », por sus amigos, sus partidarios y los indios de sus encomiendas. El plan consistía en aprehender aquella misma madrugada al capitán Abreu y sus secuaces; y una vez establecido hasta en sus minucias, marcháronse todos a fin de preparar apresuradamente el golpe.

Don Diego de Abreu era un conspirador harto experimentado para creerse al abrigo de toda asechanza, y no perdía de vista a su vencido adversario, pese a lo cual hubiérasele sorprendido sin la oportuna y secreta comunicación que le hizo llegar cautelosa y astuta mano amiga. El caso es que aquella misma noche, poco después de la queda, gran golpe de gente, mandado por el capitán Ruy Díaz Melgarejo, alias el Picoso, hizo irrupción en casa de don Francisco de Mendoza, quien echó mano a la espada, pero sin alcanzar a defenderse contra tantos enemigos.

— Meditaba vuesa merced una traición, pero

vive Dios que será la última! — le gritó Ruy Díaz.  
— El castigo aguarda.

— El traidor no soy yo — replicó gravemente don Francisco. — El traidor no soy yo, sino vosotros, villanos, arteros, felones, cobardes.

Luego con voz tonante añadió:

— Tienes el descaro de hablar de castigo, Ruy Díaz Melgarejo... ¡Pues en verdad te digo que el tuyo será terrible, pues yo te emplazo ante el tribunal de Dios!

Estas palabras fueron proféticas, pues el destino que aguardaba a Ruy Díaz Melgarejo, análogo en gran parte al tan doloroso de don Francisco de Mendoza, iba a hacerle sufrir cruelmente y empar también sus manos en sangre de una esposa y de un sacerdote...

Doña María, muy alarmada por el inusitado tumulto, había salido de sus aposentos, pero se le impidió reunirse con don Francisco, quien fué conducido a la cárcel sin que hubiese podido verla ni abrazar a sus tiernos hijos.

Diego de Abreu quería a toda costa afianzarse en el poder, y lo mismo deseaban todos los antiguos partidarios del Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, los llamados «leales», cansados de verse durante tanto tiempo fuera del poder. Así es que ni el uno ni los otros vacilaron en desembarazarse para siempre de don Francisco de Mendoza. El proceso que, por fórmula, instruyeron contra él, aunque estuviese de antemano condenado — «¡iniquitas loci!» — marchó a pasos

de gigante, y remató en que debía aplicársele la última pena...

Notificado de tan inicua sentencia, don Francisco de Mendoza no pensó ya sino en sus deberes de cristiano, convencido de que sus enemigos serían implacables, y de que no debía esperar de ellos ni justicia, ni piedad. No intentó, como varios cronistas han afirmado últimamente, obtener su gracia y hacerse en cierto modo cómplice solidario del usurpador, ofreciendo sus hijas en matrimonio, la una a Diego de Abreu, la otra a Ruy Díaz Melgarejo, y basta para probar la falsedad de tal afirmación el hecho de que la mayor de ellas, doña Elvira Manrique, no contaba a la sazón diez años, y la menor, doña Juana, alcanzaría apenas a los ocho. Tal pensamiento no pudo, pues, ni asomar a la mente del noble caballero, sólo preocupado de la salvación de su alma y de la suerte de los inocentes que dejaba tras de sí.

Aunque hubiera podido sospechar, sin juicio temerario, de la buena fe del padre Fonseca, su hidalguía y su católica fe no se lo permitieron, sino quizás por espacio de un segundo; y como el padre era ya depositario de sus secretos, hízole llamar para que le prestara los últimos auxilios religiosos. El sacerdote le confesó y le dió la absolución, afirmándole de nuevo que, a falta de obispo y siendo él capellán de S. M., tenía poder suficiente para levantarle la excomuni6n « in artículo mortis ». Ya más tranquilo, porque la divina gracia habíale dado la paz celeste, Mendoza declaróse entonces dispuesto a dar mano de esposo a doña María de

Angulo y a legitimar a sus hijos, y suplicó al sacerdote que pidiera autorización para que él les viese por la vez postrera.

Accedieron a ello sus verdugos y doña María llegó a la cárcel primero que los niños, como de antemano estaba ordenado.

— ¡Mujer! — le dijo don Francisco después de abrazarla tiernamente y con la voz velada por las lágrimas. — Has sido durante toda una vida la más noble, la más fiel de las compañeras... En una hora trágica que no quisiera recordar, juré no volver a casarme hasta que sonara la de mi muerte...; esta hora es llegada... ¿Quieres darme la mano de esposa?

Doña María se arrojó en sus brazos, desesperada, pero recordando de qué caballero iba a llevar el nombre, con sobrehumano esfuerzo recobró aparentemente la entereza.

Fueron casados y velados en la misma cárcel, ante escasos testigos, y poco después se condujeron los niños a la presencia de la pareja infortunada, cuya unión, comenzada en la sangre, iba a desatarse, apenas bendecida, entre la sangre también.

Abrazó Mendoza a las cuatro inocentes criaturas, y luego, con voz solemne y firme, dirigiéndose a los varones, les dijo estas cristianas palabras:

— No abriguéis, ni hoy, ni cuando seáis mayores, propósitos o anhelos de venganza. Si creéis que alguien merece castigo, dejad ese castigo en la mano de Dios y someteos a su divina voluntad.

Nadie debe hacerse justicia por su mano, y una experiencia terrible me enseña que quien a hierro mata, a hierro muere. No ejercitéis venganzas que engendrarán otras, en inacabable sucesión. Lo que os recomiendo, y cuidado que os habla un padre moribundo; lo que os recomiendo, a vos, don Diego, mi primogénito, que sois un segundo yo mismo, y a vos, don Francisco, que debéis seguir en todo las huellas de vuestro hermano mayor, es que seáis siempre buenos católicos y cristianos, custodios celosos del honor de vuestro nombre, y muy especialmente fieles y leales servidores de S. M. el rey nuestro señor, sin infringir jamás el menor de sus preceptos.

Luego, dirigiéndose a las niñas, y con no menos solemnidad, continuó, mientras todos los circunstantes lloraban conmovidos:

— En cuanto a vosotras, sed hijas sumisas y respetuosas, recordando siempre que vuestra madre y yo somos una persona misma; prestad también cuando sea algo mayor, acatamiento a don Diego, que será el jefe de la familia, y eso hasta que estéis so potestad de marido; vivid modestas y retiradas, como cuadra a doncellas bien nacidas y cristianas viejas, y someteos sin murmurar a los designios de Dios y a los preceptos de nuestra santa madre Iglesia Católica Apostólica Romana...

A la madrugada fueron a buscarle. Rodeado de arcabuceros y de gente armada se le condujo al cadalso, erigido por un refinamiento de crueldad frente a la casa de don Diego de Abreu. El pueblo, consternado, mirábale pasar y le seguía en

silencio, mientras él escuchaba al padre Fonseca, quien, con el crucifijo en la mano, iba a su lado prodigándole los últimos consuelos de la religión. La figura de don Francisco imponía a todos respeto, su paso era firme, serena su mirada; llevaba erguida la cabeza encanecida ya, y en su larga barba blanca jugueteaba el aire...

Llegados al cadalso, uno de los alguaciles dijo:

— Como traidor, has merecido la horca, pero don Diego de Abreu te hace la merced de tratarte como a caballero y se te cortará la cabeza.

— No soy yo el traidor, — contestó Mendoza con altivez. — Sin embargo, da en mi nombre las gracias a don Diego.

Subió tranquilo las gradas, y ya junto al tajo, Sardo, el verdugo, que tenía el hacha en la mano, murmuró atribulado:

— Mi deber me obliga, señor don Francisco, pero diga vuestra merced una palabra y bajo del cadalso dejando sin pan a mis hijos.

— Haz tu obligación, compadre, que yo te perdono de corazón, — contestó Mendoza. — Lo único que te pido es que no tiembles al dar el golpe.

Volvióse entonces hacia el pueblo, religiosamente silencioso, y dijo con voz entera:

— Justo juicio de Dios el de verme en tan desdichado punto, pues en tal día como hoy dí muerte en España a mi mujer y a los criados de mi casa, con un clérigo compadre y capellán mío, quizás por falsas sospechas. Así ha permitido Dios Nuestro Señor que yo pague aquel crimen



con mi muerte por la mano de otro compadre mío, como lo es Sardo el verdugo.

Arrodillóse, puso el cuello sobre el tajo, besó la cruz por última vez, brilló el hacha en el aire, herida por el sol, relampagueó al caer, no tembló la mano del Sardo, y la venerable cabeza rodó por el tablado, mientras del convulso tronco brotaba un caño de sangre.

Así pereció de mala muerte don Francisco de Mendoza, caballero y gentilhombre de S. M. el rey y emperador Carlos Primero de España y Quinto de Alemania, mayordomo que fué de S. M. Maximiliano I, Rey de Romanos, conquistador de Indias, descubridor y luego capitán general y justicia mayor del Río de la Plata.

Pueda su vida y muerte ser lección provechosa a las generaciones presentes y venideras.

## LOS MBAYA

Dejado atrás el puerto de San Fernando y perdida de vista la redondeada cumbre del Pan de Azúcar que según Schmidel evocaba en su mente bávara el recuerdo enternecedor del Bogenberg, el capitán Vergara, a la cabeza de su tropa, había seguido marchando hacia el oeste, en busca del prodigioso país de las Amazonas. Después de andar una semana entera por campos y bosques, sin encontrar el menor indicio de habitación humana, dió por fin con una miserable tribu cazadora y pescadora, sumida en la mayor ignorancia. Los naperús, que así se llamaban, eran altos y recios, y sus mujeres, que no llevaban ni la más ligera pampanilla, defendían sin embargo el pudor a fuerza de fealdad. Los expedicionarios descansaron un día en sus sórdidas cabañas, y, tras otra semana de fatigas, alcanzaron la tierra de la gran nación mbayá, situada a setenta leguas de San Fernando y donde iban a empezar realmente sus aventuras.

Los mbayá eran innumerables. Altos, gallardos, robustos y ágiles, desdeñaban, como los nobles e

hijosdalgo del viejo mundo, toda ocupación que no fuera la guerra y la caza, lo que revelaría el origen salvaje de la aristocracia si no demostrase la innata holgazanería del hombre. El Ser Supremo les había conferido desde el principio la grandeza: ya se ha visto en capítulos anteriores que Dios creó las naciones tan numerosas como son, pero sólo una pareja de mbayá, cuando ya no le quedaba tierra disponible. Creíanse destinados a la miseria y a la muerte, cuando se les acercó de un vuelo el pardo Caracará, y graznando les dijo en nombre del Creador que, para ser grandes y felices, debían hacer la guerra a todas las demás naciones, exterminar a los hombres y adoptar las mujeres y los niños. Gracias a este divino precepto, religiosamente obedecido, los mbayá llegaron a ser innumerables y señores de la tierra. Como su empuje en el ataque era irresistible, los otros indios huían desbandados ante ellos, o caían bajo sus flechas o al golpe de sus macanas. Pese a su existencia exclusivamente guerrera y solo a veces cazadora, en sus pueblos abundaba el grano y las legumbres, no cosechados como en otras tribus por las mujeres, sino fruto de la labor de los esclavos, quienes cazaban, pescaban y cultivaban la tierra para sus nobles señores. Estos veneraban a sus padres, en su calidad de guerreros, y cuando dejaban de existir absteniáanse de carne y guardaban silencio durante tres o cuatro lunas, en señal de duelo. Las mujeres compartían la dulce holganza de sus maridos pero no los azares de la guerra, aunque después de una acción, glorificando cada cual a porfía el valor y las haza-

ñas de su hombre respectivo, acabaran siempre por andar a la greña, arrancarse mutuamente los cabellos y desfigurarse a puñadas y arañazos la cara y el cuerpo, que tenían muy hermoso. Parecían magníficas estatuas de bronce, cuya desnudez cubría apenas un delantal de algodón, del tamaño de la mano, y su belleza era más duradera que en la raza guaraní, porque no las deformaba el trabajo rudo ni la lactancia de numerosa prole, y — agregaría un moderno vegetariano a caza de prosélitos, — porque no comían carne cuando solteras. Después de haber tenido un hijo y una hija, paralizaban — ¡ya entonces! — su fecundidad haciendo que las viejas de la tribu les bailaran sobre el cuerpo para arrancarles prematuramente todo nuevo fruto. Erañ sin embargo tanto más fáciles cuanto que sus maridos no conocían los celos, ni aun de sus esclavos, que el amor era para ellas mismas función sin importancia y que sus ocupaciones se limitaban a hilar el algodón, tejer escasos y groseros lienzos, aderezar sencillísimos manjares y vigilar a sus hijos sólo en la primera infancia, pues muy luego les dejaban crecer a su albedrío e imitar, por natural inclinación, la holgazanería y la belicosidad de los adultos.

Sus siervos, o más bien auxiliares voluntarios, no eran menos interesantes, y hasta el mbayá más pobre tenía tres o cuatro a su servicio. Antes de que llegaran los españoles, los chané les servían como verdaderos esclavos, pues los habían reducido por la fuerza; pero después les substituyeron los guanas, antiguos y únicos amigos suyos, que fueron

a pedirles protección contra el enemigo común, y cuya condición servil no fué nunca muy pesada. El guana, — palabra que en su lengua significa hombre — no pertenecía a la raza guaraní, como lo demostraba esa misma lengua, muy distinta y más gutural y nasal, hablada siempre en voz baja, como en secreto, lo que hacía aún más misteriosos su cara impassible y sus ademanes flemáticos. De mediana estatura, esbeltos, bien repartidos, sin un solo contrahecho o corcovado, quizá no hubieran parecido del todo feos, a no usar barbote, arrancarse las cejas y las pestañas y cortarse el pelo en medio de la frente o en la cabeza entera, dejando sólo un cerdoso mechón negro en la coronilla. Eran lampiños, de poco vello, dientes blancos y firmes, manos y pies pequeños, se pintaban el cuerpo y usaban brazaletes, ajoreas y penacho de plumas, como los payaguá. No tenían religión, ni leyes, ni bailes, ni juegos, ni más diversión que embriagarse con chicha, pero eran sociables y hospitalarios, aunque no tanto como sus mujeres, que gustaban de serlo excesivamente. Como éstas amenazaran hacerse más numerosas que los hombres, y como su abundancia hubiera rebajado su valor, las madres mataban a las recién nacidas, cuando eran más que los varones, a fin de que las restantes gozaran de mayor felicidad. Para dar a luz íbanse solas al campo, abrían un hoyo y si nacía hembra enterrábanla y se volvían tranquilamente al pueblo. Eran muy desarrolladas de pecho y caderas y tan precoces que se casaban a los nueve años cuando la demanda era mucha.

El casamiento se concertaba entre el novio y el padre de la doncella y previo acuerdo sobre los futuros deberes de la mujer: establecíase si ésta tendría o no tendría que tejer mantas de algodón para el marido, que ayudarlo o no a construir su choza y arar la tierra, que transportar leña, que cocer toda la comida o sólo las legumbres, como también si sería o no sería única esposa, pues la poligamia existía aunque poco generalizada, y si tendría uno o más esposos, porque la poliandria era admitida también, cuando el infanticidio enrarecía las mujeres. Las guana eran coquetas, cosa realmente extraordinaria entre las indias; sus maridos celosos, quizá por lo mismo que aprovechaban de la debilidad de las mujeres de sus aliados-amos, y el adulterio de las primeras concluía con una formidable paliza atizada al cómplice por el marido burlado y sus camaradas. En cuanto al divorcio, las guana lo practicaban con mayor frecuencia que la parisien-se más versátil y descontentadiza.

Vivían reunidos en aldeas de chozas cilindro-cónicas, sin más abertura que la puerta, hechas con ramas arqueadas y clavadas por las dos puntas en el suelo, cubiertas con ramillas, hierba y paja y dispuestas de modo que dejaran en medio una plaza cuadrangular, más o menos grande. A la puerta de estas chozas, y para acordarse mejor de ellos, enterraban a sus parientes, cuando las viejas curanderas no habían podido sacarles la enfermedad chupándoles la región del estómago, terapéutica usual en el Continente entero. El interior de las casas era el de un palacio, en comparación con el de

las otras moradas indígenas, pues los guana lo barrían y hasta tenían unas a modo de camas, compuestas de cuatro palos sostenidos por otras tantas horquetas, y de un jergón de pieles y hierba. Alrededor de las chozas jugaban y enredaban los niños olvidando por momentos las reprobaciones y bofetadas que les menudeaban los padres hasta cumplir los ocho años. Cuando le nacía un hijo, el padre y sus camaradas se reunían para embriagarse con chicha, rito usado también para festejar la nubilidad de las niñas, o por simple devoción y con cualquier pretexto, pero en el que no tomaban parte ni las mujeres ni los solteros. Apenas cumplían ocho años, los niños eran enviados en procesión, al amanecer y en ayunas, al campo donde permanecían solos y sin comer hasta la noche, hora en que volvían, también procesionalmente, al pueblo. Una vez en su casa, y para que se acordaran de tan grande solemnidad, eran vigorosamente azotados y las viejas de la familia les pellizcaban y les perforaban los brazos de parte a parte con punzones de hueso, prueba que los chicos debían soportar — y soportaban — sin lágrimas ni quejas. En seguida las madres les regalaban con un gran plato de maíz y fréjoles cocidos, los padres se entregaban al sagrado rito de la chicha, y los niños, metamorfosados en adolescentes quedaban en entera libertad, como que no debían trabajar antes de casarse, es decir, hasta los veinte años, por lo menos.

Pero, salvo los adolescentes, todos los guana, sin excepción, trabajaban para sí mismos y para sus

amos los mbayá, cultivando, pescando y cazando, en cuyo ejercicio les servía de mucho su agudísimo oído, su vista de lince y quizá también su mismo olfato. Eran ingeniosos y para labrar la tierra se servían de una suerte de azadones hechos con omóplatos de anta, sujetos a un palo por medio de cuerdas. Sus amos, los mbayá, no tenían que vigilarlos, pues trabajaban voluntariamente, a cambio de su protección, como los antiguos siervos para con los señores feudales; podían marcharse cuando querían y gozaban del favor de sus amos. Si es cierto lo contado por Schmidel años después, ya de regreso en Baviera, los guana cultivaban el maíz, la mandioca, el maní, la patata dulce, criaban en estado doméstico cuadrúpedos y aves, capaban las colmenas instaladas en los troncos huecos, y con la miel fabricaban una especie de vino más agradable que la chicha de maíz o de mandioca, y habían adiestrado guanacos que les servían como cabalgaduras y como bestias de carga. Eran, pues, mucho menos salvajes que la gran mayoría de los indios del Oriente y Centro de la América Meridional. Sus mismos caciques, sin exceptuar el principal, trabajaban. Eran por otra parte, aunque hereditarios, jefes más nominales que efectivos, porque los súbditos podían deponerlos y darse otros nuevos. Cada horda tenía varios, con jurisdicción sobre cierto número de indios, y los hijos menores de un cacique eran vasallos del primogénito. A falta de hijos varones, las hembras podían heredar el cacazgo. Por último, los caciques celebraban reuniones nocturnas para deliberar sobre los asuntos de



experto sabía lo que cuesta dormirse en las delicias de Capua.

Prudente, y a pesar de las amistosas protestas de los mbayá y su actitud sumisa, mandó que, desde anochecer numerosos centinelas custodiaran el real, y que todos los españoles, prontos a la primera alerta, durmiesen vestidos y con las armas al alcance de la mano, repitiéndose sin duda, aunque no en latín, el « Timeo Danaos » . . .

Nada turbó la calma de la noche, pero al cuarto de la modorra se vió con sorpresa que las tres jóvenes y lindas esclavas habían desaparecido de la choza real, sin dejar rastro y pese al vigilante cordón de centinelas.

— ¡Dios da bizcocho a quien tiene muelas de gallo! — exclamó Delgado al saberlo. — De otro más mozo no hubieran huído.

Pero el capitán Vergara no vió en la fuga de las mozas un desaire a sus atractivos personales, sino una amenaza para su ejército, pues debía de tratarse de espías hábilmente introducidas en el real para facilitar una sorpresa, y sin pérdida de momento mandó tocar alarma.

La gente acababa apenas de ocupar sus puestos de combate cuando cayó sobre ella una nube de guerreros que la hubiese exterminado a hallarla descuidada. Pero los mbayá, formidables e irresistibles en el ataque para los demás indios, eran muy inferiores a los cristianos en cuanto al armamento y la táctica. El general mandó a su caballería que los flanquease por la derecha, mientras arcabuceros y ballesteros hacían estragos en sus filas.

El campo, a la entrada de la aldea, estaba ya cubierto de cadáveres cuando la caballería los atacó como una tromba por donde menos lo esperaban, determinando la derrota y la fuga. El mismo capitán Vergara, a la cabeza de ciento cincuenta arcabuceros y mil indios caríos, se lanzó tras ellos para completar su victoria tomando el pueblo principal. Entró en él sin disparar un tiro, salvo las descargas contra algunos grupos de rezagados. Los previsores mbayá habían evacuado el pueblo, haciendo que mujeres, niños y ancianos fueran a refugiarse en los bosques con cuanto de vituallas y de efectos pudieran llevar consigo, de modo que los cristianos sólo hallaron las señales de que se había transportado el bastimento.

Decidido a castigar a toda costa a los traidores y escarmentar a cuantos quisieran imitarles, el general continuó resueltamente la persecución. Su tropa, en la que iban Schmidel, Martínez, Ríos y Delgado, marchó sin tregua ni descanso durante tres días y dos noches, no deteniéndose sino para comer a mediodía, y para dormir cuatro o cinco horas, cuando el cansancio era excesivo. Sin embargo nadie pensaba en quejarse, porque el capitán Vergara sufría aquellas fatigas al par de su gente, y porque se trataba de la tranquilidad y la vida de todos y de cada uno.

La tercera noche, por fin, llegaron a una selva que servía de refugio a numerosos indios de raza mbayá. No debían de ser los traidores, ni saber lo ocurrido, pues vieron llegar a los cristianos sin mostrar alarma alguna, como dispuestos a hacer-

les amistosa acogida. Pero lo mismo daba. La sed de venganza de los cristianos exigía víctimas, y para escarmentar e intimidar a los indios de la región, igual era exterminar a unos que a otros. La carnicería fué horrorosa, arroyos de sangre corrían entre los árboles, y los pies de los españoles se hundían en humeante pantano. No mataban, sin embargo, a todos, pues conservaban como esclavos a los jóvenes robustos, las mujeres y los niños. El botín corrió parejas con la matanza: en el campamento de los indios no quedó mancha ni objeto útil que no pasara a manos de los españoles.

En esto, coincidiendo con el fin de la hecatombe, llegó el amanecer, y a las primeras luces de la mañana vieron que de un cerro vecino, cubierto también de bosque, huían como hormigas de un asaltado tacurú, centenares de indios que acababan sin duda de saber la matanza.

— Si los hufiéramos descubierto antes, no escapafan esos tampoco, — dijo Schmidel, paseando la mirada por el bosque alfombrado de cadáveres y deteniéndola en sus prisioneros y en el montón de objetos que era su parte de botín.

— Esos pillos pueden dar gracias a nuestra fatiga, — aprobó Delgado. — ¿Cuántos prisioneros has hecho, alemanés?

— Unos feinte, ¿y tú?

— Apenas quince. Pero ya me desquitaré otra vez.

Los demás cristianos habían cobrado, también, abundantes despojos y buen número de esclavos.

**A TRAVES DE UN CONTINENTE**

Después de esta matanza volvieron a descansar en el pueblo de los vencidos mbayá, cuyas abundantes provisiones consumieron en ocho días de holgorio, desquitándose de las privaciones pasadas y sin pensar en las futuras.

Continuando en seguida su marcha hacia el noroeste, cruzaron la tierra de los chané, siervos también de los mbayá, tan fértil y de tan privilegiado clima, que las cosechas se suceden sin interrupción durante el año entero, y otras tierras y otros pueblos, y desiertos inhospitalarios, durante largos meses.

Aquí encontraron una tribu más adelantada que las otras, rica en productos agrícolas, y que criaba aves y cuadrúpedos, el pavo, la oveja de la tierra, el avestruz, al par que cosechaba el maíz, la mandioca, la patata, aunque tuviese que luchar con la escasez del agua. Allí marchaban días y días sin encontrar un hombre ni una choza, entre matorrales y selvas espesas, economizando las raciones y supliendo a su escasez con frutas y raí-

ces. Mas allá entraban en miserables aldeas cuyos habitantes les recibían con desconfianza y temor, y se apresuraban a proporcionarles guías en cuanto hablaban de seguir adelante...

La noticia de su presencia cunde de pueblo en pueblo, por arte maravilloso, y encuentran muchos abandonados y desnudos en previsión de su llegada. Algunos indígenas tratan de oponerse a su paso, pero, vencidos, huyen incendiando sus chozas. Mas lejos, la langosta ha asolado la tierra, dejando rasos los campos cultivados y los árboles sin hojas ni corteza; y apenas han salido de este infierno del hambre caen en el de la sed. Los sieberis se contentan, en épocas de sequía, con el líquido que guarda el agave, porque no tienen una gota de agua, y los españoles se ven obligados a seguir su ejemplo... Un manantial, insuficiente para tantos hombres, es puesto por el capitán general bajo la guardia de Schmidel, que distribuye el agua en escasísimas raciones, y el aventurero bávaro cuenta más tarde:

— En toda la región no hay más agua que la de las represas y los sieberis atacan muchas veces a las tribus vecinas para quitarles la que tienen. Así, pues, el capitán me encargó de guardar la del manantial y distribuirla en pequeñas raciones, y todos pudimos aplacar nuestra sed sin que nadie tuviera más agua que otro. Nobles y plebeyos me agasajaban y hacían las mayores demostraciones de amistad para que los favoreciera, y nadie pensaba entonces ni en oro ni en riquezas, ni siquiera en comer...

La situación es angustiosa. Si retroceden volverán a sufrir los tormentos de la sed; si avanzan, en seis largas jornadas sólo encontrarán dos miserables arroyuelos y algunos espinosos cardones o agaves que les brindarán un poco de agua... ¿Qué hacer? Ambas perspectivas son terribles y ninguna presenta ventajas sobre la otra... ¡Que la suerte decida! Y los dados resuelven que se siga adelante...

Los baqueanos sieberis les abandonan a la tercera jornada, desapareciendo entre las sombras de la noche. A tientas, entregados al destino, siguen, sin embargo, marchando con el mismo rumbo, y tras de indecibles penalidades llegan por fin a un pueblo cuyos habitantes quieren detenerles con las armas en la mano. Combate, matanza, fuga despavorida de los indios. Por los que caen prisioneros se descubre que los de su tribu, sabiendo que se acercaban, han asesinado a los tres últimos sobrevivientes de la expedición de Ayolas, detenidos allí por enfermedad y que hasta entonces mantuvieron cautivos. Los españoles, sin más averiguación, claman venganza al cielo, y el capitán Vergara manda un destacamento reforzado por caríos a castigar a los culpables. El destacamento sorprende en un bosque a un fuerte grupo, mata muchos, toma prisioneros a los demás, y Schmidel exclama al volver, sintetizando el sentimiento general:

— Descraciadamente no hemos bodigo acafar con la trifu entera!

Descansan catorce días en el pueblo conquistado,

coriados, con el escaso y tibio líquido que en las cantimploras les queda, mientras buscan con los ojos un camino en el desmesurado depósito de sal que se prolonga ante ellos por leguas y más leguas... Son las salinas de San José, o las de Santiago, e Irala manda exploradores a caballo en busca del rumbo más corto para salir de aquel yermo infernal... Los exploradores vuelven sin haber llegado al límite de la salina, pero el capitán Vergara no muestra desaliento, aunque nunca se haya encontrado ante tamaña dificultad, y da orden de emprender la marcha siempre al Oeste, siempre hacia la tierra de los metales, por aquel erial crujiente en que los pies de sus soldados levantan cegadoras nubes de polvo cáustico que lastima los ojos y apergamina la piel.

Indecibles padecimientos, el calor intolerable, la sed devoradora, relajan las más fuertes voluntades; la gente está enferma, sin aliento casi, pero la terrible salina queda, por fin, atrás, y al cuarto día de marcha los audaces conquistadores llegan a una región habitada. Es la tierra de los corocoquis. Algunas leguas antes de llegar al pueblo de estos indígenas, el general destaca una partida de cincuenta cristianos reforzada por quinientos caríos, para que despeje el camino y prepare alojamiento. En el destacamento van Schmidel y sus camaradas. Llegados al pueblo, encuentran en él una población tan numerosa como no han visto otra desde que salieron de la Asunción. Hay entre aquella multitud guerreros armados con dardos, arcos y flechas, provistos de escudos de piel

de anta, y que en los labios agujereados se introducen grandes botones redondos de piedra azul, y mujeres hermosas, vistiendo el tipoy o camisa de algodón sin mangas, con los labios perforados también, y en ellos un cañutillo con una piedra verde o gris; estas mujeres, que no hacen trabajos rudos, ocupadas en hilar, tejer y otras labores femeniles, conservan la esbeltez de sus formas y no llegan prematuramente a la fealdad y la decrepitud como las de otras tribus; los hombres, por su parte, cazan, pescan y hacen un poco de agricultura. Los españoles no son recibidos por ellos con abierta hostilidad, pero pueden advertir que no se piensa tratarles como amigos, y viéndose en escaso número, dada la importancia de la población, se apresuran a mandar aviso al general para que acuda con el grueso de las fuerzas. El capitán Vergara se pone inmediatamente en camino y llega antes de amanecer, burlando los planes que acariciaban los corocotoquis. Estos, que se habían negado la víspera a dar víveres y alojamiento a los de la pequeña partida, y se preparaban sin duda a pasarlos a cuchillo, se apresuran entonces a hacer protestas amistosas a los que, visiblemente, pueden ya más que ellos, y ponen a su disposición cuanto necesitan, llevándoles «unas a modo de gallinas, tan grandes como un ganso, que luego se llamaron pavos», y muchos productos de sus cacerías, venados, guanacos, avestruces, antas, aperiases, así como aves que abundan en la tierra.

Poco tiempo después, parten de nuevo, los guías



corocotoquis les abandonan a la tercer jornada, pero los conquistadores siguen impertérritos adelante hasta dar con un gran río que en aquellos parajes y en aquella estación tiene legua y media de ancho. Buscan inútilmente un vado y resuelven atravesarlo en balsas que improvisan con troncos y ramas entrelazadas. Con una rama a guisa de timón se abandonan a la corriente en tan primitivas embarcaciones, y para abordar a la otra orilla tienen que hacer los más largos y penosos esfuerzos. Una de las balsas zozobra y cuatro españoles son tragados por el río. Acampan, por fin, en la ribera, cubierta de bosque y de espesos matorrales, frecuentados por tigres y gatos monteses, y los caríos refrescan las provisiones con pescado, pues el río abunda en exquisitos peces. Pero la aldea de los macaicies está a cuatro leguas de allí, y apenas amanece el capitán Vergara ordena ponerse en marcha para alcanzarla el mismo día.

A poco andar, sálenles al encuentro, en son de paz, varios indios que, con grande asombro de todos, les dirigen la palabra en español. El general, no menos estupefacto que sus compañeros, les pregunta:

— ¿Quiénes sois y a quién servís?

— Somos criados — contesta el que parece jefe, — de un caballero de España llamado Peranzules, que gobierna todas estas tierras. Y como sabemos que sois también españoles, venimos a ponernos a vuestro servicio.

El general les agasaja, les hace algunos regalos,

y los conquistadores, guiados por ellos, no tardan en llegar a la aldea, donde se instalan cómodamente.

Las dos penetraciones conquistadoras, la de Oriente y la de Occidente, se han encontrado una vez más. La de Oriente, con el capitán Vergara a la cabeza, está cerca de la tierra de los metales, pero esta tierra no es el país de las Amazonas, sino una Provincia denominada ya por otros españoles. El Dorado es el Perú...

## EN LA TIERRA DE LOS METALES

Muy perplejo quedó el capitán Vergara con aquel inopinado encuentro. En el largo viaje, que costara tantos sinsabores y tantas vidas de indios y cristianos, no había hallado el oro, la plata, las minas ni las ciudades fabulosas que buscaba, y después de andar cerca de cuatrocientas leguas desde la Asunción — contando los rodeos — daba al fin con los dominios de Peranzules, con tierras por lo tanto intangibles. Y en aquellas tierras, precisamente, abundaban las anheladas minas, los preciosos metales, el ensueño de sus hombres... ¿Qué hacer?... Con la esperanza de haberse equivocado, de que le engañaran para librarse de él, interrogó severamente a los indios, pero sus respuestas acabaron por desvanecer hasta las últimas dudas: aquella tierra era ya española; mucho antes que él, en 1524, la había visitado el portugués Alejo García, saliendo de las costas del Brasil; formaba parte de la Provincia de Charcas y estaba ganada y ocupada por los conquistadores del Perú...

Sus hombres, entretanto, despreocupados del problema que más tarde había de agitarlos profunda-

mente, se entregaban al reposo y fraternizaban con los indios amigos. Hallábanse éstos bajo el peso de una calamidad, ligera si se quiere, pero terriblemente molesta. Hombres, mujeres y niños, los niños sobre todo, eran víctimas de un pequeño insecto, especie de pulga, llamado en la Asunción pique y en otras partes nigua, que se introduce en las carnes, para depositar sus huevos, de preferencia debajo de las uñas o entre los dedos de los pies; el nido crece, abúltase, toma las proporciones de un tumor y si no se acierta a extirparle a tiempo, acaba por corromper el miembro entero, convirtiéndolo en pasto de gusanos. Pero las indias son muy diestras en sacar el nido con una espina, sin romper la bolsa que guarda los huevecillos, en lo que ponen gran cuidado, pues saben que si uno solo de ellos quedara en la herida el remedio sería peor que la enfermedad y la infección se propagaría con fulminante rapidez.

Pero una vez descansados y recapacitando sobre su situación del momento, los españoles empezaron a sentirse inquietos y a considerarse burlados. ¿Había tanto esfuerzo y tanto sacrificio de redundar en nada? ¿Iban a regresar con las manos vacías, después de tan heroica expedición? Las fatigas, las privaciones, las luchas sangrientas, los indecibles padecimientos, el hambre, la sed, la muerte misma ¿tendrían que resultar estériles y vanos? ¿Era tan sagrado el derecho de los que habían llegado primero a la tierra? ¡Cruel desenlace de tan ardua empresa!... Mas como supieran que el presidente La Gasca, a la sazón gobernador general del Perú,

había hecho decapitar al célebre Gonzalo Pizarro y a otros capitanes e hijosdalgo, y condenado a galeras a los soldados que les seguían y que no quisieron someterse a su autoridad, y como al mismo tiempo tuvieran noticia de que muchos jefes y subalternos solo escaparon al castigo huyendo a los chacos e internándose en lo más fragoso de las sierras, donde estaban prontos a sublevarse de nuevo si se les ofrecía ocasión, pensaron muy luego, con grosero raciocinio, que el problema se simplificaba. ¿Había más que tomar partido contra La Gasca, y reforzados por los fugitivos, tan conquistadores y tan dueños como los otros, alzarse en armas y correr de la tierra al presidente?

Esta idea tomó cuerpo en toda la gente de guerra y, como decía más tarde Ulrico Schmidel, si los soldados hubieran sabido que el capitán Vergara no la aceptaba, le hubiesen llevado al Perú atado de pies y manos. Bastarían para decidirlos a ese extremo las muchas muestras de oro y plata que encontraron en manos de los indios y la convicción de que, transpuestas las faldas de la serranía en que se hallaban, darían, al fin, sino con la tierra de las Amazonas, por lo menos con una que rebo-saba también de metales preciosos... Pero sólo supieron lo que iban a hacer cuando ya era demasiado tarde para forzar al capitán Vergara.

El general resistió a una tentación de que tampoco estuvo libre, y buscó los medios lícitos de que la expedición no resultara sin provecho para él ni para sus hombres. Parecióle lo mejor tratar de congraciarse al presidente La Gasca, obtener su

auxilio y buscar luego una conquista que compensara el sufrido desengaño. Con este objeto convocó a los oficiales reales y a los capitanes y les sometió su proyecto de enviar una embajada al Perú. Todos convinieron en que se enviase como embajadores a Ñuflo de Chaves, Miguel de Urrutia, Ruy García y Pedro de Oñate, portadores de cartas y avisos para los Justicias del Perú y para el Supremo Consejo de Indias. Los expedicionarios aguardarían el regreso de la embajada en el país de los chamacocos, donde a la sazón estaban.

Chaves y sus compañeros partieron, llevando también el encargo de averiguar si por vía del Perú había llegado alguna provisión o despacho del Consejo para el mejor gobierno y administración del Río de la Plata, pues el capitán Vergara no perdía la esperanza de verse confirmado en un cargo que, precisamente, estaba a punto de perder, forzado de dos voluntades distintas y por igual poderosas...

Como el camino era áspero y difícil y en él no abundaban ni los bastimentos ni las comodidades, los embajadores tuvieron mucho que sufrir y no llegaron todos al término de su viaje. Miguel de Urrutia y Ruy García, debilitados y enfermos por las fatigas y las privaciones, hubieron de quedarse en Potosí, incapaces de seguir la marcha, mientras que Ñuflo de Chaves y Pedro de Oñate se dirigían al Cuzco para tener luego que pasar a Lima, donde se hallaba el presidente. Sólo mes y medio después de su partida pudieron presentarse a La Gasca, quien les recibió grave pero cortesmente, pidiéndoles noticia de todo cuanto había ocurrido en el

Río de la Plata, de quién gobernaba allí y de cuál era el estado de los espíritus, a lo que Chaves y Oñate contestaron puntualmente, pero no de manera que contentase al gobernador general, si se juzga por lo que en seguida resolvió. Hizo, entretanto, que los embajadores fueran bien alojados y servidos, y les obsequió con largueza. Después, y sin tardanza alguna, encargó a Ñuflo de Chaves que escribiese al capitán general Irala, ordenándole no moverse un punto de donde estaba y no tomar a los indios más que lo estrictamente necesario para el sustento de sus hombres, tratándolos con toda dulzura y afecto, como vasallos que eran de S. M. Y antes de dar a los embajadores su venia para regresar, nombró por gobernador del Río de la Plata al capitán Diego Centeno, aunque este fuera, — o quizá porque fué, — el matador de Francisco de Almendras, gobernador de la Provincia de Charcas. El capitán Vergara iba, pues, a ser despojado del mando por orden de La Gasca, como lo era en ese mismo instante — según se verá — por sus propios soldados. Pero en el banquete de despedida que se ofrecía a Centeno, festejando su elevación, el flamante gobernador fué envenenado por un pariente de Almendras. Pese a la Fuente de la Juventud que manaba en tierra de América, sus conquistadores llegaban rara vez a ser longevos...

Entretanto, en el real de los conquistadores del Río de la Plata desarrollábanse sucesos de la más alta importancia. Los oficiales reales no querían respetar la cita dada a Chaves y resolvieron mar-

charse de allí sin esperarlo. Irala, con la esperanza de que sus emisarios trajeran buenas noticias del Perú, se oponía con todo su poder a semejante abandono; pero ese poder era por el momento harto débil, pues su gente estaba descontenta... Los chamacocos tenían muchas prendas de plata que despertaban la viva codicia de los soldados, a quienes bastaría extender la mano para apoderarse de ellas, así como de las ricas provisiones almacenadas en el pueblo, pero el general lo impedía dando las órdenes más severas de que se respetase la hacienda, la vida y la tranquilidad de los indios... Parecía, pues, a los españoles, tener sobradas razones de descontento y se veía claramente que, en caso de conflicto entre los oficiales y el general, no se pondrían del lado de este último. El mismo Schmidel, que siempre había sido iralista, se mostraba resuelto a abandonar al jefe de su predilección para seguir a cualquiera que le ofreciese mayores ventajas; no era posible contentarse con una escasa ración cuando los indígenas — fueran o no fueran criados de otros españoles — nadaban en la abundancia. Como Schmidel pensaba la inmensa mayoría, y los oficiales reales, resueltos a aprovecharse de ello, comenzaron a ejercer creciente presión sobre Irala, presentándole requerimiento tras requerimiento para obligarle a cejar.

Viéndose en tan serio trance, el capitán Vergara llamó a Diego Delgado, que le permanecía fiel lo mismo que sus compañeros Martínez y Ríos.

— Voy a darte una misión de confianza — le dijo. — Toma contigo dos hombres con quienes



puedas contar y vigila con ellos el camino del Perú, donde vuestra presencia no pueda ser notada. Tu y tus hombres deberéis interceptar todo correo que venga de la otra parte, ¿me entiendes?

— Sí, mi general.

— La misión es difícil, porque vamos a partir, y os quedaréis solos detrás de nosotros.

— No importa, mi general.

— Si un correo cae en tus manos, tomarás los pliegos que traiga y nos seguirás a toda prisa, hasta alcanzarnos, rumbo a la tierra de los caríos.

— Entendido, mi general.

— Pero, escucha con toda tu alma porque esto es capital. Si quieres servirme, como lo creo, en ningún caso y pase lo que pase, debes entregar esos pliegos a otra persona que a mí; y eso con el mayor sigilo. ¿Estás?

— Será usía puntualmente obedecido. Llevaré a Ríos y a Martínez, de quienes respondo como de mí mismo — contestó Delgado.

El capitán Vergara le estrechó la mano.

— ¡En vosotros fío! — exclamó.

Aquella misma tarde renunció al mando. No quería dirigir la retirada de la gente y no podía imponer su voluntad. Estaba, por el momento, rendido a discreción. Ya no se le vió en el real sino aislado y silencioso, reprimiendo en la soledad la cólera que lo devoraba y maldiciendo la veleidat de los soldados aventureros, prontos a desobedecer y sublevarse cuando la codicia los trastorna.

El viejo capitán Gonzalo de Mendoza fué nom-

brado general en su reemplazo. Y como los oficiales reales habían hecho correr la voz de que el capitán Vergara era depuesto porque no permitía que sus soldados se apoderaran de las riquezas de los corocotoquis, su caída fué recibida con júbilo y el advenimiento de Gonzalo de Mendoza saludado con entusiasmo.

— No deseo vuestra perdición, don Gonzalo, — díjole Irala, — y así os aconsejaré muy encarecidamente que no hagáis daño alguno a los corocotoquis. Mirad que si lo hacéis no encontraremos en el camino de regreso sino aldeas abandonadas, sin bastimento ni recurso alguno, porque la noticia de esa guerra cundirá como un reguero de pólvora y no habrá tribu que no se alce contra nosotros.

— Haré aquello a que las circunstancias me obliguen — respondió Gonzalo de Mendoza. — No puedo obrar contra la voluntad de los que, juntos, han podido más que vos mismo.

— No había, no hay necesidad — insistió Irala — de ir al Perú ni de regresar a la Asunción. ¿Por qué no vamos hacia el Norte, como yo pensaba hacerlo? La noticia de lo que adelante tenemos, en esa vía del Norte, es muy grande y muy pública entre los naturales de la comarea y los caríos de la sierra. Unos y otros nos hablan de inmensas riquezas en oro, de numerosas poblaciones rebosantes de vituallas. ¡Es el país de las Amazonas, es el Dorado! Lo tenemos al alcance de la mano. Quizás a pocas jornadas de aquí nos aguarda la tierra maravillosa, la realización de la noticia

que se platica y aprende en el Perú, en Santa Marta, en Cartagena, en Venezuela, en todas partes, pero cuyo camino verdadero, este camino en que estamos, no se había encontrado todavía.

— Quizá tengáis razón, murmuró Mendoza. Pero... será lo que Dios quiera.

Retirado a su tienda de campaña, el capitán Vergara, derrocado de su pedestal, escribió con mano nerviosa una carta dirigida a los señores del Supremo Consejo de Indias, carta que no envió sino largo tiempo después y en la que decía:

« Y puesto que los oficiales, en el servicio de V. A. no han tenido cuenta (de que estaban tan cerca del Dorado), fuera justo la tuvieran en el buen ejemplo para los particulares que se deben a los que en nombre de V. A. gobiernan y administran. Casos, escándalos son poco amor y poco temor. Podrá ser que los favores que pretenden sean causa de sus largas: Nuestro Señor lo provea y plega encaminar a V. A. en las cosas de nuestro gobierno como mejor Dios y V. A. se sirvan. Siempre he trabajado por sobrellevarlos por el mejor medio que he podido, y conociendo ir tan en derrota estas cosas, por asegurar otras mayores acordé de hecho dejar la administración y gobierno de esta tierra por mi voluntad, protestando el servicio de V. A., exhortando ir requiriendo lo que cerca de él convenía que ellos y todos hiciesen, y así, en diez de noviembre de 1548 he desistido del cargo, y los oficiales, por su sola autoridad, han nombrado a Gonzalo de Mendoza... »

El viejo capitán estaba en manos de los ofi-

ciales reales que le habían nombrado para reemplazar a Irala, y aunque su experiencia lo quisiera no hubiese podido obrar en desacuerdo con ellos, pues la gente, sedienta de saqueo, estaba toda de su lado, sabiendo que ellos querían lo mismo. Antón Cabrera el mozo, Felipe de Cáceres, Pedro Dorantes y Andrés Fernández, el Romo, arrastraban a aquellos hombres, descontentos del poco resultado obtenido en tan penosa expedición, pero no como el jefe que manda a sus soldados, sino como el cabecilla de grupos anarquizados que le imponen su voluntad. Gonzalo de Mendoza no había aceptado muy gustoso la comprometida herencia, y se hallaba en la misma situación. Para conservar una apariencia de autoridad, tenía que seguir las inspiraciones de los oficiales, como éstos seguían las de su gente. La disciplina guerrera había desaparecido cediendo su lugar a un renacimiento de la Comuna que dió en tierra con Alvar Núñez, pero más real y efectiva que en su primera forma, pues ya no se dejaba manejar por sus directores.

El único ideal de los soldados era el botín, botín de esclavos, de metales, de telas, de vituallas. Los auxiliares caríos demostraban la misma sed de rapiña. Había que contentarlos, porque de todas maneras se hubiesen hartado, aun contra la voluntad de sus jefes. Y Gonzalo de Mendoza mandó ponerse en marcha sobre los corocotoquis que habitaban a cincuenta y dos leguas de allí. Pensaban hacer amplia cosecha en el pueblo, pero al llegar lo hallaron desprovisto y desierto. Hombres,

mujeres y niños, avisados de sus intenciones, habían huído llevándose cuanto tenían, y los cristianos debieron alojarse en las chozas desnudas y desmanteladas. Como sin el auxilio de aquellos indígenas concedores del país e indudablemente en posesión de sus provisiones, les sería muy difícil sustentarse, Gonzalo de Mendoza les envió una embajada pidiendo que volviesen al pueblo y asegurando que no se les haría el menor daño. Los corocotoquis se limitaron a contestar que volverían muy gustosos al pueblo, apenas los españoles lo hubiesen desalojado. Contra la opinión de los más sensatos, que, con una matanza inútil, no querían cerrarse el camino del Río de la Plata, Gonzalo de Mendoza, obedeciendo mal de su grado a los oficiales reales, mandó atacar a los corocotoquis para castigarlos de su osada desobediencia. Y la habitual carnicería se repitió una vez más... Los indios no pudieron resistir al empuje de los españoles aunque hubieran tomado posición al abrigo de dos cerros y junto a espesos bosques que debían facilitarles la retirada. Centenares de hombres, mujeres y niños cayeron bajo las pelotas de los arcabuces y el filo de las espadas, y más de mil quedaron como esclavos en poder del vencedor...

Dos meses permanecieron los españoles en el pueblo, gozando de los despojos que habían cobrado en la batalla y luego emprendieron el camino a la Asunción, haciendo guerra a cuantos encontraban, matando y apresando aun a los que mejor les habían recibido, saqueando los pueblos, in-

cendiando las chozas y las cosechas que ellos no podían aprovechar, dejando en todas partes las huellas de un ciclón devastador.

El capitán Vergara observaba aquella demencia destructora, injustificada, peligrosa e inútil como toda demencia, y seguía mudo y cabizbajo la marcha del ejército que parecía correr a su perdición. Pasaba revista en su memoria a otras guerras, a otras matanzas que él había dirigido, algunas igualmente inútiles y crueles; pero se las explicaba por el ardor ciego de la inexperiencia, y no hallaba ninguna tan descabelladamente feroz como aquella marcha vandálica que sembraba tras ellos millones de enemigos. ¡Ah! si volviera al poder otra sería su conducta, sus pasados errores no se repetirían, su gente aprendería a obtener por la paz y la amistad lo que no obtendría nunca por el hierro y por el fuego. Era preciso no cegar las fuentes vivas del país, no segar las mieses en verde, sino aprovecharlas de modo que no se agotaran jamás, que siempre pudieran renovarse. Pero no debía soñar en el mando que no le volvería nunca, a menos de un milagro, pues aquella anarquizada muchedumbre estaba harto satisfecha de obrar a su albedrío, para ponerse otra vez bajo su mano de hierro. Y nada tenía que esperar, tampoco, del lado del Perú. Delgado y sus camaradas habían alcanzado al ejército cuando aun estaba en el pueblo de los corocotoquis, y habíanle entregado secretamente una carta en que Ñuflo de Chaves le decía las pésimas disposiciones en que, a su respecto, se hallaba el presidente La Gasca...

Pero el milagro que no esperaba el capitán Vergara se había producido ya.

Dejando tras ellos un reguero de ruinas, un camino sembrado de cadáveres, y arriando todo un pueblo de esclavos y esclavas, los castellanos y sus auxiliares caríos llegaron a San Fernando a principios de marzo de 1549.

Allí les aguardaban ansiosos el alcalde mayor Pero Díaz del Valle, y algunos hidalgos venidos de la Asunción con la grave noticia de las últimas convulsiones que habían costado la vida a don Francisco de Mendoza, y puesto la Provincia del Río de la Plata en manos de los leales, enemigos jurados de Irala, pero también de Cabrera, de Dorantes, de Cáceres, de Fernández el Romo, del mismo Gonzalo de Mendoza.

Imposible volver a la Asunción, en tales circunstancias, con un ejército anarquizado, cuanto que en él no faltaban partidarios, aunque tibios, del ex Adelantado, y cuanto que abundaban los adoradores del éxito, prontos a cambiar de opinión si en ello les iba el interés. La situación, por otra parte, no podía ser más difícil. El capitán Abrego y los suyos, dueños del poder, habían organizado el gobierno y la defensa, nombrando justicias y capitanes, apoderándose de los navíos dejados por Irala y haciendo cuanto les era posible para despoblar y desamparar el puerto de San Fernando, por si regresaban los del capitán Vergara...

Todos los ojos se volvieron hacia éste, como hacia el único que en tal coyuntura podía salvar el Ejér-

cito y castigar a los revoltosos triunfantes. Gonzalo de Mendoza, con todo su innegable valor, confesábase sin las cualidades necesarias para realizar tamaña empresa. Los mismos oficiales reales que le habían elevado para sacudir el yugo de Irala, comprendiendo la impotencia de Mendoza, temblaban por su propia suerte.

Estaban vencidos. El capitán Vergara se había hecho una vez más el hombre indispensable, el jefe ante quien debían inclinarse todos, el único caudillo capaz de empuñar con mano firme las riendas del gobierno. Humildes fueron a declarárselo. Habían aceptado su renuncia en el país de los chamacocos — le dijeron — obligados por las circunstancias; pero bajo el imperio de otras, todavía más graves, no querían ni podían salir de San Fernando sin que el grande Irala asumiese de nuevo las funciones de gobernador y capitán general del Río de la Plata.

Lejos de demostrar regocijo por tan señalado triunfo sobre sus adversarios y competidores, el capitán Vergara opuso resistencia y se negó a aceptar el mando de manos de los oficiales. No quería estar, directa ni indirectamente, bajo su dependencia, y no volvería a ejercer el mando sino por la voluntad y el deseo libremente manifestados de los conquistadores sin excepción, para no verse otra vez a merced del capricho de las facciones.

Los oficiales tuvieron que convocar al pueblo-soldado, y el 13 de marzo de 1549, actuando como escribano el capitán Juan de Camargo, Irala fué electo por unanimidad... Los leales más recalci-



trantes diéronle su voto, porque el instinto de la conservación puede más que la pasión política.

Practicada la elección con este resultado, Cáceres, Dorantes y Fernández el Romo fueron a pedir su beneplácito al capitán Vergara, quien habíales dado a entender su deseo de que así lo hicieran, en su carácter de oficiales. El factor Pedro Dorantes lo requirió entonces en esta forma :

— En nombre de S. M. os pedimos y requerimos, una, dos y tres veces, y más, cuantas en este caso convienen, que desde luego, sin excusa ni dilación alguna aceptéis y recibáis en vos el oficio y cargo de teniente de gobernador y capitán general en esta Provincia y conquista del Río de la Plata, para lo usar y ejercer en todos los casos y cosas al dicho oficio y cargo anexos y concernientes, en nombre de S. M., hasta que provea y mande lo que fuese servido.

A lo que contestó Irala :

— Visto que los conquistadores me han elegido y nombrado, y que los señores oficiales de S. M., en su real nombre, me piden y requieren lo acepte y reciba, yo, por servir a Dios Nuestro Señor y a S. M., y por la conservación, paz y concordia de los conquistadores, tengo por bien de aceptar el oficio y cargo de teniente gobernador y capitán general de esta Provincia y conquista, para lo usar y ejercer en nombre de S. M.

El capitán Vergara era el señor de la tierra. Cuando hay talento, carácter, destreza y buena fortuna, — esto último sobre todo — tiene razón el proverbio: Porfía mata venado.

LIBRO OCTAVO



FULGORES DE OCASO

**PERIPECIAS**

Si había un hombre satisfecho en la Asunción éste era, a no dudarlo, el escribano Pero Hernández. Su enemigo el capitán Vergara, no volvería al poder, Abreu prometíale una posición eminente en la Provincia apenas consolidara su Gobierno, y el escribano veía el porvenir de color de rosa. El padre Fonseca, siempre reservado, siempre solitario, visitaba a menudo al triunfante Abreu, y en la Asunción decíase que era su verdadero ministro, el consejero de todos sus actos. Encontrábanse frecuentemente, pero sus relaciones no eran cordiales, aunque ambos guardaran las formas: el sacerdote parecía despreciar al escribano, quien apenas disimulaba su envidia por el favor que el capitán Abrego demostraba al sacerdote.

La Asunción no estaba tranquila. Pesaba sobre ella una atmósfera de incertidumbre y descontento. Los leales contribuían a empeorarla vejando de todas maneras a los iralistas, y haciéndoles pagar su antigua impotencia, cuando se veían reducidos a hacer la más obscura e ineficaz de las oposiciones.

A la primer oportunidad era evidente que muchos de los dominados se alzarían para tratar de que los platillos de la balanza se inclinaran otra vez de su lado.

Abreu quiso consolidar su situación, haciendo que el Gobierno de la península le confirmara en el mando, y a ese efecto hizo aparejar una carabela, en la que irían a España, como delegados suyos, algunos de los hombres en quienes tenía mayor confianza, especialmente el capitán Francisco Ortiz de Vergara, que tanto le había servido junto con su hermano Ruy Díaz Melgarejo, el sobrino de Alvar Núñez Alonso Riquelme de Guzmán, y otros hidalgos mezclados en la conspiración. El objeto de la Embajada era hacer aprobar por el Consejo de Indias la elección que le había dado el Poder y presentarle un capítulo de cargos contra don Francisco de Mendoza, para justificar su ejecución, presentándolo como traidor a los intereses de la Corona.

Partieron los comisionados en la carabela que navegaba de conserva con un bergantín de Hernando de Ribera.

Pero la buena estrella del capitán Abreu comenzó a nublarse. Ya en el canal de Maldonado, la carabela fué a dar contra los restos de un barco inglés, poco antes naufragado allí, se abrió y zozobró en pocos minutos. Ortiz de Vergara, Riquelme de Guzmán y toda la tripulación tuvieron la fortuna de salvarse en embarcaciones y balsas; Hernando de Ribera los recogió en su bergantín y volvió con ellos a la Asunción, donde los leales no de-

jaron de atribuir el naufragio a una mano criminal, guiada por los comuneros vergaristas.

No bien habían vuelto los miembros de la fracasada misión cuando comenzaron a correr alarmantes rumores. Uno tras otro llegaron varios indios que venían de río arriba con la noticia de que el capitán Vergara no había muerto, sino que estaba en San Fernando preparándose para volver a la Asunción a la cabeza de toda su gente y recuperar el Gobierno. Abreu no quiso creerlo en un principio, pero la repetición de tales rumores, traídos por diversos mensajeros, le aconsejó tomar medidas de defensa y armar a sus parciales para salir al encuentro de su enemigo, apenas se acercara.

Esto iba a ocurrir muy pronto. El capitán Vergara, en quien la edad estaba lejos de haber apagado los bríos, no perdía un minuto, y apenas re- puesto en el mando se dirigió a marchas forzadas a la Asunción, conduciendo a sus hombres, parte por tierra, parte en canoas que logró procurarse en San Fernando y sus inmediaciones.

Abreu, entretanto, fortificaba la ciudad con actividad febril, pero luchando cada día con mayores dificultades, pues a medida que Irala se aproximaba, los habitantes, unos por descontento, otros por precaución, los demás por temor, corrían a reunirse con las fuerzas del general o a esperar su paso internados en los bosques.

Estaba ya el capitán Vergara a pocas leguas cuando una tarde llegó a su real el grupo más inesperado que imaginarse pudiera. Era una mujer

enlutada y cuatro adolescentes, vestidos también de luto.

— ¡Ilustre señor! — exclamó la dama apenas estuvo en presencia del general. — Soy doña María de Angulo, esposa del desventurado don Francisco de Mendoza, y estas tiernas criaturas son nuestros hijos, tristes huérfanos que vienen, como yo, a ponerse bajo vuestro amparo. Ellos no os piden más que protección, porque su heroico padre, al morir, les mandó que perdonaran, como perdonaba él mismo, a sus verdugos, y que dejaran su castigo en manos de Dios. Pero yo, su desconsolada viuda, no he recibido el mandato, y vengo a pedir os cumplida venganza. Don Francisco era vuestro amigo más leal, en vuestro servicio halló muerte cruel, a vos os toca vengarle, vengaros y vengarme!

— A eso acudo, señora — contestó el capitán Vergara. — La sangre de don Francisco de Mendoza caerá sobre la cabeza de quienes tan inicua-mente la han derramado.

— Lo esperaba, ilustre señor. Estaba y estoy convencida de que con ese propósito os acercáis a la Asunción y por eso vengo, también, a pedir que me permitáis seguiros y entrar con vos en la ciudad. Puedo hacer a usía algunas útiles indicaciones, porque una mujer sedienta de venganza ve muy claro y muy lejos.

Hizo, en efecto, un cuadro tal de la situación de la plaza, el estado de los trabajos de defensa y la agitación e incertidumbre de los espíritus, que Irala resolvió entrar aquella misma noche en la Asunción con una pequeña tropa de hombres escogidos, mien-

tras el grueso de las fuerzas avanzaba, para hallarse de madrugada a las puertas de la ciudad.

Realizóse la entrada por varios puntos mal defendidos, en el mayor silencio, cuando Abreu estaba muy lejos de esperarla, y de repente, en medio de la ciudad, resonó un redoble de tambor y turbó la calma de la noche un bando en que el general Irala prohibía, so pena de la vida, salir de las casas antes de que hubiera amanecido, bando que se repitió simultáneamente en diversos sitios, después de ocupados los puntos estratégicos en las calles principales.

El capitán Vergara era, de nuevo, dueño de la Asunción.

Abreu, sorprendido, viéndose impotente, huyó con Francisco Ortiz de Vergara, Ruy Díaz Melgarejo, Alonso Riquelme de Guzmán, Cristóbal Bravo, Francisco Renjifo y otros amigos fieles, corriendo a refugiarse en los bosques. Bien les fué con su prisa, pues la ciudad no tardó en ser completamente cercada y nadie pudiera salir ni entrar en ella sin pasar por entre las filas iralistas. Sin embargo, fueron perseguidos por una de las partidas que Irala destacó en todas direcciones al saber su fuga.

Pero antes de huir Abreu había tenido tiempo de intentar, para no perderlo todo, una maniobra que no carecía de habilidad pero que no podía enredar a hombre tan ducho como el capitán Vergara. Y, cumpliendo las instrucciones del gobernador intruso y fugitivo, apenas amaneció el día de la entrada, el escribano Pero Hernández presentóse en

representación del capitán Diego de Abreu al general Irala y a los oficiales reales, pidiéndoles en nombre de S. M. favor y ayuda para mantener la tierra en paz. Si todos se ponían de acuerdo, decía el audaz usurpador, el sosiego de la Provincia no sería turbado, de lo que resultarían grandes bienes para los conquistadores y para el servicio del rey, que habían sido y eran las únicas preocupaciones de Abreu.

— Andad en hora mala, seor escribano, — le dijo Irala. — Y plega a Dios que no vuelva a encontraros en mi camino, como os estoy encontrando desde ha mucho, pues no me toparéis siempre de condición tan mansa, y vuestras arteras y ratoniles intrigas podrán costaros el pellejo!

Pero Hernández, que no había aceptado sin zozobra la escabrosa misión, desapareció como por ensalmo y ya no se le volvió a ver en mucho tiempo.

— ¿Por qué dejáis libre a tan ruin sabandija? — había preguntado Juan de Ortega. — ¿Acaso porque lo consideraréis parlamentario de Abreu?

— No, pardiez, — contestó el capitán Vergara.

— ¿Entonces?

— Le dejo, porque al saber que no he castigado ni siquiera a ese truhán, nadie se atreverá a apellidarme tirano.

— Su lengua de víbora seguirá calumniándoos, y su pluma os llenará de baba y de veneno.

— ¡Eh! ¡No se llama uno impunemente el capitán Vergara!...

Cupo a Delgado y Martínez, con un grupo de soldados, la suerte de sorprender, tomar y condu-



cir aherrojado a la Asunción, tres o cuatro días después, al revoltoso capitán Abrego. Pero aun tenía amigos y servidores que le facilitaron su evasión de la cárcel en que se le puso, cargado de cadenas, y no faltó quien dijera que el mismo capitán Vergara había permitido secretamente su fuga... En efecto, pese a la promesa hecha a la vengativa doña María de Angulo, el capitán Vergara quería aplacar los odios que dividían a los conquistadores, y es probable que mandara hacer la vista gorda sobre el preso, para que éste pudiese aprovechar de la poca seguridad de la mal llamada cárcel.

Pero Abreu, una vez libre, no se llamó a sosiego, sino que quiso acaudillar todavía a sus parciales para mantenerlos unidos hasta que se le presentase ocasión de mover nueva guerra. Reclutó algunos amigos, anduvo vagando por los pueblos indios de Ibitiruzú y por las sierras del Acay, donde acabó por fortificarse con los descontentos que fueron agregándose a su partida.

Allí hacía vida de anacoreta y de bandido, en la mayor escasez, alimentándose él y los suyos con lo poco que los indios les daban bucnamente y con lo que les quitaban por arte o por fuerza. Cansado de tanta miseria, y aunque con muy remotas esperanzas, resolvió pedir de nuevo el apoyo de los señores del Consejo de Indias. Preparó al efecto una embajada que fuese por tierra hasta la costa del Brasil, pero Irala, que lo supo, mandó contra él fuerzas que consiguieron tomarlo prisionero y encarcelarlo otra vez.

Y nuevamente el capitán Vergara permitió que se escapase y nuevamente Abreu se perdió en los bosques, y siguió merodeando por todas partes, sin permanecer nunca mucho tiempo en un sitio. Apenas se señalaba su presencia en un punto dado, ya Abreu había plantado sus reales en otro muy lejano.

— Por mucho que haga — decía Irala — nunca podrá conmigo. No quiere confesarse que si aún vive y anda suelto, es sólo por mi voluntad.

Pero allá, en el fondo, no dejaba de molestarle la pertinacia del rebelde, cuyas proezas se contaban por lo bajo en la Asunción, dando al « capitán Abrego », fuerte y veloz como el viento su homónimo, las proporciones de un héroe de leyenda...

Otro suceso vino a desviar la atención pública, y éste fué la llegada de Ñuflo de Chaves, que por fin volvía de su embajada al Perú, junto con Pedro de Oñate, que le acompañó en toda la jornada, Miguel de Urrutia y Ruy García, que se le habían incorporado una vez repuestos de sus dolencias, y numerosos conquistadores « del otro lado », entre ellos Francisco Conteu, don Pedro Soloto, Antón Martín de Trujillo, y el capitán Pedro de Segura, hidalgo guipuzcoano, que desde muchos años estaba en Indias, después de haber hecho las guerras de Italia. Los expedicionarios habían tenido que combatir en el camino, casi a cada paso, pues los naturales odiaban de muerte a los españoles desde las inútiles matanzas del regreso cuando la última entrada.

Ñuflo de Chaves traía consigo el primer rebaño de ovejas y cabras que llegara al Río de la Plata. Este acontecimiento despertó cierto interés en los españoles y mucha sorpresa en los indios, que no conocían esos animales, pero ni unos ni otros comprendieron su futura importancia. Las ovejas y las cabras eran tan escasas que apenas bastaran para una comilona, y aquella gente no pensaba poco ni mucho en el porvenir. Lo que constituía una base de fortuna, inmensa quizá, para el introduccionista del rebaño, no era para los otros sino un motivo de curiosidad.

— Ahora tendremos lana.

— Ya teníamos la de las ovejas de la tierra.

— Y leche.

— Si hay quien ordeñe.

— Y queso.

— Si hay quien lo haga. Lo que tenemos, en verdad, es unas cuantas docenas de chuletas, que se despacharán bien pronto.

La leyenda se apoderó en seguida del arribo de tan útiles animales, pero la imaginación poco inventiva de los conquistadores limitóse a renovar con ligeras variantes la de los gansos del Capitolio, y Ruy Díaz de Guzmán la cuenta así:

«Metieron de esta jornada en aquella provincia algunas cabras y ovejas; y haviendo tenido en el camino con los Indios muchos encuentros y escaramusas, Rompieron por muchos Pueblos. Y llegando a cierto paraje, una noche fueron cercados de más de treinta mil Indios; y estando para a cometer al Real y darle a salto nolo osaron hazer

por q. entendieron ser sentidos por hauer oydo toda aquellanoche los validos delos Cabrones con las Cabras, que entendieron q. eran los españoles que estaban puestos en Arma por los auer sentido: por cuya Caussa Se retiraron ».

— Los infieles creerían que hablaba Antón Martínez — comentó Delgado, aludiendo a la bronca voz del castellano.

Estas consejas y otras análogas eran muy comunes en aquellos tiempos y estas tierras, y al oír la hazaña de las cabras se contaba la más sorprendente aun de un grillo traído en la nao capitana de Alvar Núñez.

— Como escaseara el agua en la nao — decía Pedro de Esquivel, compañero del Adelantado — el gobernador, vista la necesidad tan grande, mandó que tomase tierra y fueron tres días en demanda de ella. Y al cuarto día, una hora antes que amaneciese, acaeció una cosa admirable, y es que, yendo con los navíos a dar en unas peñas muy altas, sin que lo viese ni sintiese nadie, comenzó a cantar un grillo que un soldado enfermo había embarcado en Cádiz para escuchar su canto. Hacía dos meses y medio que se navegaba y nadie lo había oído ni visto, con grande enojo de su dueño, pero como aquella mañana sintió la tierra, comenzó a cantar y a su música despertó toda la gente de la nao, vió las peñas que estaban a un tiro de ballesta y comenzó a dar voces para que se echasen anclas. Si el grillo no cantara, cierto que se ahorgaran cuatrocientos hombres y treinta caballos. Entre todos se tuvo por milagro que Dios hizo, y de

ahí en adelante, navegando cien leguas cerca de la costa, el grillo dió su música todas las noches...

Pero, volviendo a los viajeros del Perú, Ñuflo de Chaves dió a Irala puntual noticia de su embajada, y le informó de las intenciones del presidente La Gasca de nombrar otro gobernador, de lo que el general tuvo gran pesadumbre y enojo. Pronto se tranquilizó, sin embargo, recordando la desorganización y la anarquía de la gente que había acabado por deponerlo cuando su llegada al Perú. El presidente había tenido razón al tratar de poner remedio a las cosas, remedio que luego encontraron inopinadamente con la rebelión y la consiguiente caída de Abreu.

Pero pasada la novedad de la llegada de su expedición, comenzaron de nuevo los bandos y las discusiones. Ñuflo de Chaves, ligado por estrecha amistad con doña María de Angulo, que le había prometido la mano de su hija doña Elvira Manrique para cuando ésta cumpliera sus quince años — iba entonces en los trece y era ya singularmente hermosa, — Ñuflo de Chaves, pues, pedía sangrienta venganza del asesinato de don Francisco de Mendoza, y criticaba acerbamente la blandura con que Diego de Abreu era perseguido. Otros, alentados por el ejemplo del rebelde y sus secuaces, que devastaban el país como bandoleros, lanzábanse también a merodear y volvían, como en los tiempos más turbios, a robar indias solteras y casadas, talar las cosechas, quitar a los indios cuanto poseían e incendiar las chozas de los recalcitrantes. Miguel de Urrutia, cegado por la ambición y cre-

yendo al capitán Vergara sin apoyo por lo que había sabido en el Perú respecto de la actitud de La Gasca, mostrábase descontento, favorable a los sublevados, y conseguía reunir en torno suyo algunos parciales, tan ambiciosos y turbulentos como él. La anarquía amenazaba renacer con mayores proporciones que nunca, y el desbarajuste era espantoso.

El capitán Vergara no vaciló. Para poner coto a los desmanes de los españoles amenazó con severas penas a cuantos continuasen merodeando, e hizo meter a algunos en la cárcel cargados de cadenas, para ejemplo. Pero lejos de obtener lo que deseaba, no hizo sino aumentar el general descontento, y los españoles gritaron tanto contra lo que consideraban un abuso incalificable de autoridad, que el procurador general de los conquistadores de la Provincia quiso, por fin, tomar cartas en el asunto. Era éste aquel capitán Juan de Camargo, que hizo de escribano en la elección de San Fernando. Por consejo de Urrutia, a quien seguía ciegamente, se preparaba a requerir al gobernador para que no continuase la persecución de los merodeadores, cuando Irala, que lo supo, le hizo advertir privadamente que si lo hacía le mandaría ahorcar, aunque fuera tan su amigo, pues estaba resuelto a mantener la paz a toda costa. Camargo se abstuvo, y ya más tranquilo, el capitán Vergara salió a recorrer los alrededores de la Asunción, en un viaje que había de durar varios días.

Urrutia, aprovechando su ausencia, insistió con Camargo para que no abandonase su proyecto de requerir a Irala, pues estaba obligado a ello, bajo

juramento, como procurador de los conquistadores. Camargo, temeroso, se negó.

—Pues yo mismo le requeriré — exclamó Urrutia — y tendrá que someterse o renunciar, que viene a ser lo mismo.

Tratando, luego, de allegar partidarios que le ayudaran en su acción contra Irala, hizo públicas sus intenciones, con lo que levantó los ánimos, ya de suyo agitados, de cuantos querían seguir espoliando y tiranizando el país. En cambio, los partidarios del gobernador se aprestaron a la defensa. El grupo de Delgado y Schmidel no fué de los menos ardorosos, y Delgado mismo salió a caballo y sigilosamente de la Asunción para correr en busca del capitán Vergara y darle cuenta de lo que ocurría. El gobernador volvió a la ciudad sin perder un minuto y comenzó a tomar disposiciones, sin darse por advertido de la intención de sus adversarios.

El capitán Camargo, no creyéndose comprometido y fiando en la amistad que Irala le había manifestado siempre, fué a visitarle en cuanto supo su llegada. En vez de recibirle Irala lo mandó prender. Miguel de Urrutia, confiado en su prestigio, corrió a abogar por Camargo y a exigir con altivez que se le pusiera en libertad.

— No dudo que Camargo sea menos culpable que vos, — le dijo el capitán Vergara con mucha calma, — pero eso no empece que ambos merezcáis la horca.

Urrutia fué encarcelado a su vez, los principa-

les revoltosos detenidos también, y aquella noche reinó grande agitación en la ciudad.

Irala, resuelto a sofocar a toda costa la renaciente anarquía, mandó dar garrote a Urrutia y Camargo, que aquella misma noche fueron ejecutados en la cárcel.

Dióse libertad a los demás con esta admonición:

— El capitán general os perdona porque quiere la paz, pero al mismo tiempo os advierte que quien puede tronchar una cabeza puede, a mayor abundamiento, cortar un miembro insignificante.

La tranquilidad volvió a reinar. Sólo allá a lo lejos mantenía la eterna agitación, con su grupo de secuaces, el indómito capitán Diego de Abreu...



**CHIMIDEZ SE MARCHA**

El capitán Abrego y los suyos, perseguidos por la gente de Vergara, sostuvieron años enteros una lucha de guerrillas, precursora de las legendarias montoneras, y que costó algunas vidas, pero mayor desasosiego. Las escaramuzas eran innumerables. En una de ellas cayeron prisioneros Francisco Renjifo, enemigo acérrimo de Irala desde el famoso juramento de Corpus Christi, y Cristóbal Bravo, un « leal » que había recibido cien azotes por su intento de libertad a Alvar Núñez. El capitán Vergara, considerándolos muy apropiados para « hacer un ejemplo », los mandó ahorcar...

Para ser consecuente hubiera debido, también, hacer ahorcar al capitán Ruy Díaz Melgarejo — mano derecha de Abreu — que poco después cayó en sus manos. Pero éstas eran ya palabras mayores. El osado y violento Melgarejo tenía parientes y amigos, no era hombre vulgar como Renjifo o Bravo, y el capitán Vergara, a fuer de hábil político, halló medio de salvarlo sin comprometer su autoridad ni su justicia, encargando a Ñuflo de

Chaves que le hiciese escapar misteriosamente. Melgarejo desapareció cierta noche de la cárcel, cuyas puertas le había abierto un negro esclavo de Ñuflo, según se dijo en la ciudad...

Irala, entretanto, mantenía en continuo jaque al capitán Abrego, y le infligía repetidas derrotas, pero sin reducirlo nunca. El número de los merodeadores disminuía, a pesar de algún nuevo recluta tentado por la vida aventurera, y su campo de acción, continuamente esquilado, les proporcionaba recursos cada día más escasos e insuficientes: de los indios, reducidos a la miseria, ya nada podían sacar con ruegos ni con promesas, ni con el hierro y el fuego. Sin embargo, la guerra amenazaba eternizarse cuando el capitán Vergara halló el más inesperado de los medios para acabarla pacíficamente.

Cierto día en son de misión apostólica para evangelizar a los naturales, sin más escolta que dos criados indios, aparecieron, joviales y bonachones, en el trashumante campamento del capitán Abrego los famosos fray Bernardo de Armenta y fray Alonso Lebrón. No agradó mucho su presencia a Abreu, que, no sin razón, veía espías en todas partes; pero los recibió sin manifestarles su disgusto y sus recelos. Hallábanse con él Francisco Ortiz de Vergara, Alonso Riquelme de Guzmán, Pedro de Segura, y algunos otros capitanes e hidalgos que formaban el estado mayor rebelde, y que, necesariamente cansados de aquella existencia a salto de mata, quizá desearan en secreto abandonarla, sin hallar manera de hacerlo dejando a salvo el decoro.

Los buenos franciscos diéronles noticias de la ciudad, charlando por los codos de asuntos sin importancia, y machacando sobre las miserias y penurias que los rebeldes sufrían en esa vida salvaje mientras pudieran hallarse tan ricamente en la Asunción. Y cuando lo repetían por centésima vez, saltó Riquelme de Guzmán, y dijo:

— Eso sería no contando con la huéspedada. ¿Dónde me dejáis, padrecitos, al capitán Vergara?

— ¡No es tan fiero el león como lo pintan! — replicó fray Bernardo de Armenta. — El capitán Vergara desea con toda el alma que esto acabe; para ello sería capaz de cualquier sacrificio y... y no digo más, que no tengo licencia para ello.

El capitán Abrego se encogió de hombros y se apartó, displicente, pero los otros pararon la oreja, pensando que los frailes no hablaban a humo de pajas, ni habían llegado hasta allí por casualidad, sino seguramente con una embajada secreta del gobernador. Y, cada cual por su lado trató de hablar aparte con uno de los franciscos y sacar en limpio lo que traían. No les costó mucho, pues eso buscaban los negociadores.

Tratábase, en efecto, de una negociación. El capitán Vergara brindaba a los jefes rebeldes amnistía completa, bajo la única condición de que, solemnemente, le prometieran fidelidad y ayuda. Para seguridad de ambas partes daba y exigía prenda. ¿Qué clase de prenda? Los frailes ensalzaban al par del ingenio la grandeza de alma del capitán Vergara en imaginar y proponer cuál fuera. Tenía muchas hijas, que llevaban su nombre, doncellas

honestas y hacendosas, por todos conocidas y apreciadas. De sangre hidalga por su padre, de cristiana educación y agraciadas, si no bellas, eran el mejor partido que en las Indias pudiera desear un caballero español. ¡Había más que casarse cada uno de los capitanes con una de ellas, entrando así en la familia del capitán Vergara y confundiendo en uno solo todos los hasta entonces encontrados intereses? Ya el capitán Gonzalo de Mendoza, conquistador de los más preclaros, venido con don Pedro al Río de la Plata, iba a dar su mano a Isabel de Irala, sellando inquebrantable alianza; pero aun quedaban solteras y libres las hermanas de ésta, Marina, Ursula, Gimberta, Ana, María...

Los capitanes rebeldes, se mostraron muy dispuestos a aceptar el pacto de familia, si éste les era formalmente propuesto, y los frailes, rebosando satisfacción y orgullo, les revelaron que llevaban plenos poderes del capitán Vergara y que, en caso de aceptar los interesados, tenían la palabra de éste, más segura que cualquier documento.

— ¡Dejadme solo, si queréis! — exclamó al saberlo el capitán Abrego, viendo ceder a sus amigos. — ¡Yo me basto y me sobro para luchar hasta la muerte!

En esta actitud no influía únicamente la soberbia del faccioso, sino también la conciencia de que tenía en Ñuflo de Chaves un enemigo mortal, de quien le era menester cuidarse, pues no descansaría hasta cumplir su juramento de vengar la sangre del triste don Francisco de Mendoza. Volver a la Asunción sin autoridad con qué contrarrestar la

del favorito del capitán Vergara, sería — pese a cualquier alianza de familia — correr a un fin seguro y sin gloria.

Y sus compañeros le abandonaron. Abreu quedó casi solo, apenas con un puñado de hombres que preferían esa suerte de bandolerismo a la vida normal en la ciudad. El temible rebelde aun abrigaba esperanzas en un vuelco de la fortuna. Cualquier traspié de Irala, que disgustase a los españoles, podría, de un momento a otro, devolverle la importancia perdida de soldado y de jefe...

Grandes fiestas y regocijos hubo en la Asunción celebrando las bodas de Gonzalo de Mendoza con Isabel de Irala, de Francisco Ortiz de Vergara con Marina, de Alonso Riquelme de Guzmán con Ursula y de Pedro Segura con Gimberta. Era todo un acontecimiento. Hubo misa, sermón, salvas de artillería, disparos de arcabuces — con gran consumo de pólvora, — comilonas, baile y cuanto imaginar se puede en pueblo de tan escasos elementos. Y el capitán Vergara, sonreía apenas. Ya no le restaba más antagonista que el abandonado y menesteroso capitán Abrego, ya no tenía otro enemigo, pues el mismo bullicioso Ruy Díaz Melgarejo quedaba reducido — y al propio tiempo amparado — como hermano de su yerno y amigo Francisco Ortiz de Vergara. Y su estirpe se propagaría por los siglos de los siglos en el Río de la Plata, innumerable, grande y poderosa...

Acto continuo reanudó su infatigable actividad, preparando una nueva entrada en busca de la tentadora tierra de los metales, del falaz Dorado, y

en ello estaba cuando el 15 de agosto de 1551, día de Nuestra Señora, llegó por tierra a la Asunción un grupo de españoles que había seguido, desde Santa Catalina, el viejo camino de Alvar Núñez. Eran cinco y los capitaneaba el sevillano Cristóbal de Sayavedra, hijo del Correo Mayor de S. M. don Hernando de Trejo. Los viajeros llevaban consigo un nuevo e inesperado desencanto para el capitán Vergara, que tales había sufrido ya...

Salió al encuentro de los españoles, apenas avisado de su presencia, y en cuanto supo que él era el gobernador provisional, Cristóbal de Sayavedra le dijo:

— Vengo, señor, encargado de dar a Usía noticia oficial de cómo S. M. el rey, que Dios guarde, y los muy poderosos señores del Consejo de Indias, han nombrado a don Diego de Sanabria por gobernador del Río de la Plata.

Mucho costó a Irala reprimir un movimiento de sorpresa colérica, un ímpetu de rebelión. Pero merced a su gran dominio de sí mismo pudo replicar con acento firme y al parecer sereno:

— Huélgome, aunque no la esperaba, de la provisión de S. M. y Sus Altezas, recaída, sin duda, en un hombre de gran mérito.

Y, con amarga ironía, agregó:

— Ahora podré servirles con más descanso y mayor eficacia.

Luego que hubo agasajado a sus huéspedes tomó aparte a Cristóbal de Sayavedra y se hizo contar menudamente las circunstancias del inopinado nombramiento, que venía a echar por tierra cuanto

creía haber edificado en firme gracias a su arrojo, su habilidad y su tesón.

Supo así que Diego de Sanabria recibía el poder de segunda mano, pues el Gobierno del Río de la Plata había sido concedido — por dos vidas — a su padre, don Juan de Sanabria, fallecido en Sevilla después de gastarse la hacienda en los preparativos de la expedición y el equipo de una nao y dos carabelas. Muerto don Juan y en virtud de la capitulación, el Gobierno había pasado legalmente a manos de su hijo don Diego.

— El mismo que ahora tendremos en camino a la Asunción — inquirió el capitán Vergara.

— No tan en camino — contestó Sayavedra. — Don Diego, viéndose obligado a ultimar algunos negocios en la Corte y considerando que esta diligencia le tomaría harto tiempo, nos ordenó que zarpáramos sin él de San Lúcar de Barrameda, prometiendo seguirnos con cuanta diligencia quepa. Nos pusimos en camino trayendo con nosotros a la señora madre de don Diego, doña Mencía Calderón, y a sus señoras hermanas, doña María y doña Mencía Sanabria.

— ¡Que me place! — dijo Irala, naturalmente sin gran entusiasmo. — ¿Y qué otras personas de viso han venido en vuestra Armada, pues seguramente no faltarán?

— Os diré en primer lugar, señor, guardándoos para el fin una sorpresa, no sé si agradable o ingrata, que con nosotros han llegado, principalmente, el capitán Hernando de Trejo, don Hernando de Salgar y el capitán Becerra, quien, en una nave

suya, viene con su señora esposa, su hija doña Elvira y sus hijos menores...

— ¿Y esa sorpresa? — preguntó el capitán Vergara viendo que Sayavedra se quedaba suspenso.

— Pues... por cabo de la gente viene también en la Armada un antiguo conquistador de estas tierras que ha debido ser muy amigo vuestro, aunque esa amistad acabara o se cortara algo más que desabridamente. Mucho me ha hablado de vos, con alabanza, durante la travesía...

— Me tenéis en ascuas. ¿Quién es él?

— El capitán don Juan de Salazar de Espinosa.

— ¡Don Juan de Salazar! Le daba por muerto. ¿Qué ha sido de él desde que... se marchó de aquí?

— Desde que se marchó?... Sí, por fuerza, con don Alvar Núñez... ¿verdad? Pues se mantuvo largo tiempo refugiado en Portugal hasta que volvió a picarle la comezón de las conquistas y aventuras... ¡Ya se ve! No está hecho a la vida forzosamente quieta que allí llevaba, y echó muy de menos esta tierra de Indias, que parece hechizar a los hombres de su temple... y el vuestro, don Domingo. Lo cierto es que comenzó a moverse, a buscar padrinos y valedores, logró interesar al duque Juan de Braganza, bien quisto en nuestra Corte; obtuvo por su intermedio el beneplácito real para venir al Río de la Plata... y aquí tenéis a vuestro, no sé si decir amigo o enemigo.

— Amigo — replicó Irala — y a quien recibiré con los brazos abiertos... ¡Lo pasado pisado... y a empezar de nuevo!... Pero aun no me ha-



béis dicho si os siguen, y a cuántas jornadas, las señoras Sanabria, Calderón y Becerra.

Las mujeres no habían osado hacer por tierra el rudo y peligroso viaje: de las costas del Brasil pasarían en las naves al Río de la Plata y era preciso que el capitán Vergara dispusiese cómo hacerlas proteger y guiar desde la desamparada Buenos Aires hasta la Asunción.

— El capitán Ñuflo de Chaves y Juan Romero, diestro marino y viejo conquistador, lo harán a maravilla. Daréles órdenes e instrucciones para que sin pérdida de tiempo se aparejen algunos bergantines — dijo Irala, que agregó con risa demasiado sonora para no ser forzada: — No diréis que no ayudo con todas mis fuerzas a la consumación de mi ruina.

— Comprendo vuestra querella — repuso don Cristóbal. — Pero tiempo tras tiempo viene, la vida es toda mudanzas y, como dijo el otro, fortuna y aceituna, a veces mucha y a veces ninguna.

Afligiase el capitán Irala no sólo por la pérdida del Gobierno, sino también, y quizá en grado poco menor, por el forzoso aplazamiento de su entrada al país de los metales: no quería, como intentó hacerlo cuando Alvar Núñez, lanzarse a ella, llevándose la gente, sin aguardar a don Diego para resignar en sus manos el Gobierno... Y, pasaba mental revista a todos los altibajos y todas las desventuras de su vida asendereada, que iba a acabar con un naufragio en pleno puerto; sus encumbramientos y sus caídas sucesivos, rematados por aquél golpe final, a las puertas de la

vejez, cuando pensaba recoger el fruto de tanto esfuerzo y tanto sacrificio. Y ya se veía anciano, débil, obscuro, vegetando pobremente en aquella ciudad que había fomentado y cuidado como el asiento de su poderío.

— ¡Vive Dios! — exclamó con voz de trueno, interrumpiendo su pesadilla, y volviendo a ponerse su máscara impasible.

Tuvo una tregua a sus silenciosas desazones, uno de esos ¡quién sabe! que reaniman las esperanzas en las expectativas más crueles. Ñuflo y Romero, que habían partido con los bergantines, regresaron sin las señoras ni sus acompañantes. Habían aguardado cierto tiempo en la isla de San Gabriel a la Armada que no llegaba, y de la que los indios venidos del Brasil no daban la menor noticia. Resolvieron, pues, volverse, dejando en la isla unos pañoles con buena provisión de grano y carne conservada, y — según el modo marineresco — el aviso del depósito y de la derrota que, aguas arriba, debían seguir los de la Armada, si es que llegaban hasta allí.

La espera se prolongó cerca de un año y ya el capitán Vergara se creía firme de nuevo en el Poder, cuando, el 24 de julio de 1552, llegó por tierra a la Asunción el granadino Hernando de Salazar con otros treinta hombres de la Armada de los Sanabria.

Las noticias que traía eran desastrosas para la expedición pero halagüeñas para Irala: los Sanabria no llegarían muy pronto al Río de la Plata, porque habían perdido dos naos y porque las se-

ñoras no podían afrontar las asperezas del camino por tierra. Además, la confusión reinaba entre los nuevos conquistadores: el piloto mayor había tenido graves desavenencias con Salazar de Espinosa y éste fué depuesto, reemplazándole, como cabo de la gente y en mal hora, el capitán Hernando de Trejo. Recrudecieron con esto las disensiones. Muchos desertaron para internarse en el Brasil o dirigirse al Río de la Plata. El capitán Trejo, no hallando remedio mejor a tamaño desbarajuste, resolvió permanecer donde estaba y fundar un pueblo que llamó de San Francisco... Y allí quedaba la triste aldehucla, sin medrar, por la poca energía de sus fundadores y pobladores, incapaces hasta de aprovechar los productos naturales de aquella fertilísima tierra...

El capitán Vergara no desplegó los labios más que para dar la bienvenida a Hernando de Salazar y sus compañeros, y ordenar que se les alojara y agasajara lo mejor posible. Pero parecíale que una gran luz y una grande alegría le iluminaban el camino...

Salazar era portador, amén de otros mensajes, de una carta para Ulrico Schmidel. Esta misiva, comunicándole la muerte de Thomas, su hermano mayor, y pidiéndole que volviese a Baviera, provenía de Sebastián Weithart, de Straubing, quien la dirigió a Cristóbal Deysser, factor de Fucker — el gran Fúcar — en Sevilla, quien, a su vez, aguardó larguísimo tiempo una coyuntura, hasta que pudo mandarla al Río de la Plata con la Armada de los Sanabria. La carta, naturalmente, per-

maneció en el Brasil hasta que, un año después, Hernando de Salazar se encargó de ella... El correo del siglo XVI no era, como se ve, muy rápido, pero en cambio solía ser seguro...

Desde que pusiera el pie en tierra de Indias, no pocas veces había Schmidel recordado a su familia y soñado en el país natal, pero nunca con mucha emoción, dominado como estaba por la idea del Dorado fabuloso, y arrebatado en el vértigo de sus incesantes aventuras. Sentía el vago deseo de volver a los sitios en que corriera su infancia y en que se desarrollara parte de su juventud, pero ese deseo no hacía más que rozarle con el ala, pasando sin dejar huellas en su voluntad. Aquella carta, inspirada por Thomas Schmidel moribundo, le trajo de golpe una multitud tal de recuerdos, una evocación tan poderosa de lo pasado y lo lejano, que se le oprimió el corazón y se le empañaron los ojos. Experimentó por primera vez no el deseo sino el ansia angustiosa de hallarse entre los de su raza y de su sangre, y su novelesca vida de conquistador aventurero le pareció sin interés, estéril, irremediamente vacía. Sin darse cuenta de ello comenzó a gesticular.

— ¿Qué ocurre, Chimidez? — le preguntó el andaluz Delgado, que lo observaba. — ¿Malas nuevas?

Schmidel lo miró sin reconocerlo en su abstracción. Luego:

— ¡Ah! — dijo volviendo en sí. — Eres tú, Telgato. Fueno... ocurre que yo me fa, yo me fuelfo...

— ¡Hombre! ¿Cómo puede ser?

— Puede ser porque mi pobre hermano Thomas ha muerto y yo queda ahora el jeve de la casa... una casa noble, Schmidel!

— ¿Y te vuelves con los alemaneses?

— Me fuelfo, sí... Sólo siento no haber llegado a la dierra de los Amezones... pero ¡quién sabe!

— ¿Quién sabe qué?

— Si existan esdos Amezones...

— Ahora lo vamos a ver, porque estoy seguro de que el capitán Vergara...

— Yo no feré... No quiero que el nombre Schmidel muere conmigo.

— No tienes sino dárselo a unos cuantos de esos.

— replicó Delgado señalando a los chicuelos que enredaban sin gran ruido cerca de allí. — Más de uno ha de ser de tu sangre y de tu casta, eh!

— Brefiero uno solo en Bafaria, — murmuró Schmidel eludiendo el tema.

La noticia de estos propósitos se difundió luego, porque el bávaro no los disimulaba, sino que hablaba con entusiasmo de ellos, sin que lo desviara ni aun la perspectiva de una próxima expedición al Dorado. Como Delgado, también Martínez y Ríos demostraron que sentían separarse del alemán, excelente camarada que, con la plasticidad de la raza, había asimilado sus hábitos y sus gustos aunque su lengua siguiera trabucando el castellano con igual éxito que el primer día.

— Falta saber — díjole un día Antón Martínez con su bronca voz — si el general te da su venia

para que te marches. ¡Vive Cristo que yo no te la daría!

— ¡Por qué? — preguntó Schmidel muy extrañado.

— Porque prefiero que te quedes con nosotros, pardiez!

— Velay, — apoyó Ríos.

Formas hirsutas que disfrazan la ternura de las almas de hierro.

Hernando de Salazar a quien Schmidel pidió informes, díjole que, según sus noticias, el alemán Peter Rossel, factor de los armadores Schezenn y van Halsen, esperaba en San Vicente un navío portugués que debía llegar de Amberes y volver luego al mismo puerto. Con este dato, Schmidel resolvió pedir sus pasaportes al capitán Vergara.

— No te marcharás, porque te necesito, — le contestó bruscamente el general.

— Estoy fiejo... la hidropesía que adquirí en campaña con usía me está matando... no deseo morirme lejos de mi tierra.

— Tienes que venir conmigo al Dorado — replicó Irala.

— Usía defe tarme su fenía — insistió el bávaro.

El capitán Vergara calló, malhumorado. Schmidel sacudió varias veces la cabeza, levemente, afirmando su resolución, pero se retiró sin insistir por el momento.

Ni uno ni otro cejó. Irala pudo facilitarle la realización de su deseo, pues iba a enviar, por tierra, una delegación a la costa del Brasil pero no lo hizo. « ¡Querrá hacerme desertar? » preguntá-

base Schmidel. La delegación partió sin él. Iba a decir al capitán Hernando de Trejo y a las señoras de Sanabria, de parte del gobernador interino y capitán general Domingo Martínez de Irala, que debían forzosamente esperar mejor oportunidad para ser socorridos, porque en el Río de la Plata no había por el momento barco bastante grande o sólido para aventurarse en el mar...

Días después el bávaro volvió a la carga con su solicitud de licencia, e hizo valer su disciplina, que le impedía, mejor que los mismos hierros, marcharse contra la voluntad de su capitán. Irala se ablandó esta vez.

— Tienes razón — dijo. — Vete en paz. En mi servicio te has jugado muchas veces la vida y me has dado tu sangre. No me abandonaste ni aun cuando todos se apartaban de mí. Perderé un grande y leal amigo, uno de esos que nunca se olvidan.

Dióle un apretón de manos que tuvo la virtud de humedecer los ojos del aventurero alemán. En seguida le dijo que antes de marcharse pasara a recoger una comunicación para S. M. el emperador y rey, y lo despidió bruscamente, quizás enternecido él también...

Ayudado por sus camaradas — que el día de la partida le acompañaron hasta muy lejos de la Asunción — Schmidel hizo apresuradamente sus preparativos de viaje reuniendo cuanto contaba llevar, el botín recogido durante diez y seis años de guerra, expediciones y conquistas: muchas prendas de plata, algunas de oro, hierbas medicinales y aromáticas, semillas de plantas extraordinarias.

pieles de fieras y serpientes, mantas y taparrabos tejidos por las indias, arcos, flechas y macanas que harían la admiración de sus compatriotas sedentarios, caricaturescos papagayos de brillantes colores que remedaban la palabra humana... Veinte indios de carga llevando a hombros dos canoas, partieron de la Asunción el 25 de diciembre de 1552, víspera de San Sebastián, con el bávaro Ulrico Schmidel y su fortuna.



**FIN DE LA HISTORIA DE ABREGO  
Y CHIMIDEZ**

La nueva expedición al Dorado partió poco después. El capitán Vergara, que había dejado por lugarteniente al avispado y movedizo Felipe de Cáceres, llevaba ciento treinta españoles a caballo y dos mil indios caríos. Habría andado escasamente veinticinco leguas río arriba, cuando le alcanzaron mensajeros de la Asunción para comunicarle que el revoltoso Diego de Abreu, aprovechando su ausencia, abandonaba el bosque y volvía a alborotar, a la cabeza de sus escasos parciales reforzados por los que el nombramiento de Cáceres había descontentado, y que ponía en peligro a la ciudad. Irala tomó veinte jinetes escogidos, entre los que figuraban Ríos, Martínez y Delgado, quinientos indios auxiliares, y se dirigió a marchas forzadas a la Asunción. Encontróse en el camino con una de las partidas del capitán Abrego, la sorprendió y desbarató sin mucho esfuerzo, tomó a varios prisioneros y mandó colgarlos de los árboles, para escarmiento de rebeldes. Ya habían

sido ahorcados tres de ellos y los demás aguardaban tristemente que el Sardo les ajustara las cuentas, cuando el capitán Vergara perdonó la vida a todos, menos a un cacique quien, más desgraciado que culpable, había dado asilo y alimento, quizá por fuerza, a Diego de Abreu y los suyos.

El capitán Abrego logró escapar y volvió con el resto de su gente a sus instables madrigueras, mientras el capitán Vergara entraba de nuevo en la Asunción, consolidaba la comprometida autoridad de Cáceres, y daba a éste instrucciones para que pusiese término a las intentonas del inquietante rebelde. Empezó luego viaje al Puerto de los Reyes para acometer la entrada del Dorado, y Cáceres, obedeciendo a dichas instrucciones, publicó en nombre del gobernador y capitán general un bando en el que prometía perdón y olvido a los partidarios de Abreu que depusieran las armas y se sometieran a la autoridad legal. Muchos de los que aun andaban a salto de mata, viviendo como jaguares en los bosques, aprovecharon la ocasión de abandonar tan perra y asendereada vida; pero el capitán Abrego, temiendo que la amnistía no le comprendiera o mal aconsejado por su orgullo, siguió, con un puñado de hombres que le quedaba, merodeando, convulsionando y cometiendo fechorías en las comarcas donde se asilaba.

Cáceres tenía que darle en la cabeza. Era relativamente fácil. El oficial Antón Martín Escaso, malandrín de alma atravesada, recibió la orden de salir con una partida de veinte ballesteros y tomar vivo o muerto al capitán Abrego, so pena de

desgracia: era como dar miel al colmenero... Una vez en los sitios frecuentados por el rebelde, y utilizando las indicaciones de los naturales, Escaso pudo seguir con su gente la pista de Abreu hasta un monte muy áspero, en cuya espesura debían de estar emboscados los merodeadores. Para no dar el alerta detúvose en la linde, hasta la noche en que, valido de la obscuridad y guiado por un indio espía, se internó con sus ballesteros entre los árboles, después de dejar los caballos en seguridad.

Avanzaba sigilosamente la partida, cuidando de no hacer el menor ruido al quebrar las ramas y bejucos que le dificultaban el paso, cuando, en medio de la sombra espesa, se vislumbró una lucecilla. En un pequeño claro del bosque, una masa negra, más opaca que el resto, indicaba la existencia de una habitación. Acercándose más, con deslizamientos felinos, sin un rumor, los de Escaso vieron que era una choza medio en ruina, cuyo techo de paja y cuyas paredes de tapia francesa estaban cayéndose a pedazos. La lucecilla brotaba del interior y era la de un candil mortecino.

El oficial miró por uno de los boquetes abierto en la ruinosa pared y vió un grupo de hombres, españoles, a juzgar por los vestidos, más bien harapos que los cubrían. Cuatro o cinco, tendidos en el suelo, dormían como troncos, mientras que otro, sentado en un escabel, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, parecía sumergido en profunda y agitada meditación. La luz del candil, también inquieta, fingía extraña mo-

vilidad en los durmientes y hacía bailar monstruosas sombras en las paredes y el techo del cuartujo.

El hombre sentado era el capitán Abrego, que sufría atrozmente de la vista. Agudísimas punzadas parecían atravesarle los ojos de parte a parte como agujas candentes y le impedían dormir. La débil luz del candil le producía tan intolerables dolores, como si fuera a hacerle estallar el cráneo. No la apagaba, porque debía servir de señal a algunos amigos rezagados, cuando la suerte quiso que lo fuese para la partida enemiga.

Escaso, que ya suponía quién fuera, le reconoció en cuanto uno de sus movimientos le dejó ver parte del rostro y la puntiaguda barba castaña de Abreu. ¡Brillante oportunidad de cumplir cómodamente su misión! Había que aprovecharla... Y Antón Martín Escaso, sin pararse en hidalguías, armó la ballesta, haciendo girar la nuez sin ruido; tendida la cuerda puso la jara en el canal del tablero y por la grieta apuntó con toda calma al corazón del capitán Abrego, oprimió la llave, partió silbando la jara, lanzó el hombre un grito ahogado, rodó del escabel al suelo y tras de algunas convulsiones quedóse inmóvil para siempre...

Los que dormían entreabrieron los ojos y los volvieron a cerrar, — tan leve fué el ruido, — y sólo despertaron del todo cuando la partida invadió la choza y les echó mano brutalmente... Poco después Antón Martín y sus hombres volvían en triunfo a la Asunción, arriando a sus maniatados prisioneros. El cadáver del tempestuoso Abrego ha-

bía quedado solo y sin sepultura en la destartada choza, y los últimos danzantes resplandores del candil fingían prestarle una nueva vida fantástica y siniestra...

Envióse al punto un mensaje al capitán Vergara, — que aun estaba en el Puerto de los Reyes, — comunicándole la muerte de don Diego de Abreu y el encarcelamiento de Ruy Díaz Melgarejo, ordenado por Cáceres, porque alborotaba y trataba de sublevar a la gente, clamando que se había asesinado alevosa e inícuamente al capitán Abrego. El yerno de Irala, Francisco Ortíz de Vergara, hermano de Melgarejo, escribió también a su suegro protestando de la muerte de Abreu y de la prisión de Ruy Díaz, y pidiéndole justicia. Irala no vaciló en hacer que se pusiera en libertad al agitador, pero aconsejando a éste que pasara inmediatamente al Brasil y allí se quedara hasta que renaciese la tranquilidad: era una disimulada orden de destierro, que Melgarejo acató marchando, sin saberlo, en busca del desenlace de su trágico destino. En cuanto a don Diego de Abreu, Vergara sólo podía lamentar la forma condenable y villana de su muerte...

Y el capitán reanudó la expedición, que tampoco le condujo al inaccesible y portentoso país soñado. En tierra de los mbyá encontró las aldeas desiertas, destruídas las aguadas, los caminos ciegos. Desprendido en descubierta con veinte hombres, el intrépido e infatigable Ñuflo de Chaves llegó, en cuatro días, al pueblo de los payaguá, abandonado también, y por algunos naturales to-

mados en los bosques vecinos supo que los naperú cazadores habían arrasado casas y cosechas y borrado sendas y caminos, de modo que de allí adelante sólo encontraría la desierta extensión...

El capitán Vergara resolvió, entonces, reanudar la marcha hacia la cordillera del Perú, en cuyo rumbo dió con la tribu de los frentones o nogayes, oriundos de los valles calchaquíes, quienes le hicieron saber que se hallaba en los confines del Tucumán, tierra descubierta y conquistada por don Diego de Rojas, y que allá, muy al norte, se extendía el Perú.

No había que tocar los dominios ajenos — cuando eran de la raza — y el capitán Vergara, respetuoso de este principio, se apresuró a cambiar de rumbo. Pero fué para tropezar, no con el Dorado, sino con nuevas complicaciones. Ciento cincuenta indios auxiliares desertaron para incorporarse a los chiriguano, sus afines. Grandes lluvias, inundaciones y la consiguiente escasez de víveres, agravaron la situación. Quiso, sin embargo, invernar en aquellas tierras, considerándolas próximas a su objetivo, para rematar su conquista en cuanto volviese la buena estación, y siguió la marcha hasta encontrar campamento adecuado. Plantó su real. Las lluvias no cesaban, la inundación se extendía, los caballos iban cayendo uno tras otro, aniquilados por el hambre, la fatiga, el muermo; los indios auxiliares comenzaron a perecer en gran número, y los mismos españoles no eran ya perdonados por la enfermedad y la muerte.

Un día, el buen Diego Delgado se sintió calen-

turiento. Doblábasele las piernas, caíansele los brazos y el cráneo se le partía, estallando en luces y colores. Rodó al suelo, y allí tendido, tiritando como si hiciera un frío glacial, pasó largas horas sin decir más que palabras entrecortadas. Sus camaradas inseparables le atendieron con afectuosa rudeza, pero sin procurarle alivio. Antón Martínez, que echaba ternos por esa boca como si estuviese enfurecido, recorrió el campo y se sorbió los sesos para hallar o imaginar algún remedio. Sólo después de diligencias infinitas y de prodigios de diplomacia soldadesca consiguió, a cambio de una parte de su botín, algunas gotas de vino fuerte de caña, y mezclándolas con pólvora, — nuevo bálsamo de Fierabrás, — las dió a beber a Delgado, que se reanimó un momento.

— ¡Camará! — murmuró el andaluz. — Cántame el gori-gori, que ya no veré el Dorado.

— ¡Mal rayo! ¡Quita allá, hombre, y no digas burradas, rediós!

— No lo veré, no.

— ¡Vaya si lo veremos! — exclamó Ríos. — En cuantito llegue la buena estación...

— Quizás vosotros... y aun eso!... Pero yo...

— Tú, como todos.

— ¡Qué bien hizo Chimidez! ¡Ya estará en su tierra!

— No desbarres, gachó.

— Pierde cuidado, Morito... — Pero... me siento morir... Tráeme un sacerdote.

La calentura volvióle con tal violencia, que empezó a delirar, y en su delirio, ora hablaba de An-

dalucía, de Sevilla, del Guadalquivir, ora de las Amazonas, de rimeros de plata, de montes de oro, mezclando los recuerdos de la infancia con los sueños irrealizados de la edad viril. Después pareció asistir a terrible batalla imaginaria, lanzó gritos de muerte y de exterminio, pero la voz iba apagándosele poco a poco y sus palabras se hacían indistintas entre largas pausas... Los camaradas le rodeaban silenciosos, tratando de disimular su aflicción, y cuando en un supremo esfuerzo Diego Delgado se incorporó como para levantarse y huír, para caer luego, fulminado, se quedaron inmóviles y mudos: habían visto morir a centenares de camaradas, a millares y millares de indios, pero parecíanles que de tan cerca nunca habían visto la muerte...

Le sepultaron piadosamente en la tierra húmeda, como empapada en lágrimas, y a la cabecera le pusieron una cruz de gruesas ramas, ásperas y toscas como ellos mismos. No escribieron — no sabían — su epitafio, pero lo pensaron:

AQUÍ YACE

DIEGO DELGADO, ANDALUZ,

CONQUISTADOR DE INDIAS, VALEROSO Y SIN ASCÓS,

PARTIDARIO FIEL, AMIGO SEGURO,

DE QUIEN NO HABLARÁ LA HISTORIA

— De seguir aquí, ya podemos ir abriendo el nuestro, junto a este hoyo — dijo Ríos.

— Para morir siempre hay tiempo, vive Dios! Y por Belcebú que tienes razón, Moro. No debería-



mos quedarnos un día más en este matadero de gente, pardiez!

No se quedaron. Después de una rápida exploración de Ñuflo, el capitán Vergara mandó emprender el regreso. Tras largas y penosas jornadas llegó a orillas del río Paraguay, donde el general se separó de su gente. Mientras ésta seguía hacia la Asunción, él, con treinta hombres a caballo, se encaminó a la Provincia de Itatín, cuyos habitantes no estaban todavía sometidos. Redújolos sin efusión de sangre, tomó posesión de la tierra en nombre de S. M. y llegó a la Asunción a fines de septiembre de 1553...

El insigne Schmidel estaba ya en Europa, después de un viaje lleno de tropiezos, incidentes y aventuras. En Jeruquihaba se le reunieron dos españoles y dos portugueses que, sin permiso del general, se dirigían ocultamente al Brasil. Para el bávaro la falta de pasaporte estaba compensada con creces por el refuerzo que los fugitivos constituían, y con ellos llegó a orillas del Paraná al mes de salir de la Asunción. Embarcáronse en canoas y remontaron hasta la tierra de los tupí, amigos de los cristianos, que vivían casi exclusivamente de la guerra con otros naturales. Schmidel supo que durante las treguas se entregaban a frenéticos holgorios, comilonas homéricas, bailes desenfrenados, bacanales en que corrían torrentes de chicha, vino de la tierra. Mientras duraba la paz, efímera siempre, no hacían sino comer, beber, danzar hasta caer de fatiga o de borrachera. Eran glotones, intemperantes, pero también buenos gastró-

nomos. Así, cuando hacían prisioneros, los conducían como a una boda, entre cantos, danzas y alaridos de regocijo hasta la aldea, donde se les trataba a cuerpo de rey, dándoles cuanto apetecían para comer y beber, hasta proporcionándoles amables compañeras que endulzaran su cautiverio. Pero un día, más tarde o más temprano, se les invitaba a una ceremonia religioso-profana, de la que sólo veían la mitad aunque estuvieran presentes hasta el fin. Acabada, en efecto, la primera parte y sin previo aviso, se les daba un mazazo en la cabeza, se descuartizaban sus miembros, se procedía a guisarlos y muy luego pasaban a ser succulento manjar para los refinados tupí. Conociendo esta hospitalaria costumbre, Schmidel no deseaba ser por ellos agasajado. Después de andar seis semanas por desiertos, cerros y valles poblados de fieras, el Domingo de Ramos pasaban cerca de un pueblo, con hambre y sin víveres, pero, pese a las instancias de sus compañeros, el bávaro negóse a entrar en él. Díjoles por qué; mas, sin tener en cuenta sus observaciones, dos de los cristianos entraron después de pedirle que les aguardase. Pasado algún tiempo, en vez de sus camaradas se le presentó un grupo como de cincuenta indios, que se detuvo a parlamentar con él a treinta pasos de distancia, seña infalible para Schmidel de que tenían malas intenciones, corroborada por el hecho de que algunos vistiesen prendas de los imprudentes cristianos.

— ¿Dónde han quedado nuestros compañeros?

— preguntó Schmidel, desentendiéndose de lo que los indios decían para atraerle.

— Están en el pueblo — le contestaron. — Vosotros debéis venir también.

— ¡No en mis días! — exclamó el buen bávaro, requiriendo sus armas.

Una lluvia de flechas cayó sobre él y sus camaradas, que contestaron a tiros de arcabuz mientras los indios auxiliares los apoyaban con sus arcos. Pero tras del primer grupo enemigo aparecieron otros y otros, en número incalculable, y Schmidel y los suyos debieron su salvación a un bosque inmediato, adonde corrieron a refugiarse, perseguidos por los tupí que no querían renunciar a tan sabroso bocado. Allí, en continua alarma, cercados por todas partes y sin más alimento que escasas frutas y raíces y una que otra pieza de salvagina, pasaron cuatro días interminables. Al fin, validos de las sombras de la noche, y deslizándose como culebras, lograron burlar la vigilancia del enemigo, y siguieron viaje por bosques espesos, intrincados y tan desamparados como Schmidel no los había visto hasta entonces, sin más que miel y raíces para comer, pues, temiendo ser alcanzados, no se detenían a cazar. Así, huyendo de los pueblos, marcharon durante otro mes entero antes de llegar a Yerubatiba, donde, extenuados, se detuvieron a descansar y reponerse durante algunos días. Alcanzaron después la tierra de Juan Ramalho, y el pueblo de São Paulo, que a Schmidel pareció verdadera cueva de ladrones, pero donde el hijo del famoso portugués, « homem

rico na terra mas infame nos vicios», lo recibió tan hospitalariamente que él lo tuvo por milagro. Luego, el 13 de junio, día de San Antonio, llegaron a la pequeña ciudad de San Vicente, en cuyo puerto cargaba a la sazón azúcar, algodón y palo Brasil, un navío portugués perteneciente a Schezenn, quien, asociado con Van Halsen, tenía en la región muchos pueblos y villorrios azucareros. Schmidel, afectuosamente recibido por su compatriota Peter Rossel, factor de Schezenn, obtuvo pasaje en el navío y, recomendado al capitán y la tripulación, cargó su botín y los papagayos que llevaba, y se embarcó el 24 de junio, fiesta de San Juan. Después de catorce días de navegación con mal tiempo y vientos contrarios, arreció la tempestad, tronchóse el mástil y el navío, haciendo agua, tuvo que recalar en Espíritu Santo para reparar sus averías. Zarpó la nao, pasó Schmidel cuatro meses seguidos sin ver tierra, tocó en la isla Terceira, donde se refrescaron los víveres, y llegó por fin a Lisboa, de donde pasó luego a Sevilla, en cumplimiento de la misión que para S. M. y el Consejo de Indias le había dado Irala al partir.

Pero no habían terminado sus aventuras. Embarcóse en una de las urcas holandesas que en número de veinticinco se aprestaban a salir del puerto de Cádiz para los Países Bajos, y él mismo cuenta con peculiar ingenuidad lo que le pasó en tan malhadada travesía:

« Entre estos veinticinco navíos había uno nuevo, grande y muy hermoso, que sólo había hecho un viaje de Amberes a España. Aconsejóseme por

esto que me embarcase en él, y ajusté las condiciones de mi pasaje, comida, etc., con su capitán, que se llamaba Heinrich Ses, y era un hombre honorable y capaz. Aquella misma noche hice llevar a bordo el botín, los papagayos que traía, vino, pan y otros pertrechos, y convine con el capitán que me anunciaría sin falta la hora de partir, para embarcarme a tiempo. Pero el capitán empujó el codo algo más de lo prudente, y olvidándose se echó a dormir. El timonel que ignoraba el convenio, mandó levar el ancla dos horas antes de amanecer, se hizo a la vela, y cuando fuí a buscar el navío, ya estaba éste a más de una legua de la costa... Busqué otra nave, cerré trato con otro capitán, pagué de nuevo el pasaje, y zarpamos con el resto de las urcas». Después de ocho días de tempestad, y no pudiendo seguir viaje, la escuadrilla se volvió al puerto de Cádiz. «Allí estaba, navegando a la cola de los otros, el navío de Heinrich Ses, y cuando nos hallábamos a una legua de la ciudad, anocheció y el almirante hizo encender su farol para que sirviese de guía a los demás. Llegados al puerto, anclaron las naves y el Almirante retiró su luz, a tiempo que se hizo otra en tierra, la que, sin mala intención, fué fatal para Ses, y su navío. La luz procedía de un molino situado a un tiro de arcabuz de la ciudad, pero Ses, creyendo que era el farol del almirante, puso a él la proa y la urca fué a dar contra un peñasco donde se hizo añicos, yéndose a pique con cuanto contenía, sin que de los veintidós hombres que lo tripulaban salvaran más que el capitán y

el timonel, que pudieron asirse de un mástil. Perdióse, aparte de todo lo mío, gran cantidad de mercaderías y seis cajones llenos de oro y plata pertenecientes a la Sacra Cesarea Majestad ».

De este modo salvó Schmidel milagrosamente la vida, perdiendo los bienes conquistados con tanto esfuerzo en el Río de la Plata. Pobre, pero contento y dando gracias a Dios, volvió a Amberes, de donde había salido, pero esto después de otro accidentado viaje y de una escala forzosa de cuatro días en la Isla de Wight.

La fortuna le aguardaba en Straubing, — donde recibió poco después la cuantiosa herencia de su hermano, — pero no así la tranquilidad, porque, habiendo abrazado las doctrinas de Lutero, se le desterró de su país natal en 1562 y tuvo que refugiarse en Regensburg. En esta ciudad murió largos años después. La casa que habitaba en Regensburg y que aún ostenta su blasón, tiene una placa de mármol, en la que se lee una inscripción alemana que, traducida, dice:

ESTA CASA FUÉ MANSIÓN  
DE ULRICH SCHMIDEL DE STRAUBING,  
CODESCUBRIDOR DEL BRASIL  
Y COFUNDADOR DE BUENOS AIRES

## APOTEOSIS

Haría próximamente dos años de la partida de Schmidel, y el capitán Vergara preparaba una expedición al Itatín para rematar su conquista, cuando, a fines de octubre de 1554, llegó a él un día de San Vicente cartas y noticias de la mayor importancia. Tanta que, al abrir los pliegos y echarles la primer ojeada, el intrépido capitán palideció como palidece el cobarde ante un peligro mortal. ¡No era para menos! El sueño enbriagador y hasta entonces intangible de su vida se acababa de realizar. Su Majestad y Sus Altezas, los ilustres señores del Consejo de Indias, habían despachado, por fin, la provisión para el Gobierno del Río de la Plata, considerando caduca la capitulación en favor de los Sanabria. ¡Y el designado era él, Domingo Martínez de Irala! ¡Se le hacía justicia al cabo de los años mil! Pero la nueva no tenía aún carácter oficial, y era preciso aguardar; — ¡con cuánta impaciencia! — los documentos anunciados, honrosa coronación de su vejez.

Postergó indefinidamente su nueva entrada, pa-

ra no hallarse ausente cuando llegaran las provisiones y la real cédula, y su expectativa, si bien larga y nerviosa, no le paralizó. Redobló, por el contrario, su actividad de inspirador y jefe. Mandó a García Rodríguez de Vergara, con sesenta hombres, a que fundase en la boca del Pepirí, tres leguas arriba del gran salto del Guayrá, una villa que García Rodríguez, natural de Fontiveros, en Avila, llamó Ontiveros, y que Ruy Díaz Melgarejo trasladó después a corta distancia, cambiándole el nombre por el de Ciudad Real. Envió mensajeros en busca de Ñuflo de Chaves, quien con treinta de a caballo le había precedido en el Itatín, ordenándole que se volviera. Renunció por el momento a la intención de repoblar Buenos Aires, haciendo regresar a su yerno, Riquelme de Guzmán, enviado en auxilio del capitán Juan Romero. Preparábase visiblemente a iniciar una nueva era, teniendo así a mano todos sus elementos, apenas se le confirmase en el Poder...

Pero tendría mucho que esperar... Sólo al año siguiente volvió a recibir nuevas de la costa del Brasil, anunciándole las tan anheladas de la Corte. Era una simple carta de Bartolomé Justiniano diciéndole que acababa de llegar de España y que traía consigo la provisión original del Consejo de Indias nombrando a Irala gobernador de la Provincia del Río de la Plata. Desgraciadamente, agregaba, el gobernador portugués de San Vicente le impedía el paso, y él, temiendo perder tan importante documento, se limitaba a enviarle copia de la provisión y real orden.



Ardiendo en impaciencia, el capitán Vergara envió al punto a su fiel e infatigable Ñuflo con requerimientos para el gobernador de San Vicente instándole a que dejara el paso libre a Justiniano. Pero como al lebrél que abandona una pieza por seguir otra que le cruza la pista, el genio arrebatado y la pasión de aventuras del bravo Ñuflo le llevaron a mover guerra a una Nación de indios desconocidos que creyó señores del Dorado, los venció, no encontró metales, y cuando llegó a San Vicente encontróse con que el gobernador portugués había dejado partir a Bartolomé Justiniano que estaba ya en la Asunción.

El capitán Vergara quedó, pues, oficialmente consagrado gobernador de una Provincia que, de un modo u otro y con breves intermitencias, había gobernado ya por espacio de catorce años. Contaba a la sazón sesenta y ocho y su salud y robustez incomparables le prometían muchos más. Era por su aspecto más que un anciano, un hombre maduro lleno de fuerzas y valor, y su carácter se había dulcificado mucho, sobre todo después de ver realizadas sus mayores ambiciones. La edad no había logrado encorvar su atlético torso, aunque sus musculosas piernas, antes gruesas como columnas, se hubieran adelgazado un tanto. Bajo la blanquísima cabellera, su frente espaciosa surcada por tres enérgicos trazos ensanchábase más con un comienzo de calvicie, sus ojos brillaban siempre como ascuas a la sombra de la nieve de sus espesas cejas, y su nariz ganchuda semejaba más que antes al pico del águila, porque la piel de las mejillas había perdido

su consistencia y tensión, pero en sus delgados labios aparecía más a menudo la sonrisa.

Su nombramiento definitivo fué recibido con gozo por la mayor parte de la población que le hizo entusiastas manifestaciones. Sus yernos Francisco Ortiz de Vergara, Alonso Riquelme de Guzmán, Gonzalo de Mendoza, Pedro de Segura y Juan Fernández, y con ellos los principales hijosdalgo y capitanes, festejaronle a porfía, congratulándole por el fausto acontecimiento; pero el capitán Vergara, consagrado definitiva y oficialmente como Excelentísimo señor gobernador, replicaba a sus felicitaciones:

— Nada ha cambiado. Catorce o más años ha que gobierno por voluntad popular, y la honrosa provisión del Consejo de Indias no hace sino aprobar lo que vosotros mismos resolvisteis al darme el mando efectivo. De cuanto hice entonces, lo más difícil y lo más grato para mí es haber cimentado la paz entre los españoles, y entre los españoles y los indios; ahora, por más gobernador en propiedad que sea, no alcanzaré mayor victoria.

Sólo algunos irreductibles enemigos veían con enojo la consagración del capitán Vergara. Entre ellos Pero Hernández, que, en su covacha de escribano, a la espera desesperada de clientes, se roía los zancajos y envejecía a ojos vistas, devorado por la envidia y por la rabia. Se había empequeñecido, aunque esto pareciera imposible a quien le conoció años atrás, y estaba más seco y amojamado, tanto que no tenía sino huesos y pellejo; la calvicie fatal, en vez de ensancharle la frente la había estrechado,

mostrando la pequeñez de su cráneo de pájaro; sus pupilas de ratón brillaban todavía, tras de grandes anteojos que cabalgaban en su nariz larga y afilada, pronta a reunirse con la puntiaguda mandíbula inferior, formando puente sobre la desdentada boca. Aunque vistiera tan sórdidamente como antaño, su traje parecía contar siglos, y aunque todavía tratase de ahuecar la voz para imponer respeto, ésta no le resultaba sino un chillido agrio y displaciente, un balbuceo de vejete de entremés que salpicaba al interlocutor con el rocío de sus babas. Su odio a las mujeres había aumentado, si cabe, y seguía viviendo solo, sin hablar más que con sus íntimos amigos Antón García, el de Jaén, y Juan de Sotelo, que iban a visitarle de vez en cuando y solían permitirse algunas bromas que Pero toleraba a regañadientes.

— ¡Y esa famosa carta? — preguntábale con ironía Antón García, aludiendo al libelo tan venenosamente compuesto contra Irala. — Parece que no ha dado todo el juego que esperaba Vuestra Merced, puesto que vemos en candelero al capitán Vergara.

— Manos arteras y criminales deben de haberla interceptado — contestó Pero. — De otro modo sería inexplicable que los señores del Consejo de Indias no lo hayan hecho subir a la horca en vez de subirlo al Gobierno.

— Los cargos eran, en efecto, terribles — dijo Juan de Sotelo.

— Mucho me temo — observó García — que justamente por eso no hayan surtido el efecto que

su consistencia y tensión, pero en sus delgados labios aparecía más a menudo la sonrisa.

Su nombramiento definitivo fué recibido con gozo por la mayor parte de la población que le hizo entusiastas manifestaciones. Sus yernos Francisco Ortiz de Vergara, Alonso Riquelme de Guzmán, Gonzalo de Mendoza, Pedro de Segura y Juan Fernández, y con ellos los principales hijosdalgos y capitanes, festejaronle a porfía, congratulándole por el fausto acontecimiento; pero el capitán Vergara, consagrado definitiva y oficialmente como Excelentísimo señor gobernador, replicaba a sus felicitaciones:

— Nada ha cambiado. Catorce o más años ha que gobierno por voluntad popular, y la honrosa provisión del Consejo de Indias no hace sino aprobar lo que vosotros mismos resolvisteis al darme el mando efectivo. De cuanto hice entonces, lo más difícil y lo más grato para mí es haber cimentado la paz entre los españoles, y entre los españoles y los indios; ahora, por más gobernador en propiedad que sea, no alcanzaré mayor victoria.

Sólo algunos irreductibles enemigos veían con enojo la consagración del capitán Vergara. Entre ellos Pero Hernández, que, en su covacha de escribano, a la espera desesperada de clientes, se roía los zancajos y envejecía a ojos vistas, devorado por la envidia y por la rabia. Se había empequeñecido, aunque esto pareciera imposible a quien le conoció años atrás, y estaba más seco y amojamado, tanto que no tenía sino huesos y pellejo; la calvicie fatal, en vez de ensancharle la frente la había estrechado,

mostrando la pequeñez de su cráneo de pájaro; sus pupilas de ratón brillaban todavía, tras de grandes anteojos que cabalgaban en su nariz larga y afilada, pronta a reunirse con la puntiaguda mandíbula inferior, formando puente sobre la desdentada boca. Aunque vistiera tan sórdidamente como antaño, su traje parecía contar siglos, y aunque todavía tratase de ahuecar la voz para imponer respeto, ésta no le resultaba sino un chillido agrio y displicente, un balbuceo de vejete de entremés que salpicaba al interlocutor con el rocío de sus babas. Su odio a las mujeres había aumentado, si cabe, y seguía viviendo solo, sin hablar más que con sus íntimos amigos Antón García, el de Jaén, y Juan de Sotelo, que iban a visitarle de vez en cuando y solían permitirse algunas bromas que Pero toleraba a regañadientes.

— ¡Y esa famosa carta? — preguntábale con sorna Antón García, aludiendo al libelo tan venenosamente compuesto contra Irala. — Parece que no ha dado todo el juego que esperaba Vuestra Merced, puesto que vemos en candelero al capitán Vergara.

— Manos arteras y criminales deben de haberla interceptado — contestó Pero. — De otro modo sería inexplicable que los señores del Consejo de Indias no lo hayan hecho subir a la horca en vez de subirlo al Gobierno.

— Los cargos eran, en efecto, terribles — dijo Juan de Sotelo.

— Mucho me temo — observó García — que justamente por eso no hayan surtido el efecto que

esperaba nuestro amigo Hernández. La pieza estaba cargada en demasía y ha reventado sin dañar al enemigo y afortunadamente sin matar al artillero, que sólo queda un poco derrengado...

— ¡Derrengado, derrengado! — exclamó Pero. — Verdad que no estaré en privanza con semejante gobernador, ¡pero derrengado!... Hoy mismo voy a hacer una nueva copia de la carta, pues he conseguido algún papel, y en la primera ocasión la haré llegar a manos de S. M., y el rey nuestro señor, que es la Justicia misma, y a quien probablemente se disimula u oculta la verdad, mandará colgar de un árbol al capitán Vergara y hará entrar en vereda a esos señores del Consejo, que me van pareciendo otros que tal. ¡No siempre se puede tapar el cielo con un harnero!...

Muy exaltado quiso, en seguida, volver a leer la carta a sus amigos, pero éstos se excusaron pretextando urgentes ocupaciones y escaparon a toda prisa.

Hernández hizo la copia aquel día y los siguientes, la mandó cuando pudo a Carlos V... y debe de estar aún aguardando la respuesta...

Como se lo ordenaban las reales cédulas traídas por Justiniano, Irala comenzó inmediatamente a reorganizar la Provincia. Nombró lugarteniente suyo y alcalde mayor a Gonzalo de Mendoza, alguacil mayor a Alonso Riquelme de Guzmán, alcaldes a Francisco Ortiz de Vergara y Juan de Salazar de Espinosa, seis regidores, dos de ellos oficiales reales, y otros funcionarios.

— Es un gobierno realmente paternal — decía Pero Hernández.

— ¿Cómo paternal? — preguntóle escandalizado el capellán Martín González.

— ¿No lo ve vuestra reverencia? Todos son yernos del capitán Vergara, y si no ha nombrado los doce regidores que manda el Consejo de Indias, es que no tiene más yernos...

Irala nombró también representantes de los gremios de artes y oficios, encargados de abogar por los intereses de los artesanos, y cuatro empadronadores para proceder al acto más difícil de su gobierno: dividir la tierra y repartir los indios en encomiendas a los conquistadores, como se lo ordenaba el ilustre Consejo. Los empadronadores practicaron en seguida la operación, hallando veintisiete mil indios de armas en cincuenta leguas a la redonda, sin contar a los indómitos del Oeste, y el gobernador los distribuyó a cuatrocientos conquistadores, en encomiendas de muy distinta importancia, pues mientras algunos obtenían cien o doscientos indios, y aun más, la generalidad no lograban sino veinte o treinta y muchos sólo recibieron la promesa de tenerlos en cuanto se realizaran nuevas conquistas.

Esto produjo gran descontento entre los olvidados por poco influyentes o por enemigos del señor gobernador.

— Ha repartido la tierra — decía el implacable Garduña — entre muchos que no se hallaron a la ganar, quitándola a los que la conquistamos y derramamos nuestra sangre por ganalla. Da veinte

o quince indios a los que no tiene ni por amigos ni por aliados, porque a éstos les da de a ciento, de a doscientos y más. ¡Qué diga, que diga Irala lo que ha dado a los oficiales de S. M. y lo que ha puesto en su cabeza! No lo dirá, no, como no dirá lo que está dando a los franceses, ingleses, portugueses y otros extranjeros, y lo que de él alcanzan los que vinieron últimamente del Perú. ¡Esto es más para acabar del todo a los naturales que para reformallos, porque están harto esquilados y pobres! En cuanto a nosotros, los conquistadores, no podremos rehacernos mientras no tengamos cuatrocientos o quinientos indios cada uno!...

Pero los satisfechos eran bastante numerosos y mucho más fuertes que los descontentos, así es que la grito resultó inútil y tuvieron que resignarse o que apelar al ilusorio recurso de la queja por escrito al Consejo de Indias o a las personas reales, como lo hicieron Francisco de Villalta, el reverendísimo capellán Martín González y la heroica fundadora de Buenos Aires, y esposa de don Pedro de Esquivel, doña Isabel de Guevara, quien decía a la reina Juana, después de contarle sus proezas y padecimientos:

« E querido escrevir esto y traer a la memoria de V. A., para hazerle saber la yngratitud que conmigo se ha vsado en esta tierra, porque el presente se repartió por la mayor parte de los que ay en ella, ansí de los antiguos como de los modernos, sin que de mí y de mis trabajos se tuviese nenguna memoria, y me dexaron de fuera, sin me dar yndio ni nengún género de servicio. Mucho me quisiera ha-



llar libre, para me yr a presentar delante de V. A. con los servicios que a S. M. e hecho y los agravios que agora se me hazen ; mas no está en mi mano por questoy casada con un caballero de Sevilla que se llama Pedro d'Esquivel, que, por servir a S. M., a sido causa que mis trabajos quedasen tan olvidados y se me renovasen de nuevo, porque tres vezes le saqué el cuchillo de la garganta como allá V. A. sabrá ».

La reina no lo sabía ni lo supo nunca, pues entonces, como ahora, existían ministros y secretarios que ahorran trabajo a los gobernantes, y la carta de doña Isabel de Guevara no le llegó jamás.

Pero un acontecimiento de trascendental importancia en aquella época vino a punto para distraer los espíritus, y fué la llegada del primer obispo de la provincia, nombrado por Su Sacra Cesárea Real Majestad, patrono en Indias de la santa Iglesia Católica-Apostólica-Romana.

Irala se ocupaba personalmente de dirigir el corte de maderas para la construcción de una nueva carabela en el obraje establecido a varias leguas de la Asunción, acompañado por Hernán Báez, maestro de hacer navíos y por Ríos y Martínez que después de la partida de Schmidel y la muerte de Delgado no se separaban del gobernador a título de ayudantes o escuderos. Hallábanse en el obraje cuando los indios de la Asunción anunciaron que, según las señales hechas con humos desde la costa y repetidas sucesivamente por los indios de tierra adentro, en la boca del Río de la Plata se habían presentado algunos buques españoles. Semanas

después llegó al puerto una canoa de agaces, quienes dijeron que en la angostura del río había dos barcos, uno de ellos grande, a bordo del cual venían numerosos sacerdotes. Mandóse averiguar qué gente era aquélla, y los comisionados, alcanzando los buques a seis leguas de la ciudad, supieron que era el nuevo obispo del Río de la Plata, monseñor fray don Pedro de la Torre, acompañado por clérigos, diáconos, subdiáconos y numerosa servidumbre, toda una lucida corte clerical. El capitán Martín de Orúe de Ochoa y Agüero volvía como general de la Armada, compuesta de tres buques, uno de los cuales había dejado en la isla de San Gabriel, y en la que venían armas, municiones, ropas, víveres y herramientas. El piloto mayor era el mismo portugués Gonzalo da Costa, viejo ya, que llevaba consigo a sus dos hijas, una de las cuales casó poco después con Felipe de Cáceres, oficial de S. M.

El señor obispo llegó a la Asunción la víspera del Domingo de Ramos, y desembarcó con todo su séquito en medio de las aclamaciones de la población, que en la llegada del prelado veía el comienzo de una era de felicidad, porque ¿cómo no ser felices pudiendo contar con la eficacísima bendición de un obispo?

Su Ilustrísima se dirigió luego a la iglesia, para dar gracias a Dios por haberle conducido sano y salvo desde España hasta su remota diócesis, rodeado por el clero de la ciudad, en el que seguían figurando y al que se habían agregado el capellán Martín González, los padres Miranda, Francisco Homes Paniagua, Antonio Martín de Fonseca, An-

tonio Escalera, el licenciado Andrada, el bachiller Hernán Carrillo de Mendoza, los frailes franciscanos Bernardo de Armenta, Alonso Lebrón y Juan de Salazar, dos frailes mercenarios, y otros que sería largo enumerar. Seguían el pueblo en masa, los oficiales reales, los alcaldes y funcionarios, los capitanes e hijosdalgos, las damas, entre las que se destacaban doña María de Angulo y sus hijas doña Elvira Manrique y doña Juana de Mendoza, las hijas del señor gobernador, doña María Ortiz de Vergara, doña Ursula Riquelme de Guzmán, doña Isabel de Mendoza, doña Gimberta de Segura, doña Ana de Fernández y doña María Irala, que, junto con doña Isabel de Guevara, rodeaban y agasajaban a las señoras de Calderón y Sanabria, llegadas por fin, y a las hijas de Gonzalo da Costa. Tras de ellas se agolpaban las indias e indios cristianos, y toda aquella muchedumbre vitoreaba al señor obispo, que, bajo el palio, iba a la cabeza de la procesión, pisando el hinojo y las hierbas olorosas con que se habían alfombrado las calles y la plaza y que saturaban el aire cálido con acre y penetrante perfume. Nunca se había visto, ni en muchísimos años volvería a verse, fiesta y entusiasmo semejantes en la Asunción, pues la muchedumbre estaba tan enajenada como si, en vez de un prelado, hubiese descendido hasta ella el mismo Dios hecho hombre.

No cupo en la iglesia toda aquella gente; pero tanta se introdujo en ella que nadie podía arrodillarse, y a duras penas se mantuvo libre un pequeño espacio en torno del altar, donde el señor obispo

cantaba el *Tedéum* con voz que pareció celestial a los fieles arrobados. Bendíjolos paternalmente Su Ilustrísima, y luego, desde el atrio, bendijo también a los muchos que, por falta de sitio habían debido permanecer en la plaza. Después, retirándose con todos los sacerdotes al presbiterio, dijo a fray Juan de Salazar y al licenciado Andrada, encargados del templo:

— Pobre es vuestra iglesia en objetos del culto cuanto rica, sin duda, en almas arrancadas a la ignorancia y la idolatría, y que el demonio contaba ya por suyas. Pero la enriqueceremos también materialmente, para dar a nuestra santa religión toda la grandeza y el brillo que merece. Su Majestad, que Dios guarde por muchos años, hame provisto de cuanto es necesario, y así traigo conmigo campanas que llamen a los fieles con majestuosos acentos, cálices, custodias y copones cuajados de pedrería para el oficio divino, capas magnas, capas pluviales, casullas, albas, paños de altar, maravillosamente bordados en Sevilla, en Valencia, en Barcelona, por las damas y las obreras de mejores manos, crucifijos e imágenes de talla, misales, graduales y Biblias, llenos de primorosas miniaturas, antifonarios, breviarios, salterios, diurnales, cuanto exige la liturgia, para decirlo en una palabra. Pero la casa del Señor es harto modesta para la dignidad y grandeza del culto, y en vez de esta fábrica de tapia, de madera y de bálago, erigiremos una catedral de piedra o de ladrillo, que sorprenda y admire en medio de estas lejanas tierras, como magnífica joya perdida en el desierto.

El gobernador, que estaba en el obraje, avisado de la llegada de tan ilustre huésped, había vuelto apresuradamente a la ciudad, y al caer la tarde fué a presentarle sus respetos de hijo humilde de la Iglesia, acompañado por varios caballeros principales.

— Dadme los brazos, señor de Irala, — dijo don fray Pedro de la Torre después de que aquel hubo besado el pastoral anillo. — Y plegue a Dios que en mis sagradas funciones tenga yo tanto acierto como vos en las profanas, y que yo en lo espiritual y vos en lo temporal, aseguremos la salvación eterna y la terrenal felicidad de nuestras ovejas, aumentando también el rebaño de Cristo con todos los infieles que pueblan estas inmensas comarcas.

— ¡Amén! — contestaron los presentes.

Cumplimentólo Irala, interesóse en las peripecias del largo y penoso viaje, que se había efectuado sin accidente, y el gobernador y el prelado separáronse muy satisfechos el uno del otro y animados del propósito de ayudarse mutuamente en bien de la provincia y de sus habitantes, indios y europeos.

**¡NUESTRO PADRE HA MUERTO!**

Casi todos los días el capitán Vergara se internaba en pleno bosque, y una vez en el obraje presidía la corta y aserradura de los añosos árboles destinados a la construcción de la carabela. Siempre activo y resuelto, pese a su edad proveya, discutía con el maestro Hernán Báez, daba órdenes, observaba, inspeccionaba, departía con el castellano Antón Martínez y con el cordobés Rodrigo de los Ríos, sus ordenanzas que le seguían a todas partes, adictos y obedientes, y que en el obraje se ocupaban de hacer trabajar a los indios, harto holgazanes a su entender. Pero, no contento con esta actividad de amo vigilante, el capitán Vergara empuñaba a menudo el hacha para derribar, a grandes golpes secos y rítmicos, algún orgulloso gigante de la selva. Y era de ver a aquel anciano de recia cabellera blanca, ágil, nervioso, delgado, puro músculo, bregando con el férreo tronco, casi invulnerable, con tanto ardor como antes lidiara con indios y cristianos.

Cierto día en que menudeaba los hachazos con más vigor que nunca, y en que ya iba a descuajar un curupay de veinte metros, Ríos vióle soltar de pronto la pesada herramienta, llevarse la mano al costado como si acabara de recibir mortal herida y bambolear como el árbol que cortaba. Corrió hacia él, llamando a Martínez. Este, Báez y algunos indios acudieron alarmados. El capitán Vergara, doblado en dos, apretaba los labios sin exhalar una queja, aunque intolerable dolor le extraviara los ojos.

— No sé que tengo, — contestó quedo a las alarmantes preguntas de sus servidores.

Y un instante después:

— He hecho un falso movimiento y me ha dado una puntada.

Su voz de bajo profundo sonaba, a la sordina, lúgubrememente en el silencio del bosque. En seguida agregó:

— Pronto pasará.

Pero lejos de pasar el dolor se hacía cada vez más punzante, inundándolo de sudor frío: era como un puñal de fuego que se le clavase en las entrañas. Tenía fiebre. De rojo se había puesto blanco azulado, la respiración salía anhelante de entre sus labios secos, se le iba la cabeza y le latían las sienes como si las venas fuesen a estallar. Sin embargo hacía esfuerzos por mantenerse en pie, por erguirse de nuevo.

— ¡Capitán, Capitán! — exclamaban Ríos, Martínez, Báez, sin encontrar otras palabras, rodeándole solícitos y desatinados.

— Dejádme... no necesito de nadie... esto va a pasar.

Seguía oprimiéndose el costado, hundiendo el puño en él con rabia, y dirigía al cielo miradas que no eran de súplica. Iba a caer; ya no podía sostenerse. Ríos y Martínez hicieron rápidamente un gran montón de hierbas y de hojas. Ahogando una queja el capitán Vergara se tendió, cayó más bien, de golpe, como gruesa rama retorcida y rígida. Ríos le quitó el jubón, con toda la delicadeza de que era capaz su mano ruda, para ver si estaba herido, y para aplicarle algún remedio. El enfermo tiritaba, aunque en aquel día del mes de septiembre no hiciera frío. El asistente, improvisado médico, le puso un emplasto de hierbas y volvió a cubrirlo con el jubón y la casaca. Vergara trató entonces de ponerse en pie, pero no pudo. Después de este esfuerzo, con voz más débil pero siempre enérgica, ordenó:

— Llevadme a la ciudad.

Y, enseguida, refunfuñando para sí, murmuró:

— Por ahora no valgo para nada.

Con ramas, cañas y bejucos, sus chaquetas y hierba mullida, los hombres improvisaron una especie de angarillas, con infinito cuidado acostaron en ellas a su capitán y, mudos, emprendieron el triste regreso cargándole sobre los hombros tan religiosamente como a un santo llevado en andas. Los indios les seguían paso a paso con el silencio de la consternación, pero los dos o tres de mayor iniciativa se lanzaron veloces hacia la ciudad.

La noticia llegó, pues, mucho antes que la cara-



vana, y al encuentro de ésta salió numeroso grupo que se unió a ella cuando alcanzaba los primeros ranchos del suburbio. Eran capitanes, hijosdalgos, sacerdotes, paisanos, mujeres, indios, cuantos oyeran el rumor de que traían muy enfermo al capitán Vergara, y entre ellos, como general en jefe, solemne y grave iba, rodeado respetuosamente en razón de su grande importancia ocasional, el hombre de la situación, el dispensador de la salud, el cirujano, en fin, maese Alonso de Miguel.

— Tranquilizaos, hijos míos — murmuró Irala tratando de sonreír y dirigiéndose a los que se habían precipitado a rodear las angarillas. — Aún haremos juntos más de una campaña.

El cirujano apartó a todos con imperioso ademán y se apoderó del enfermo. Tomóle el pulso, le examinó con reconcentrada atención, y sin dejarle la mano ordenó, imperiosamente:

— ¡Vamos... de prisa!

Luego, como temiendo haber alarmado al enfermo, agregó:

— Esto no será nada... Un mal aire, nada más. Mañana podremos volver al yunque, señor gobernador.

— Ello dirá, — susurró el capitán Vergara, no muy convencido.

Los presentes no lo estaban tampoco, porque maese Alonso de Miguel no había logrado armonizar la expresión de sus ojos con la de sus palabras.

La procesión silenciosa llegó a la casa, a la que habían acudido ya cuantos de la numerosa familia

no corrieron al encuentro de su jefe, por saber tarde lo ocurrido. El cirujano, sin perder un momento, practicó la inevitable sangría, aplicó sanguijuelas al costado, recetó palma-Christi, y declaró gravemente:

— Con esto bastará... La dolencia se irá como con la mano, excelentísimo señor gobernador... Veremos mañana... Si no estamos de nuevo como un roble, ¡nada! con otra sangría y una o dos ayudas no quedará ni el recuerdo. Ahora, a descansar y a sudar lo más posible.

El enfermo pareció aliviarse con la sangría y la calentura bajó, pero para atacarle luego con mayor violencia; la respiración se hizo anhelante, casi estertorosa, y los vahidos se repitieron más frecuentes.

La familia no se tranquilizaba con los pronósticos alentadores, pero algo vacilantes, de Alonso de Miguel quien, lleno de confianza en presencia de las mujeres, no disimulaba tanto sus recelos ante los hombres, especialmente los yernos de Irala. La casa parecía una colmena murmurante, aunque todos se esforzaran por no hacer ruido, como que a los ya citados se añadían los hijos del gobernador general, sus hijas, una lechigada de netezuelos y el pueblo todo de la Asunción, que pasaba procesional y constantemente a pedir noticias del enfermo.

De los primeros en presentarse fué el ilustrísimo señor obispo, don fray Pedro de la Torre, pero no quiso entrar en el aposento donde yacía el capitán Vergara, por no turbar su sueño ni alarmarle con su presencia que quizá considerara nuncio de muer-

te. La enfermedad se agravó en los días siguientes. Irala, que al informarse de quiénes habían estado a verle supo la visita del obispo murmuró:

— ¡Por qué no llegó a mí..? Ya es hora.

Y mandó que se le llamase, pidiéndole confesión.

Los pecados del gran capitán Vergara no debían de ser muchos o la misericordia del primer obispo rioplatense era infinita — el caso es que la limpieza de aquella alma de guerrero, conquistador y gobernante no exigió largo tiempo, y que el prelado salió de la habitación muy conmovido.

Entretanto, la población entera no se apartaba un solo instante de la puerta del gobernador general, ansiosa de noticias, y Báez, Ríos, Martínez, los criados, cuantos entraban o salían, eran puestos a contribución y sometidos a minucioso interrogatorio. Luego seguían los interminables comentarios.

— Por las señas debe tratarse de una puntada de costado, — decía uno.

— ¡Mal rayo! ¡Desgracia sería! — exclamaba otro.

— Sí, porque de esa dolencia pocos escapan.

— ¡El capitán Vergara no es de los que mueren de un arañazo o unas calenturillas! — protestaba un tercero.

— Nunca, — agregaba alguien, — nunca, desde que vinimos a estas tierras con don Pedro de Mendoza, le he visto enfermo un solo día!

— Sí, sí. Es más recio que el viraró, y pese a sus setenta, largos, está más erguido que la misma palma carandahy! — exclamó un imaginativo.

— A otros tan templados como él los lleva la

primera enfermedad... o el primer médico — dijo un hipocondríaco. — A mal de muerte no hay médico que acierte.

— ¡Una higa al agorero! — gritó una mujer. — ¡Más de un crío engendrará todavía nuestro capitán!

— ¡A los setenta!

— Haylos de treinta que... — pero la mujer se interrumpió, arrepentida, y siguió por otro lado, diciendo: — No empece que la india Martina le haya dado un hijo hace pocas semanas.

— Pero ¿qué tiene, al fin? — preguntaban algunos, insistiendo por saber hasta el menor detalle.

— Calentura... un dolor.

— ¿Nada más?

— Pero que lo postran.

— ¡Vamos! A ése no le entran ni las flechas, ni las ponzoñas, ni los maleficios. Cuando todos se morían como moscas de la peste de los pantanos, cuando el mismo don Alvar, pese a sus milagros, estuvo a punto de ir al hoyo, el capitán Vergara andaba tan campante, sin que le doliese una uña.

— ¡Cierto es! — apoyaron varios.

— Habrá nacido de pie — dijo el hipocondríaco, — pero la que sabemos no perdona, ni a los que nacen de pie.

Un empujón lo echó trastabillando fuera del corro.

— El señor obispo acaba de tomarle la confesión, — murmuró la mujer, comenzando a vacilar.

— ¡Pero no lo ha administrado! — observó triun-

fante un optimista. — ¡Escaparé, rediós, vaya si escaparé!...

Momentos después el capitán Vergara, que había dormitado un rato, hizo llamar a toda su familia, y con ánimo muy entero, murmuró:

— Esto se va de estampía... Quizá no pase la noche.

Las mujeres sollozaron.

— Ea, no lloréis... La obra queda hecha.

Llamó por señas a Gonzalo de Mendoza.

— A vos, hijo, os dejó el gobierno de la provincia. El escribano ha extendido ya los documentos.

Hablaba con dificultad, pero su energía le sostuvo, pareció reanimarlo, darle las fuerzas de la salud. Y aun dijo a Mendoza:

— Sed padre de mis hijos y mis nietos, en la santa unión de la familia. No olvidéis a mis amigos, próximos o lejanos: son los vuestros... Juntos vinimos Gonzalo... y aquella sombra, ya desvanecida, no fué provocada por mí, ni por vos...

Mendoza, muy conmovido, sólo acertó a estrecharle la mano que pendía sin fuerzas fuera del lecho.

Todos callaban, escuchando con angustia y fervor.

— A los indios, con dulzura — continuó el moribundo capitán Vergara. — Su vida y su trabajo son el metal de estas tierras.

Suspiró y con nuevo esfuerzo dijo:

— A los españoles de aquí y a sus hijos, bastardos o legítimos, libertad, pero no licencia. Sin li-

bertad mueren... o matan... Suya es la tierra y no quieren que un intruso la gobierne...

— Es el Evangelio, — murmuró Mendoza.

Irala dejó caer sobre la almohada la cabeza que había erguido con gesto profético y sólo agregó, un momento después:

— Dejádme reposar... — y repitió: — Ya es hora.

Quedóse inmóvil, amodorrado y se le creyera muerto sin la leve y entrecortada respiración que apenas le movía el pecho.

Así pasó la noche.

Ya entrada la mañana, maese Alonso de Miguel, aunque sin mayor esperanza, le hizo una nueva sangría.

El capitán Vergara entraba en agonía, y así se le hizo saber al señor obispo que acudió al instante con los santos sacramentos, seguido por muchos fieles con cirios en la mano. En un intervalo de lucidez, el moribundo comulgó. Luego, Su Ilustrísima fray Pedro de la Torre le administró la extremaunción y se puso a musitar oraciones.

De pronto, el capitán Vergara comenzó a delirar, y su desvarío duró largo tiempo.

— Esta es la plaza fuerte... — se le oía murmurar. — Defenderse de los chapetones... Intrusos... Aquí no llegarán... La costa, luego, en siendo poderosos... La llave es Buenos Aires... El río...

Nadie comprendía estas divagaciones incoherentes en apariencia. Todos las oían y las olvidaban, harto conmovidos para pensar y retenerlas, los unos

por verdadero dolor, los otros porque la muerte de Irala comprometía su posición y amenazaba sus intereses. Pero si un hombre de visión clara y concepción grandiosa hubiera escuchado aquel enigmático y trunco verbo del capitán Vergara, lo habría podido interpretar así:

« Perdida en el interior de las tierras, pero con libre acceso al mar y provista de todos los recursos naturales, la Asunción es para nosotros lo que su castillo fuerte y casi inaccesible era para los señores feudales. En ella podremos sostenernos y defendernos contra los que lleguen pretendiendo quitarnos todo o parte de lo que nuestro esfuerzo ha conquistado; contra los que, sin méritos, sin trabajo, sin sacrificio, por el solo favor de la corte, vengan a segar nuestra cosecha; contra los que, desde España, desconociendo estas tierras, quieren gobernarlas y creen tener la inspiración divina. Vengan y sean bien venidos los que acuden a ayudarnos en la tarea y compartir honradamente sus frutos con nosotros; queremos cooperadores y amigos, no usufructuarios y señores, y estamos dispuestos a oponernos a los intrusos, a los chapetones que se consideren amos, a todos cuantos desconozcan nuestro derecho de viejos conquistadores. Por eso he engrandecido la Asunción a costa de Buenos Aires, donde estaríamos a la merced de cualquier expedición, de cualquier escuadra. El que pretenda sojuzgarnos tendrá que vencer a la naturaleza y a los hombres antes de llegar aquí. Gracias a eso podremos crecer, fortalecernos, multiplicarnos... Entonces bajaremos hasta la costa del mar, alzaremos

de nuevo la ciudad desamparada de don Pedro de Mendoza, y ella será la llave de estos ríos, la puerta inexpugnable de la inmensa tierra ».

Y, al interpretarlo así, el pensador no hubiera hecho sino encontrar la razón recóndita y nunca revelada por él, de todos los actos del capitán Vergara.

Pero éste, después de larga pausa, lanzó una gran voz, diciendo:

— ¡Rey en casa!

Nada más. El Muy Magnífico Señor don Domingo Martínez de Irala, gobernador y capitán general, en propiedad, de la Provincia del Río de la Plata, había dejado de existir.

Una lamentación desgarradora de las mujeres dió la triste noticia al pueblo congregado a la puerta. Muchos, consternados, gritaron:

— ¡Ha muerto nuestro padre! ¡Ha muerto el capitán Vergara!

Y hubo un gran silencio.



# INDICE

---

## LIBRO SEXTO

### INFORTUNIOS DEL ADELANTADO

	Pág.
I.— La noche de San Marcos .	7
II.— El heroísmo de Pero Hernández	17
III.— Don Alvar y sus amigos .	27
IV.— Intrigas y disturbios .	41
V.— El sumario . . . .	57
VI.— Como el gran Cristóbal .	69

## LIBRO SEPTIMO

### PORFÍA MATA VENADO

I.— La sublevación . . .	89
II.— La suerte de los indios .	107
III.— ¡Al país de las Amazonas! . . . .	117
IV.— Historia de don Francisco de Mendoza .	135
V.— Los Mbayá . . . . .	161
VI.— A través de un Continente .	173
VII.— En la tierra de los metales .	183

## LIBRO OCTAVO

## FULGORES DE OCASO

	Pág.
I. — Peripecias . . . .	201
II. — Chimidez se marcha . . . . .	215
III. — Fin de la historia de Abrego y Chimidez.	231
IV. — Apoteosis . . . . .	245
V. — ¡Nuestro padre ha muerto! .	259

